



Saul A. Kripke y UNITYP: el significado de los nombres comunes



A pesar de que no coinciden en sus métodos e intereses particulares, la lingüística y la filosofía tienen en común un objeto de estudio: el lenguaje. El presente libro tiene como marco de fondo la vinculación entre el trabajo lingüístico y el trabajo filosófico, bajo el supuesto de que su encuentro puede rendir frutos; de manera concreta, nutrir la discusión filosófica a partir de las herramientas otorgadas por el marco conceptual y los resultados de la investigación científica del lenguaje. Así, la tesis que se sostiene a lo largo del texto

es que los nombres comunes, y una gran variedad de tipos de nombres propios, en la lengua común tienen significado y que, al mismo tiempo, a pesar de sus posibles parecidos, las diferencias categoriales entre ambos persisten.

La crítica progresiva al planteamiento filosófico de Saul A. Kripke va articulando, al mismo tiempo, el fundamento necesario para sostener la tesis señalada, acudiendo a disciplinas lingüísticas como la semántica, la lexicología y la terminología, así como al aparato teórico de UNITYP.

Saul A. Kripke y UNITYP:
el significado de los nombres comunes

COLECCIÓN GRADUADOS
Serie Sociales y Humanidades

Núm. 4

Mauricio Méndez Huerta

Saul A. Kripke y UNITYP:
el significado de los nombres comunes

Universidad de Guadalajara
2012

401

MEN

Méndez Huerta, Mauricio

Saul A. Kripke y UNITYP : el significado de los nombres comunes /

Mauricio Méndez Huerta.

1ª ed.

Guadalajara, Jal.: Universidad de Guadalajara,

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades,

Coordinación Editorial, 2012

Colección: Graduados 2011

Serie: Sociales y Humanidades; Núm. 4

Obra completa ISBN 978-607-450-561-0

Vol. 4. ISBN E-book 978-607-450-667-9

1.- Lenguas – Filosofía.

2.- Semántica (Filosofía).

3.- Lenguaje y lenguas – Filosofía.

4.- Lingüística – Alocuciones, ensayos, conferencias.

I.- Universidad de Guadalajara,

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Primera edición, 2012

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario

de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación Editorial

Juan Manuel 130

Zona Centro

Guadalajara, Jalisco, México

Obra completa ISBN 978-607-450-561-0

Vol. 4. ISBN E-book 978-607-450-667-9

Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico



Esta edición fue financiada con recursos del Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI) 2011 a cargo de la Secretaría de Educación Pública.

ÍNDICE

Prólogo	7
<i>Carlos Ramírez</i>	
Introducción	9
Kripke y los nombres	14
Los nombres en Mill	14
Descripciones definidas y nombres propios	16
Designadores rígidos	24
Los nombres comunes	28
El argumento de Kripke y sus implicaciones lingüísticas	35
El modelo dimensional del lenguaje	38
UNITYP	38
Dos modelos del signo	54
Lexicología y terminología	67
Lexicología	68
La terminología como ciencia	95
Conclusiones	108
Bibliografía	112

Si (como afirma el griego en el Cratilo)
el nombre es arquetipo de la cosa
en las letras de 'rosa' está la rosa
y todo el Nilo en la palabra 'Nilo'.

Jorge Luis Borges

PRÓLOGO

Carlos Ramírez

Uno de los temas más recurrentes en la historia del pensamiento humano es el del lenguaje; las consideraciones sobre él oscilan como el movimiento de un péndulo, cuyo período se mueve entre concepciones mitológicas y sofisticadas teorías científicas.

Casi todos los pueblos históricos han construido explicaciones que intentan dar cuenta del origen, la función o efectos del lenguaje, dependiendo de sus creencias religiosas, de sus avances técnicos y de su desarrollo científico. Hasta antes de la moderna lingüística, las respuestas a estas interrogantes eran contestadas desde los puntos de vista particulares de cada cultura. Así, aunque encontramos respuestas sobre el origen, la función y los efectos del lenguaje en pueblos tan distantes y disímiles como el griego y el quechua, o el chino y el náhuatl, todos ellos afirman tener el mejor lenguaje, pues les había sido otorgado por alguna divinidad y, por lo general, su función y efectos estaban subordinados a ese origen.

Un ejemplo paradigmático lo encontramos en la cultura griega, que parece estar embelesada con su idioma, al grado de calificar a los no usuarios de ella como bárbaros, además de encontrar funciones para este instrumento que iban desde lo artístico hasta las altas esferas de lo abstracto; basta pensar en los discursos epidípticos de los retóricos clásicos y los tratados filosóficos de mentes como la de Platón o Aristóteles. El texto que ahora tiene el lector entre sus manos está dentro de esa larga tradición —no siempre homogénea— que ensaya explicar el funcionamiento del lenguaje, específicamente el funcionamiento de una de sus partes: los nombres comunes.

Si volteáramos al pasado, veríamos que este problema es de clásica prosapia, ya en el siglo IV a.C. Platón se había preguntado, en su *Crátilo*, cómo es que les damos nombres a las cosas, dando origen a la controversia entre el “naturalismo” y el “convencionalismo”. Esta discusión será heredada a la posteridad y se matizará en las reflexiones de las diversas escuelas filosóficas: por ejemplo, la discusión entre realismo y nominalismo, o las consideraciones para construir un lenguaje universal.

Dicho problema tiene un capítulo especial a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, esto debido a los desarrollos de potentes métodos lógicos y la confianza de que ellos darían respuestas más sólidas que las que habían propuesto en el pasado; aparecen entonces figuras como Frege, Russell, Tarski y Kripke. Sin embargo, los resultados a los que se llegaron no eran del todo satisfactorios, los instrumentos que se habían empleado sólo explicaban una pequeña parte del problema; y parecía que la parte que no explicaban era fundamental para dar cuenta de las características y funciones de los nombres.

El autor de este libro nos acerca de manera magistral a estos dramáticos momentos intelectuales, mostrándonos cómo la propuesta de Kripke —que es la culminación de los trabajos sobre el problema del nombre, abordado desde la vía lógica— no da cuenta de algunos matices que sigue el comportamiento de los nombres. Para Kripke, los nombres comunes carecen de significado; es en contra de esta tesis que ha sido elaborado este libro.

El profesor Mauricio Méndez nos presenta una visión dinámica del lenguaje. Por un lado, los acuerdos a los que llegan las comunidades científicas permiten la asignación de los nombres a las cosas, así como sus variaciones; por otro, el devenir histórico y cultural de los pueblos provoca una asignación de nombres a las cosas. De esto se siguen tres consecuencias importantes:

- a) No existe un único lenguaje por medio del cual se asignen nombres a las cosas. La antigua creencia de los griegos, y de algunos filósofos y lingüistas modernos, de que existe un lenguaje modelo a partir del cual se designan los nombres queda por completo desechada, aun para los lenguajes científicos.
- b) El lenguaje es una entidad dinámica que se hace y rehace continuamente. Así, existe la posibilidad de que el nombre de un objeto cambie en el transcurso del tiempo, y
- c) Los nombres comunes tienen un significado y no pocos de los nombres propios.

Gracias a que el autor cuenta con una formación sólida en filosofía, ha elegido uno de los problemas de gran interés filosófico, pero su acercamiento a la lingüística lo ha llevado a recurrir a los métodos de esta ciencia para ensayar una respuesta.

El presente texto se enmarca, pues, en la larga discusión sobre la relación establecida entre el lenguaje, el pensamiento y el mundo; pero sirviéndose de la teoría lingüística de UNY TIP construye una serie de refutaciones sólidas contra la vía puramente filosófica.

Una bondad más de este texto es que, aun cuando los temas y propuestas pertenecen a un ámbito técnico, la forma en que se abordan y desarrollan es clara y puntual.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la cultura occidental el lenguaje humano ha sido un interesante objeto de estudio.¹ Múltiples preguntas se han lanzado al respecto: ¿qué es un nombre, qué un adjetivo, qué un verbo?, ¿es el lenguaje propio del ser humano?, ¿cuál es la función de los verbos?, ¿cuál es la función de los nombres?, ¿existe una correspondencia unívoca de los elementos lingüísticos con la realidad extralingüística?, ¿cuáles son los mecanismos que hacen funcionar una lengua?, ¿son significativos todos los elementos de la lengua?, ¿por qué todos los seres humanos aprenden a hablar más o menos a la misma edad? A tal profusión de preguntas le corresponde un cúmulo de respuestas que pueden ser globales, por ejemplo, proponer una teoría general del lenguaje, o pueden ser particulares, por ejemplo, tratar del funcionamiento de una categoría gramatical o léxica.

El tema del presente texto es una categoría léxica: los nombres comunes. Los nombres comunes, como parte del lenguaje, han sido tema de estudio ya desde los griegos, con Platón y Aristóteles, y aún hoy en día no se logra un consenso total en torno a su estatus semántico, al interior de las discusiones filosóficas: ¿son los nombres comunes meramente referenciales o además poseen un significado? Es otro el aspecto que ofrece la lingüística al explicar la citada categoría al interior del sistema de lengua, lo que nos da ya una primera justificación de por qué ligar la discusión filosófica al trabajo de la lingüística.

Desde la filosofía, diversos pensadores han tomado como objeto de estudio a los nombres, propios y comunes. Nuestro interés está centrado en Kripke, quien plantea que los nombres propios no tienen significado y, partiendo de esa base, hace extensiva su tesis a los nombres comunes. Según el filósofo de los “mundos posibles”,²

¹ Tal interés no es exclusivo de la cultura occidental, si pensamos en la tradición gramatical de la India en torno al sánscrito.

² Noción ya presente en la filosofía de Leibniz.

los nombres comunes, los términos de clase natural y los *términos masa*, al igual que los propios, no tienen significado. Para sostener tal afirmación el filósofo norteamericano plantea la noción de *designador rígido*, cuestionando el planteamiento de pensadores de la talla de Immanuel Kant, Frege y Russell, así como retomando algunos elementos teóricos de otros. Por ejemplo, la idea de que los nombres son meras etiquetas, Kripke la retoma de los trabajos en lógica modal de Ruth Barcan Marcus. La crítica a los otros y la elaboración de su propia filosofía del lenguaje implicó la revisión analítica de nociones centrales para la discusión sobre los nombres: las descripciones definidas, lo analítico, lo sintético, la necesidad, lo *a priori*.

Según el mismo Kripke (1972/1980: 24-25), las tesis que sostiene en cuanto a los nombres parten de “un uso ordinario del lenguaje”; es decir, que no se enfoca en un tipo de discurso especializado o técnico —el lenguaje de la física, por ejemplo—, sino en la manera en que cotidianamente hacemos uso del lenguaje. Es precisamente desde ahí, desde ese uso cotidiano del lenguaje que se afirma que los nombres propios, en primera instancia, y los nombres comunes en segunda instancia, no tienen significado. En Kripke, pues, el tratamiento de los nombres comunes depende en gran medida de su análisis de los nombres propios; por ello, en el presente texto se apelará de manera constante a estos últimos, aun cuando nuestro interés está centrado propiamente en los primeros.

El objetivo central de la presente obra es hacer una revisión crítica desde la lingüística de la tesis de Kripke de que los nombres comunes no tienen significado. El eje que guía el presente análisis se conforma de los siguientes puntos:

- a) Kripke concibe los nombres etiqueta del inglés, tanto propios como comunes, como categorías absolutas y universales, en el sentido de que sus consideraciones sobre dichos nombres etiqueta son trasladadas a los nombres en general, sin importar las particularidades que presentan en cada lengua. El planteamiento pierde fuerza al tomar en cuenta las diversas técnicas existentes para la formación de los nombres, así como de la constitución lingüística de los objetos al interior de una misma lengua y, por supuesto, considerando a otras lenguas.
- b) Asimismo, a pesar de que aquí se considera que no hay oposiciones absolutas entre las categorías sino un paso gradual que implica que ciertos elementos de la lengua no puedan ser clasificados del todo en una misma categoría, sigue permaneciendo una diferencia fundamental entre los nombres propios y los nombres comunes, diferencia establecida precisamente por su grado de predicatividad. En Kripke, tanto los nombres propios como los comunes son asignados a una misma categoría, al lado de los déicticos, lo cual implica la carencia de criterios lingüísticos, indispensables éstos para una adecuada comprensión de aquellos, dado que se trata primeramente de elementos de la lengua.

- c) En el planteamiento filosófico de Kripke se presenta una mezcla confusa entre el significado y el concepto, confusión que explica el hecho de que las conclusiones del filósofo norteamericano sobre los nombres comunes, en el uso ordinario del lenguaje, tengan como base en realidad un análisis de los conceptos y significados en el ámbito del quehacer científico. Dicha confusión no deja en claro lo que pertenece al ámbito de las cosas (ontología) y sus representaciones (conceptos) y lo que pertenece a la lengua (lingüística).
- d) De igual manera, tal confusión se presenta también al no diferenciar las maneras en que los significados son construidos en un uso común y en un uso especializado de la lengua natural, a pesar de que Kripke plantea explícitamente que su análisis se hará desde la perspectiva de un uso ordinario del lenguaje.

Dado lo anterior, en el primer capítulo se expone a detalle el planteamiento filosófico de Kripke en torno a los nombres. Es necesario hacer énfasis en que se revisa únicamente la obra *Naming and Necessity* —en lo que sigue NN—, enfocado en el tema de los nombres desde la perspectiva de la filosofía del lenguaje, dejando de lado su tratamiento al interior de la lógica modal. El capítulo termina señalando las directrices que constituyen propiamente el análisis posterior, llevado a cabo desde la lingüística.

Por su parte, en el segundo capítulo se explica, en primer lugar, el proyecto de Tipología y Universales de la Universidad de Colonia (UNITYP) que provee los elementos necesarios a fin de cuestionar el planteamiento de Kripke en el sentido de presentar la diversidad existente en las lenguas en la formación de nombres y en la constitución lingüística de los objetos, patentizando la debilidad de la tesis del filósofo norteamericano, que pretende su aplicación general a “los nombres” a partir de algunos ejemplos de su lengua. En la segunda parte del capítulo se presenta una oposición entre dos modelos del signo: el de los estoicos, modelo triangular, y el de los modistas, modelo de cuatro polos. Esto con la finalidad de patentizar la confusión entre el significado y el concepto, que subyace a la tesis kripkeana y, en ese sentido, demostrar que en Kripke se da una aplicación falaz de criterios ontológicos a elementos que son primeramente lingüísticos. Dicha confusión se deja ver más claramente en el tercer capítulo, en el cual se toman elementos de la lexicología y de la terminología, con la finalidad de exponer los estratos de formación del significado que nos marcan precisamente las diferencias entre un uso ordinario, común, y un uso especializado de la lengua.

Asimismo, en el tercer capítulo se analizan algunas concepciones de la semántica, concediendo que ésta efectivamente tiene que ver con el asunto de la referencia, es decir, con la relación de los elementos lingüísticos y la realidad extralingüística. Sin embargo, además de ello y de manera principal, la semántica se ocupa del as-

pecto del significado, mismo que es definible al interior del propio sistema de la lengua. Así, se puede mantener la afirmación de que la determinación del estatus semántico de los nombres no queda explicitada dejando de lado el factor del significado; de ahí que se hable en el presente texto de que en Kripke se reduce el complejo fenómeno de la semántica de los nombres a un mero asunto de referencia a las cosas del mundo.

A lo largo de los dos últimos capítulos, conforme se avance, se van analizando los planteamientos de Kripke en aras de ir articulando la crítica al filósofo norteamericano.

El autor del presente libro está consciente de que el tema tratado se coloca en la interfaz de muchos ámbitos del saber: la lingüística (lexicología y semántica léxica), la filosofía, la lógica, la semántica desde una perspectiva filosófica, la semántica cognitiva, las ciencias cognitivas, la psicolingüística, etcétera. En ese sentido, es necesario enfatizar que el tratamiento llevado a cabo en esta obra es una revisión del planteamiento filosófico de Kripke sobre los nombres comunes desde algunos elementos de la lingüística, concretamente de UNITYP, la lexicología y la terminología. El trabajo de las otras disciplinas que se interesan desde sus ángulos por el tema a tratar, aparecerá de manera incidental en el presente. La razón principal de ello, además de los intereses del que escribe, es que un análisis que involucre todos los aspectos relacionados con el tema se postergaría de manera indefinida, dada su amplitud.

Asimismo, el libro que el lector tiene en su mano —o en su computadora— tiene como punto de partida la idea de que el lenguaje, generalmente en un plano abstracto y conectado con cuestiones ontológicas y epistemológicas, ha sido en mayor o menor medida uno de los fenómenos de gran interés para la filosofía casi desde el nacimiento de ésta. De igual manera, el lenguaje y las lenguas, generalmente en un plano más concreto de descripción y explicación del fenómeno de las lenguas, son el objeto de estudio de la lingüística. Podemos citar una larga lista de investigadores que han vinculado, en mayor o menor medida, el trabajo lingüístico con la reflexión filosófica logrando así avanzar, también en mayor o menor medida, en la clarificación de algunos aspectos de las lenguas y el lenguaje: Frege, Peirce, Russell, Wittgenstein, Carnap, Tarski, Quine, J. L. Austin, Chomsky, Ch. Morris, Bar Hillel, Grice, Searle, Strawson, Putnam, entre muchos otros.

Así pues, partiendo de que el lenguaje es objeto de estudio de la lingüística y de la filosofía, a pesar de que no haya una coincidencia en los métodos ni intereses particulares de cada uno, el presente escrito tiene como marco de fondo la vinculación entre el trabajo lingüístico y el trabajo filosófico; se parte del supuesto de que el vínculo puede rendir frutos y, en este caso particular, nutrir la discusión filosófica a partir de las herramientas otorgadas por el marco conceptual y los resultados de la

investigación científica, de la lingüística. Tal vinculación sirve de guía para desarrollar los puntos a, b, c y d con la finalidad de sostener la tesis, al contrario de Kripke, de que los nombres comunes, y una gran variedad de tipos de nombres propios, en la lengua común tienen significado y que, al mismo tiempo, a pesar de sus posibles parecidos, las diferencias categoriales entre ambos persisten.

KRIPKE Y LOS NOMBRES

Las consideraciones que Kripke hace con respecto a los nombres propios, las generaliza a los nombres comunes. El filósofo norteamericano sostiene en *Naming and Necessity* (NN) que “terms for natural kinds are much closer to proper names than is ordinarily supposed” (Kripke, 1972/1980: 127). Dado esto, debemos revisar el tratamiento que hace de los nombres propios para entender el análisis que hace de los nombres comunes.

Kripke entiende por un nombre propio, “the name of a person, a city, a country, etc.” (Kripke, 1972/1980: 24). Sin separarse de la noción ordinaria de un nombre propio, Kripke rechaza incluir como nombres propios las descripciones definidas. La idea de que un nombre propio es en realidad una descripción definida es sostenida por los filósofos Gottlob Frege y Bertrand Russell, quienes, con base en equiparar nombres propios y descripciones definidas, afirman en contraposición a J.S. Mill que los nombres propios sí tienen significado. Kripke cree, al igual que Mill, que los nombres propios no tienen significado y para sostener tal idea se da a la tarea de criticar las posturas de los filósofos citados. Veamos, *grosso modo*, cuáles son las ideas tanto de Mill como de Frege y Russell al respecto, ideas que son relevantes para el planteamiento kripkeano.

Los nombres en Mill

En *System of Logic* (1843), Mill lleva a cabo un análisis sobre la lógica y la ciencia. En el libro I de la citada obra, Mill trata en extenso de los nombres, planteando una serie de distinciones que le son más o menos familiares al lingüista. La primera de esas distinciones consiste en diferenciar entre nombres individuales y nombres generales —nombres propios y nombres comunes respectivamente, en la terminología que se usa en el presente trabajo—, afirmando que:

A general name is familiarly defined, a name which is capable of being truly affirmed, in the same sense, of each of an indefinite number of things. An individual or singular name is a name which is only capable of being truly affirmed, in the same sense, of one thing (Mill, 1886: 17).

Así, un nombre general como *man* puede decirse de varias cosas, de *John*, *George*, *Mary*, etcétera. Sin embargo, un nombre propio como *John* sólo puede ser dicho de una sola cosa, de *John*, aunque de hecho muchas personas puedan tener ese nombre. La diferencia radicaría en que el primero predica algún atributo al nombrar las cosas en cuestión, mientras que el segundo al nombrar no predica ningún atributo. Dentro de esta primera distinción, Mill ve la necesidad de separar los nombres generales de los nombres colectivos, los primeros pueden predicarse de particulares como en *Juan es un hombre*, en tanto que los segundos sólo pueden predicarse de colecciones de objetos y no a individuos —ya sea en plural o en singular— como en *lo que está en la mesa es una vajilla* (Mill, 1886: 17).

La segunda distinción que plantea Mill es entre los nombres concretos y los nombres abstractos: “A concrete name is a name which stands for a thing; an abstract name is a name which stands for an attribute of a thing” (Mill, 1886: 17).

Nombres concretos son, pues, *Juan*, *Pedro*, *México*, etcétera, en tanto que nombres abstractos lo son *blancura* (*whiteness*), *humanidad* (*humanity*), etcétera. Los primeros designan una cosa, en tanto que los segundos designan un atributo de una cosa. Esto lleva al pensador londinense a su tercera distinción, que se plantea entre nombres connotativos y nombres no-connotativos: “A non-connotative term is one which signifies a subject only, or an attribute only. A connotative term is one which denotes a subject, and implies an attribute” (Mill, 1886: 19).

Es ésta la distinción que constituye el punto de partida de la propuesta de Kripke ya que ahí radica la afirmación de Mill de que los nombres propios no tienen significado, en tanto que los nombres comunes sí lo tienen. Según Mill, nombres como *John* o *London* denotan o refieren sólo un individuo, son no-connotativos. Asimismo, nombres como *blancura* (*whiteness*) o *length* (longitud) denotan o refieren sólo un atributo, son también no-connotativos. Así: “Proper names are not connotative: they denote the individuals who are called by them; but they do not indicate or imply any attributes as belonging to those individuals” (Mill, 1886: 19).

Por el contrario, los nombres comunes sí poseen un significado connotativo, no meramente denotativo: “All concrete general names are connotative” (Mill, 1886: 19). Éstos denotan un sujeto e implican, por lo menos, un atributo. Así, *hombre* denota a Pedro, Juan, Gina, etcétera, e implica atributos como la racionalidad, la corporeidad (*corporeity*), la vida animal, etcétera. Los atributos implicados por el nombre son precisamente los constituyentes de su significado.

Según Kripke, la tradición lógica encarnada en Frege y Russell sostiene que Mill estaba equivocado en cuanto los nombres propios pero que era acertado en cuanto a los nombres generales (Kripke, 1972/1980: 127); es decir, para esa tradición lógica tanto los nombres propios como los nombres comunes tienen un significado —una connotación— y ese significado es hecho explícito por una descripción definida o un conjunto de descripciones definidas. Veamos pues los elementos básicos de la propuesta de dichos filósofos.

Descripciones definidas y nombres propios

La Teoría de las Descripciones es planteada por Bertrand Russell en *On Denoting*¹ —en lo que sigue OD— pensando en resolver ciertos problemas “en las provincias de la lógica filosófica, metafísica, filosofía del lenguaje y filosofía de la lógica” (Tomasi- ni, 1994: 47). Concretamente, se trata de dar solución a algunas paradojas surgidas en el análisis de enunciados tales como “Jorge IV quiso saber si Scott era el autor de Waverly”, “el actual rey de Francia es calvo” y “A difiere de B”. En OD, Bertrand Russell subsume varios tipos de frases dentro de lo que él llama “frase denotativa”:

By a “denoting phrase” I mean a phrase such as any one of the following: a man, some man, any man, every man, all men, the present King of England, the present King of France, the centre of mass of the Solar System at the first instant of the twentieth century, the revolution of the earth round the sun, the revolution of the sun round the earth (Russell, 1905: 479).

Las llamadas frases denotativas son mejor conocidas como descripciones. Podemos distinguir entre descripciones indefinidas y descripciones definidas. Algunos ejemplos de descripciones indefinidas son *un hombre*, *un elefante*, etc. Dentro de las descripciones definidas encontramos ejemplos como *el actual rey de Inglaterra*, *la raíz cuadrada de cuatro*, *el hombre que enseñó a Platón*, etc. Las descripciones o frases denotativas son consideradas por Russell como *símbolos incompletos*, símbolos que no tienen un significado por sí mismos sino que lo adquieren sólo en unión con las otras partes del discurso (Russell, 1905: 480). Un enunciado donde figuren descripciones definidas tiene significado. Las descripciones, en tanto símbolos incompletos son, por eso mismo, eliminables. De hecho podemos decir que la teoría de las descripciones es planteada para eliminar tales frases cuando aparecen en un enunciado dado,² esto es, cambiarlas a otro enunciado equivalente que ya no contenga

¹ Publicado en 1905 en la revista *Mind* núm. 14, pp. 479-493.

² Lo cual permite también tratar enunciados paradójicos como *El actual rey de Francia es calvo*.

descripciones. El análisis de las frases denotativas lo lleva a cabo Russell gracias a la notación simbólica de la lógica. Así, el análisis de las frases denotativas como *cualquier hombre, cada hombre, todos los hombres* se lleva a cabo a través del cuantificador universal reduciéndolas a $(x) Hx$. A su vez, las frases denotativas como *un hombre y algún hombre* son analizadas por Russell con el cuantificador existencial llegando así a $(\exists x) Hx$. Las frases denotativas tales como *el actual rey de Inglaterra* son reducidas a $(\exists x) Rx$ (*el objeto x tal que es rey de Inglaterra*).³

El tratamiento que se hace de las descripciones definidas, a través de la notación lógica —de las funciones proposicionales y los cuantificadores—, le permite a Russell resaltar una característica importante de ellas: la unicidad. Las frases denotativas como *cada hombre, cualquier hombre, todos los hombres* son analizadas, como vimos líneas arriba, con el cuantificador universal y haciendo uso de una función proposicional. Sin embargo, tales frases no implican que lo que expresan elija a un solo individuo o entidad, al contrario, elige a muchos individuos que tengan la propiedad que la frase enuncia. Así, *cualquier hombre* no elige —no se refiere— únicamente a un individuo o entidad, sino que refiere o elige a cualquier entidad que tenga la propiedad de ser hombre. En el caso de las descripciones definidas, como *the present King of England*, éstas eligen o se refieren a un solo individuo o entidad, es decir, hay un solo objeto tal que satisface la característica en cuestión, hay un solo objeto que es el actual rey de Inglaterra. Las descripciones definidas suponen unicidad: “Now *the*, when it is strictly used, involves uniqueness... Thus for our purposes we take *the* as involving uniqueness” (Russell, 1905: 481). Para el caso del español, en correspondencia con el *the* inglés, tendríamos los artículos *el* y *la*.

Esta explicación en sí misma no dice nada acerca de los nombres.⁴ De hecho, como ya comentamos, OD es un análisis de las frases denotativas y de las descripciones y de enunciados donde figuran, y no se hace ningún análisis de los nombres. Sin embargo, la intención era llegar a resaltar la idea de que una descripción supone unicidad, es decir, que se elige a una sola y particular entidad —ya sea una persona o una cosa—. Dados estos elementos, veamos ahora cómo Frege y Russell conectan las descripciones definidas con los nombres propios.

³ Donde (x) se interpreta como *cada, todo, cualquier*; $(\exists x)$ se interpreta como *algún, algunos, un*; la letra H representa el predicado de ser hombre y R ser rey de Inglaterra; y $(\exists x)$ se lee como *el objeto x tal que*. El análisis de enunciados donde figuran estas frases denotativas sigue el mismo curso. Así, *cada hombre es mortal* sería reducido a $(x) (Hx \rightarrow Mx)$.

⁴ Sin embargo, la presencia del artículo determinado en las descripciones definidas podría ser tratado desde la dimensión de determinación, desde los planteamientos de UNITYP. Tal tema no será abordado aquí.

Frege y Russell coinciden en que hay una íntima relación entre un nombre y una descripción definida, al grado de poder intercambiarse en un enunciado dado.⁵ En el caso de Frege, éste usa de manera indistinta los nombres propios y las descripciones definidas. En *Über Sinn und Bedeutung*⁶ nos dice:

Es liegt nun nahe, mit einem Zeichen (Namen, Wortverbindung, Schriftzeichen) außer dem Bezeichneten, was die Bedeutung des Zeichens heißen möge, noch das verbunden zu denken, was ich den Sinn des Zeichens nennen möchte, worin die Art des Gegebenseins enthalten ist. Es würde danach in unserem Beispiele zwar die Bedeutung der Ausdrücke »der Schnittpunkt von *a* und *b*« und »der Schnittpunkt von *b* und *c*« dieselbe sein, aber nicht ihr Sinn. Es würde die Bedeutung von »Abendstern« und »Morgenstern« dieselbe sein, aber nicht der Sinn⁷ (Frege, 1892a: 24).

Frege tiene en mente los nombres. Pero a la hora de poner ejemplos éstos no son distinguidos para nada de las descripciones definidas: las descripciones *der Schnittpunkt von a und b* y *der Schnittpunkt von b und c* coexisten, sin ser diferenciadas, con nombres como *Abendstern* y *Morgenstern*. Lo cual nos indica que en la jerga fregeana los nombres y las descripciones son, si no iguales, equivalentes. Se podría decir que Frege, en la cita en cuestión, no habla específicamente de nombres propios, sino sólo de “nombres” —en alemán, *Name* equivale al inglés *name* y al español *nombre propio*—. ⁸ Sin embargo, en otro artículo, *Über Begriff und*

⁵ Aunque se puede decir que el único parecido entre los nombre propios y las descripciones definidas radica, precisamente, en la unicidad, en la referencia a sólo una entidad. Si es así entonces las descripciones definidas no son suficientes para definir a los nombres propios.

⁶ “Über Sinn und Bedeutung”, publicado originalmente en 1892, en *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik*, núm. 100, pp. 25-50.

⁷ Es natural pues, pensar que con un signo (nombre, unión de palabras, signo escrito), además de lo designado, que podría llamarse la referencia del signo, va unido lo que yo quisiera llamar el sentido del signo, en el cual está contenido el modo de darse. Así, en nuestro ejemplo, la referencia de las expresiones »el punto de intersección de *a* y *b*« y »el punto de intersección de *b* y *c*« sería en verdad la misma, pero no su sentido. La referencia de »estrella vespertina« y »estrella matutina« sería la misma, pero no su sentido (Cfr: Mosterín, 1996: 173).

⁸ En inglés es redundante *proper name*, *name* es el correlato en español de *nombre propio*. Así como *noun* es el correlato en español de *nombre común*; en ese sentido es tan redundante decir *general noun* como *proper name*. En el caso del español, “nombre” abarca tanto “nombres propios” como “nombres comunes”; en la lengua de Kripke no existe el nombre genérico que abarque ambos, a pesar de ello, el filósofo norteamericano se expresa como si tal fuera el caso. Agradezco al doctor Iturrioz Leza la observación.

Gegenstand,⁹ Frege afirma de manera más explícita la equivalencia entre nombres propios y descripciones definidas:

Im Satze »der Morgenstern ist die Venus« haben wir zwei Eigennamen »Morgenstern« und »Venus« für denselben Gegenstand. In dem Satze »der Morgenstern ist ein Planet« haben wir einen Eigennamen: »der Morgenstern« und ein Begriffswort: »ein Planet«¹⁰ (Frege, 1892b: 49).

Así, pues, cuando Frege habla de nombres propios incluye en ellos a las descripciones definidas, un nombre propio es una descripción definida. De la cita se desprende que Frege usa de manera indistinta nombres propios como *Morgenstern*, nombres propios etiqueta (*Venus*) y las descripciones definidas —siendo *Der Morgenstern* propiamente una descripción definida; Frege la llama nombre propio—.

En el caso de Russell, éste no plantea en OD ninguna relación entre los nombres propios y las descripciones definidas. De hecho, OD es un esfuerzo por eliminar a las últimas y evitar las paradojas que surgen cuando están presentes en algunos enunciados (*El actual rey de Francia es calvo*). En *El conocimiento humano* Russell, hablando de Sócrates, nos dice:

Podemos definirle como «el filósofo que bebió la cicuta», pero tal definición no nos asegura que Sócrates haya existido, y si no existió, «Sócrates» no es un nombre. ¿Qué nos asegura que Sócrates existió? Una variedad de frases oídas o leídas. Cada una de ellas es un suceso sensible de nuestra experiencia. Supongamos que hallamos en la *Enciclopedia* el enunciado «Sócrates fue un filósofo ateniense». ...Podemos [ahora] definir «Sócrates» como «la persona descrita en la Enciclopedia bajo el nombre 'Sócrates'»¹¹ (Russell, 1948/2002: 91).

Enseguida afirma:

Así, parecería desprenderse de esto que, aparte de palabras como «este» y «aquel», todo nombre es una descripción que supone un *este*, y sólo es un nombre en virtud de la verdad de alguna proposición (Russell, 1948/2002: 91-92).

⁹ «Über Begriff und Gegenstand», publicado originalmente en 1892 en *Vierteljahrsschrift für wissenschaftliche Philosophie*, núm. 16, pp. 192-205.

¹⁰ En el enunciado «la estrella matutina es Venus» tenemos dos nombres propios «estrella matutina» y «Venus» para el mismo objeto. En el enunciado «la estrella matutina es un planeta» tenemos un nombre propio: «la estrella matutina» y una palabra-concepto: «un planeta» (cfr. Mosterín, 1996: 209).

¹¹ El corchete es nuestro.

En estos dos fragmentos se encuentran implícitas las dos nociones de nombre de Russell. En el caso de nombres de individuos u objetos de los cuales no tengo una relación directa se debe apelar a una descripción definida para definir tal nombre. Es el caso de *Sócrates*. Sócrates ya murió, así que no puedo señalarle ostensivamente para definir su nombre. Cuando usamos nombres de entidades que de alguna manera son presentes podemos señalar la entidad en cuestión y así definirle con un *este* o *esto*.¹² Sin embargo, aquí rechazamos *este*, *esto*, *aquello*, dado que no se usan en el lenguaje ordinario como nombres propios. En la primera cita, en el primer renglón, vemos que Russell define el nombre de *Sócrates* con una descripción definida, *el filósofo que bebió la cicuta*. En la misma cita, en los últimos dos renglones, define el mismo nombre con otra descripción definida, como *la persona descrita en la Enciclopedia bajo el nombre 'Sócrates'*. En la segunda cita, Russell afirma que todo nombre —el uso de *Sócrates*, al parecer, es el mismo uso que ordinariamente daríamos a tal nombre— es una descripción. Podría objetarse que después de esa afirmación hay un elemento más, *que supone un este*. Sin embargo, eso no afecta nuestro planteamiento de que para Russell un nombre es una descripción, el origen de la descripción misma —en este caso la *Enciclopedia* russelliana, en la cual aplica el *este*— no es el punto a tratar. Agreguemos una última cita, al parecer más determinante para nuestros propósitos, al respecto:

Toda persona tiene una cantidad de características que son peculiares de ella; César, por ejemplo, tenía el nombre “Julio César”. Supongamos que P es alguna propiedad que ha pertenecido sólo a una persona; entonces podemos decir: “Doy el nombre ‘A’ a la persona que tiene la propiedad P.” En este caso, el nombre “A” es una abreviatura de “la persona que tenía la propiedad P” (Russell, 1948/2002: 309).

Aquí está, de manera más patente, la idea de que un nombre propio es en realidad una descripción definida abreviada. Las descripciones definidas expresan propiedades que corresponden a una persona dada —así, *el hombre que cruzó el Rubicón* es una propiedad de *Julio César*, luego, éste es una abreviación de aquella—. Podría objetarse que hay una cláusula, a saber, *en este caso*, que de alguna manera restringe

¹² En *El conocimiento humano*, Russell supone la distinción hecha en OD entre el conocimiento directo y el conocimiento por descripción: “For example, we know that the centre of mass of the Solar System at a definite instant is some definite point, and we can affirm a number of proposition about it; but we have no immediate *acquaintance* with this point, which is only known to us by description. The distinction between *acquaintance* and *knowledge about* is the distinction between the things we have presentations of, and the things we only reach by means of denoting phrases” (Russell, 1905: 479). *Esto*, *eso*, *aquello*, serían ejemplos de nombres propios lógicos.

la explicación russelliana únicamente al caso particular de Julio César. Sin embargo, se puede dar la misma explicación para cada uno de los casos que se nos ocurran, enlistando una serie de nombres y elegir una sola de esa *cantidad* de características y así decir que el nombre de la persona que tiene esa propiedad es una abreviación de tal propiedad —o propiedades—. Luego, los nombres son para Frege y para Russell descripciones definidas.

La idea de que los nombres propios son descripciones definidas implica que éstas dan el significado de aquellos. Bajo esa suposición Russell puede definir *Sócrates* como *la persona descrita en la Enciclopedia bajo el nombre 'Sócrates'* o a *Julio César* como *la persona que tiene la propiedad P*. Sin embargo, hay un problema que ya el mismo Frege visualizaba:

Bei einem eigentlichen Eigennamen wie »Aristoteles« können freilich die Meinungen über den Sinn auseinandergehen. Man könnte z.B. als solchen annehmen: der Schüler Platos und Lehrer Alexanders des Großen. Wer dies tut, wird mit dem Satze »Aristoteles war aus Stagira gebürtig« einen anderen Sinn verbinden als einer, der als Sinn dieses Namens annähme: der aus Stagira gebürtige Lehrer Alexanders des Großen. Solange nur die Bedeutung dieselbe bleibt, lassen sich diese Schwankungen des Sinnes ertragen, wiewohl auch sie in dem Lehrgebäude einer beweisenden Wissenschaft zu vermeiden sind und in einer vollkommenen Sprache nicht vorkommen dürften (Frege, 1892a: 24).¹³

Es decir, una persona, digamos un estudioso de la historia de la filosofía, le dará un sentido al nombre *Aristóteles* —quizá algo así como, *el filósofo que definió al hombre como animal social*— y otra persona, digamos un estudiante de educación primaria que escuchó de *Aristóteles* en su clase de historia, le dará al mismo nombre otro sentido —quizá algo así como *el hombre que enseñó a Alejandro Magno*—. Frege no profundizó en el asunto y asumió que tal situación es “tolerable siempre que el referente se mantenga” dentro del lenguaje ordinario —en una ciencia demostra-

¹³ “Con un **verdadero nombre propio** como »Aristóteles«, sin duda pueden diferir las opiniones sobre el sentido. Por ejemplo, uno podría aceptar como tal sentido: el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno. Quien acepte esto, asociará al enunciado »Aristóteles era originario de Estagira« un sentido diferente de aquel quien tome el sentido de este nombre como: el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira. Mientras que la referencia sea la misma, se pueden tolerar estas oscilaciones del sentido, aunque deben evitarse en el edificio teórico de una ciencia demostrativa y no deben figurar en un lenguaje perfecto” (*cf.* Mosterín, 1996; 174). Las negritas son nuestras; se señalan en el sentido de que el mismo Frege sugiere que hay nombres propios verdaderos y nombres propios que no lo son: ¿cuáles?

tiva o en un lenguaje artificial deberían evitarse tales oscilaciones en el sentido—. Pero Kripke va más allá y nos dice que se le puede preguntar incluso a un mismo hablante, digamos al estudioso de la historia de la filosofía, ¿qué descripción estás dispuesto a sustituir por el nombre? (Kripke, 1972/1980: 30). Es decir, el estudioso de la historia de la filosofía puede saber mucho acerca de Aristóteles; que fue el hombre que escribió *La metafísica*, que es autor de *La política*, que fue maestro de Alejandro Magno, que fue discípulo de Platón, que nació en Estagira, etc. Así, por ejemplo, George Bush y Saul Kripke darían sentidos distintos del nombre *Aristóteles*, partiendo de las distintas circunstancias de cada uno. Del mismo Russell podemos inferir el problema:

Toda persona tiene una cantidad de características que son peculiares de ella; César, por ejemplo, tenía el nombre «Julio César». Supongamos que P es alguna propiedad que ha pertenecido sólo a una persona; entonces podemos decir: «Doy el nombre 'A' a la persona que tiene la propiedad P.» En este caso, el nombre <<A>> es una abreviatura de «la persona que tenía la propiedad P» (Russell, 1948/2002: 309).

El tener “una cantidad de características”, implica que, por lo menos, hay dos de esas características o propiedades. ¿Por qué escoger una propiedad P y no una propiedad Q para identificar, significar o referir a A?¹⁴ Así, volviendo al ejemplo de Aristóteles, dado que todas ellas son propiedades o características contingentes de Aristóteles, cosas que él pudo no haber realizado, la pregunta que le haríamos a Frege —y a Russell también— sería: ¿cuál es el parámetro para referirse a una persona o una entidad que cuente con un nombre propio con una particular descripción, que describe una propiedad contingente, por encima de otra, que describe también una propiedad contingente? ¿Cuál es el parámetro para dar el significado de un nombre propio con una particular descripción y no con otra?

Una modificación en la teoría de las descripciones da la respuesta a la pregunta. No es necesario elegir una descripción para referirnos a un nombre; el problema se elimina diciendo que el referente será determinado con un *cúmulo* o familia de descripciones; cualquier cosa que satisfaga la mayoría o un buen número de ese cúmulo o familia de descripciones será el referente del nombre. El problema es sugerido por Wittgenstein. Éste explica que la definición de un nombre se da gracias a una familia o cúmulo de descripciones, y le atribuye tal explicación a Russell:

¹⁴ En este caso hablamos de propiedades pero, ¿qué otra cosa son las descripciones sino propiedades? Decir *el actual rey de Inglaterra* es destacar una propiedad, a saber, la propiedad de ser rey en un país determinado.

Según Russell podríamos decir: el nombre «Moisés» puede ser definido mediante diversas descripciones. Por ejemplo, como: «el hombre que condujo a los israelitas a través del desierto», «el hombre que vivió en ese tiempo y en ese lugar y que fue llamado entonces ‘Moisés’», «el hombre que de niño fue sacado del Nilo por la hija del Faraón», etc. Y según asumamos una u otra definición la proposición «Moisés existió» [así como su negación] recibe un sentido distinto y lo mismo toda otra proposición que trate de Moisés (Wittgenstein, 1953/1999: 99).¹⁵

Es decir, según Russell, tenemos una serie de propiedades de las cosas que expresamos por medio de las descripciones, y tales descripciones nos dan el significado de los nombres propios. El problema es, reiteramos, qué descripción de la larga serie de descripciones que tenemos a la mano estamos dispuestos a elegir para definir un nombre. Bueno, no es necesario escoger una descripción particular para significar el nombre, las tomamos todas y se elimina el problema. No es necesario elegir, por ejemplo, *el hombre que condujo a los israelitas a través del desierto* para definir *Moisés*; tomamos tal descripción más *el hombre que vivió en ese tiempo y en ese lugar y que fue llamado ‘Moisés’* más *el hombre que fue sacado del Nilo por la hija del Faraón* más etc.¹⁶ Kripke supone que un defensor de esta forma de concebir el significado, dando un cúmulo o familia de descripciones, de los nombres es Searle (Kripke, 1972/1980: 31). Éste nos dice:

Top put the same point differently, suppose we ask, “Why do we have proper names at all?” Obviously, to refer to individuals. “Yes, but descriptions could do that for us.” But only at the cost of specifying identity conditions every time reference is made: suppose we agree to drop “Aristotle” and use, say, “the teacher of Alexander”, then

¹⁵ El corchete es nuestro.

¹⁶ Esta idea de la familia o cúmulo de descripciones introduce algunos problemas muy interesantes: ¿cuántas de esas descripciones tienen que ser satisfechas por una cosa para que sea el referente de un nombre?, ¿cuántas de esas descripciones serían suficientes para significar el nombre de una entidad dada?, ¿dos, tres, cuatro...n...?). Otro sugerido por el mismo Wittgenstein: ¿qué pasa si alguna o algunas de esas propiedades que expresan las descripciones son falsas?, ¿debemos abandonar nuestra proposición como falsa —la proposición de que Moisés existió—? ¿Cuántas descripciones tienen que ser falsas para abandonar nuestra proposición? No abundaremos en estos problemas a pesar de sus implicaciones. Supondremos que las propiedades que expresan las descripciones son verdaderas.

La conclusión a la que llega Wittgenstein es que el uso de un nombre propio determinado no tiene un significado fijo (Wittgenstein, 1953/1999: 101). Kripke, de acuerdo con Mill, sostiene que los nombres no tienen significado, sin embargo plantea que los nombres son designadores rígidos. La idea de los designadores rígidos, como veremos más adelante, supone, de alguna manera, que el uso de los nombres es *fijo*.

it is a necessary truth that the man referred to is Alexander's teacher-but it is a contingent fact that Aristotle ever went into pedagogy (though I am suggesting it is a necessary fact that Aristotle has the logical sum, inclusive disjunction, of properties commonly attributed to him: any individual not having at least some of these properties could not be Aristotle) (Searle, 1958: 172).

Así, partiendo de la cita llegamos a la misma conclusión. No hay un problema de elección entre las descripciones, es decir, no necesitamos escoger una descripción, entre las múltiples que pudiera haber, para dar el significado de un nombre o para fijar su referencia. Simplemente tomamos las descripciones *comúnmente atribuidas* a una entidad dada —en este caso a Aristóteles—, y la *suma lógica* de ellas nos dará el referente y el significado del nombre en cuestión.

De todo lo anterior se desprende que el cúmulo-familia de descripciones o la descripción única proporcionan el *significado* y determinan la *referencia* del nombre. Es así como la teoría de las descripciones puede dar cuenta de cierto tipo de enunciados tales como los enunciados de identidad y los enunciados singulares de existencia. Por ejemplo, partiendo de la idea de que los nombres propios son descripciones en el enunciado de identidad *Cicerón es Tulio* sustituimos *Cicerón* por una descripción, digamos *el hombre que denunció a Catilina*, y sustituimos *Tulio* por una descripción, digamos *el autor de Sobre la República*, y tenemos analizado el enunciado, es decir, el significado de *Cicerón es Tulio* nos lo da el análisis en términos de descripciones diciendo que hay un hombre que denunció a Catilina y que hay un hombre que escribió *Sobre la República* y que, como cuestión de hecho contingente, el hombre que denunció a Catilina es el autor de *Sobre la República*. Asimismo, un enunciado singular de existencia tal como *Moisés existió* sería analizado sustituyendo *Moisés* por, digamos *el hombre que guió al pueblo de Israel fuera de Egipto*, y así tenemos el análisis efectuado, diciendo que hubo un hombre tal que guió al pueblo de Israel fuera de Egipto y ese hombre era Moisés. Si no fuera suficiente tal análisis podemos utilizar, en lugar de una sola descripción, el cúmulo-familia de descripciones y evitar el problema de cuál descripción elegimos entre las múltiples posibles. Contra esta perspectiva, Kripke plantea la idea de los designadores rígidos.

Designadores rígidos

Kripke acuña un término común para subsumir en él tanto las descripciones definidas como los nombres propios: *designador*. Tanto los nombres como las descripciones coinciden en cuanto a su función: son usados para designar a algún objeto. Luego, ¿tienen el mismo *status*, son lo mismo los nombres y las descripciones? En primera instancia, Kripke, al usar el término *designador*, le quita a los nombres y a

las descripciones la característica de significar, se queda únicamente con la característica de que éstos sólo son referenciales. Sin embargo, a pesar de que tanto los nombres propios como las descripciones designan cosas o entidades, éstos no son iguales; designan de manera diferente. Así, cabe la siguiente distinción:

Let's call something a *rigid designator* if in every possible world it designates the same object, a *nonrigid* or *accidental designator* if that is not the case... When we think of a property as essential to an object we usually mean that it is true of that object in any case where it would have existed. A rigid designator of a necessary existent can be called *strongly rigid* (Kripke, 1972/1980: 48).

Una de las tesis que Kripke sostiene en *El nombrar y la necesidad* —así como en *Identidad y necesidad*— es que los nombres propios son designadores rígidos y las descripciones definidas son designadores accidentales. La definición de *designador rígido* la lleva a cabo Kripke con base en la noción de mundos posibles. Es necesario entonces ver lo que el filósofo norteamericano entiende bajo el rótulo de *mundos posibles*.

Los mundos posibles son mundos alternativos que nos permiten pensar de manera adecuada las posibilidades. La noción de mundos posibles jugó un papel importante dentro de la teología filosófica de Leibniz así como en la construcción de la semántica para la lógica modal. Leibniz usa los mundos posibles en su explicación de la creación. Según él, la mente de Dios contiene necesaria y eternamente las ideas de infinitos mundos posibles que pudo haber creado, eligiendo el mejor de todos ellos y lo hizo actual, es decir, lo creó. A partir de esto, los mundos posibles son las alternativas completas entre las cuales Dios eligió la mejor. Tales mundos son posibles por lo menos en el sentido de que son lógicamente consistentes, que no son contradictorios —al parecer es la única característica que Leibniz solicita, de manera explícita, para los mundos posibles; otros requerimientos a llenarse por los mundos posibles es una cuestión difícil de precisar—. Leibniz concibe los mundos posibles como completos en el sentido de que son posibles totalidades de criaturas —cosas creadas—; es decir, cada cosa incluye un posible universo, en su extensión espacial total y en su historia temporal total. Tal completud se extiende a cada detalle de una cosa dada, así, una diferencia de un miligramo, digamos, en el peso de un pequeño pájaro nos daría ya un mundo posible, a saber, el mundo posible en donde ese pájaro pesa un miligramo menos que en el mundo actual.¹⁷

Kripke, a diferencia de Leibniz, no tiene una teoría de los mundos posibles, ni detallada ni general. Sin embargo, en el prefacio de *El nombrar y la necesidad*, Kripke plantea una analogía para explicar los mundos posibles. Supongamos que

¹⁷ Esta explicación de los mundos posibles en Leibniz la encontramos en Audi, 1995/1999: 724-725.

tenemos dos dados “comunes y corrientes” (A y B) y la intención es lanzarlos. Sabemos de antemano que nuestro lanzamiento puede arrojar treinta y seis estados posibles. De esos treinta y seis estados sabemos que sólo uno de ellos resultará de hecho —el que corresponde al modo en que caerán los dados—. “For example, since there are just two states —(die A, 5; die B, 6) and (die A, 6; die B, 5)— that yield a total throw of eleven, the probability of throwing eleven is $2/36 = 1/18$ ” (Kripke, 1972/1980: 16). Los treinta y seis estados pueden ser vistos como mundos posibles —miniatura—. En el ejemplo kripkeano, tenemos dos mundos posibles en los cuales nuestros dados mostrarían once. De los 36 estados totales solamente uno es el “mundo real”, el mundo factual —aquel que corresponde precisamente a la manera en que los dados caen—. ¿Para qué nos servirían los otros 35 estados? Bueno, pensamos en ellos cuando nos preguntamos, en este caso concreto, qué tan probable o improbable era el resultado real; es decir, si antes de lanzar los dados nos hubiésemos preguntado si caerían once, entonces pensamos en todos los estados posibles de los dados —y eso lo hacemos, aquí, a través de las probabilidades—. Los 35 estados no son reales, son posibles. Así, los mundos posibles no son planetas ubicados en algún punto del universo. Los mundos posibles son artificios hipotéticos que nos permiten pensar las posibilidades. “Possible worlds’ are *stipulated*, not *discovered* by powerful telescopes” (Kripke, 1972/1980: 44). Dicho lo anterior, regresemos a la noción de *designador*.

Si algo designa a un mismo objeto en todo mundo posible entonces ese algo es un designador rígido. Ahora bien, si un nombre propio designa al mismo objeto en todo mundo posible entonces es un designador rígido. Lo mismo sucedería para las descripciones, si éstas designaran al mismo objeto en todo mundo posible entonces serían designadores rígidos. Apliquemos el *test* de los mundos posibles a las descripciones, ¿designan éstas a un mismo objeto en todo mundo posible? La respuesta es no. Supongamos que nos referimos a Aristóteles con la descripción de que es *el hombre que enseñó a Alejandro*. ¿Designa ésta descripción a Aristóteles en todo mundo posible? No. Nosotros podemos pensar una situación —un mundo posible— en la cual Aristóteles no se dedicó para nada a la pedagogía, y ese sería un mundo en el cual *el hombre que enseñó a Alejandro* no designaría a Aristóteles. Luego, tal descripción no es un designador rígido, es un designador accidental. En cambio, *Aristóteles* designa en todo mundo posible a Aristóteles, aunque Aristóteles nunca haya enseñado a Alejandro, Aristóteles no deja de ser Aristóteles, no podemos imaginar un mundo posible en el que Aristóteles no sea él mismo. Claro que podemos pensar un mundo posible en el que Aristóteles no exista, sin embargo no es una condición que Aristóteles exista en todo mundo posible para que *Aristóteles* sea un designador rígido. Decimos que un nombre propio —en este caso *Aristóteles*— es un designador rígido cuando designa al mismo objeto en todo mundo posible en el que el objeto en cuestión exista. Si

Aristóteles existiera en todo mundo posible —si existiera necesariamente— entonces *Aristóteles* sería un designador rígido en sentido fuerte. Pero Aristóteles no existe necesariamente, luego, *Aristóteles* no es un designador rígido en sentido fuerte. Simplemente es un designador rígido, designa al mismo objeto —a Aristóteles— en todo mundo posible en el que el objeto existe. Pudiera parecer que Kripke afirma que un nombre propio le pertenece necesariamente a su portador, que, como decía Platón:

cada cosa tiene un nombre que le es naturalmente propio; que no es un nombre aquél de que se valen algunos, después de haberse puesto de acuerdo, para servirse de él; y que un nombre de tales condiciones sólo consiste en una cierta articulación de la voz; sosteniendo, por lo tanto, que la naturaleza ha atribuido a los hombres un sentido propio, el mismo para los helenos que para los bárbaros (Platón, 1996: 249).

No se afirma tal cosa. Kripke parte de la idea de que los nombres propios son dados de manera convencional tal como son usados en el lenguaje ordinario. A la idea platónica, podemos oponer varios contraejemplos. Uno de ellos nos lo da la misma noción de mundos posibles. Podemos fácilmente imaginar un mundo posible en el cual Aristóteles no se llamara *Aristóteles*. Damos a las cosas un nombre de manera convencional, pero una vez que las cosas tienen un nombre, usamos éste para designar a las cosas en cuestión de manera necesaria, rígida. Si Aristóteles se hubiese llamado, digamos, *Plotino*, entonces usaríamos este nombre para designar en todo mundo posible a Aristóteles. De hecho, para imaginar un mundo posible en el cual una determinada cosa sea diferente de como es en el mundo actual usamos el nombre de esa cosa para describir tal situación. Aristóteles no dejaría de ser él mismo aunque se llamara *Juan*, *Lucas*, etc. Si se llamara de otro modo usaríamos de manera rígida el nombre que tuviera. Los nombres son dados convencionalmente, sin embargo, los usamos para referirnos de manera rígida a las cosas nombradas por ellos.

En cuanto a las descripciones, desde la postura kripkeana son concebidas como designadores accidentales, no rígidos. Digamos que nos referimos a Aristóteles como *el hombre que enseñó a Alejandro*. En el mundo actual efectivamente Aristóteles es el hombre que enseñó a Alejandro, pero podemos imaginar un mundo en el cual Aristóteles no enseñó a Alejandro —quizás un mundo en el cual Aristóteles hubiera decidido dedicarse exclusivamente a la jardinería— y alguien más lo haya hecho. Entonces *el hombre que enseñó a Alejandro* no designa en todo mundo posible a Aristóteles. La descripción en cuestión no cumple con las condiciones de unicidad,¹⁸ no elige a un único individuo, entidad o cosa en todo mundo posible. Lo mismo

¹⁸ Recordemos que Russell interpretaba el *el* de las descripciones como una exigencia de unicidad, es decir que ese *el* suponía que la descripción o frase denotativa elegía a un único individuo.

vale si quisiéramos dar el significado de *Aristóteles* a través de una descripción; tal descripción no daría el significado del nombre dado que las descripciones expresan propiedades contingentes.¹⁹ El problema desaparecería, argumenta Searle, diciendo que no es una sola descripción la que da el significado del nombre sino un cúmulo-familia de descripciones; Aristóteles no sería definido únicamente con una descripción (ya que ésta expresaría una propiedad contingente) sino con un cúmulo de ellas, ya que "...it is a necessary fact that Aristotle has the logical sum, inclusive disjunction, of properties commonly attributed to him..." (Searle, 1958: 172). Sin embargo, preguntamos a Searle: ¿qué tipo de alquimia le permite desaparecer lo contingente de las propiedades expresadas por las descripciones? Sumemos lógicamente las propiedades comúnmente atribuidas a Aristóteles: *el autor de La política, el discípulo de Platón, el hombre que clasificó los silogismos, el hombre que enseñó a Alejandro Magno, el filósofo de Estagira, el hombre que estudió en La Academia, el esposo de Pitia, el filósofo que fundó el Liceo, etc.* ¿La disyunción inclusiva de estas propiedades elimina la contingencia de tales propiedades y las transforma en propiedades necesarias o esenciales? En el mundo actual Aristóteles tiene tales propiedades. Pero podemos imaginar fácilmente situaciones contrafácticas, en las que Aristóteles no hubiera hecho nada de lo que las descripciones expresan. Así pues, si los nombres propios tienen significado, éste es dado a través de descripciones.

Los nombres comunes

Si Kripke es más o menos extenso en su explicación acerca de los nombres propios, no sucede lo mismo con los nombres comunes. En su obra donde habla de los primeros, *Naming and Necessity*, no hay una explicación sistemática acerca de los nombres comunes como designadores rígidos. Encontramos más bien algunas afirmaciones al respecto, así como algunos ejemplos, los cuales se analizan aquí. Es

¹⁹ Si las descripciones expresaran propiedades esenciales de lo que intentan definir cabría aceptar que las descripciones dan el significado de los nombres propios. Sin embargo, es sumamente difícil dar propiedades esenciales de cualquier cosa. Kripke mismo no da una lista de lo que pudieran ser propiedades esenciales de un objeto. Sin embargo, indica que la cuestión del origen de un objeto nos llevaría a determinar algunas propiedades esenciales. En el caso de las personas podemos considerar como propiedades esenciales el hecho de nacer de determinadas personas, es decir, es esencial a una persona *x* haber nacido de *y* y de *z*. *x* nace del espermatozoide de *y* y del ovulo de *z*. ¿Cómo podría *x* seguir siendo *x* si hubiera nacido de progenitores diferentes, de *a* y de *b* por ejemplo?, ¿podemos imaginar un mundo posible en el cual *x* seguiría siendo *x* a pesar de haber nacido de *a* y de *b*? Si *x* nació de *y* y de *z* es imposible que haya nacido de otro par de progenitores, y si nació de otro par de progenitores entonces ya no es *x* (Kripke, 1972/1980: 112-113).

por eso que algunos autores hablan de una “agenda” no terminada de Kripke en relación con los nombres comunes (*cf.* Salmon, 2003: 475-492).

Entonces, a partir de lo anterior, podemos decir que la explicación kripkeana de los nombres comunes será seguida por nosotros de manera fundamentalmente reconstructiva. A pesar de que Kripke no define explícitamente lo que entiende por un nombre común, tomaremos las pocas afirmaciones y los pocos ejemplos que nos presenta para llevar a cabo la reconstrucción. Asimismo, aplicaremos su explicación de los nombres propios a los nombres comunes, dado que, en primer lugar, Kripke afirma que “According to the view I advocate, then, terms for natural kinds are much closer to proper names than is ordinarily supposed” (Kripke, 1972/1980: 127).

Es decir, si los nombres propios son designadores rígidos entonces los nombres comunes, al “estar muy cercanos” a los primeros, serán también designadores rígidos —o *¿casi* designadores rígidos?—. Luego, *grosso modo*, todo lo que se diga para los nombres propios debe aplicar a los nombres comunes; éstos, al igual que los primeros y al ser designadores rígidos, carecen de significado.

Dijimos ya, que Kripke no da una definición explícita de nombre común sino que presenta algo más parecido a una enumeración al decir que

The old term ‘common name’ is thus quite appropriate for predicates marking out species or natural kinds, such as ‘cow’, or ‘tiger’. My considerations apply also, however, to certain mass terms for natural kinds, such as ‘gold’, ‘water’, and the like (Kripke, 1972/1980: 127).

Así, pues, tanto términos de clase natural como términos masa son nombres comunes. Como ejemplos Kripke nos ofrece *vaca*, *tigre*, *agua*, *oro*. La afirmación fundamental de Kripke es que tanto los nombres propios como los nombres comunes son *designadores rígidos*. Más adelante, el autor norteamericano detalla un poco más la “definición” y la amplía a otro tipo de términos

This conclusion holds for certain for various species names, whether they are count nouns, such as ‘cat’, ‘tiger’, ‘chunk of gold’, or mass terms such as ‘gold’, ‘water’, ‘iron pyrites’. It also applies to certain terms for natural phenomena, such as ‘heat’, ‘light’, ‘sound’, ‘lightning’, and presumably, suitably elaborated, to corresponding adjectives— ‘hot’, ‘loud’, ‘red’ (Kripke, 1972/1980: 134).

Así, para Kripke los términos de clase naturales, los nombres contables, los términos masa y algunos términos teóricos son designadores rígidos, lo cual implica, de manera más clara, la afirmación de que lo que se diga para los nombres propios aplica también para los nombres comunes.

En el caso de un nombre propio como *Aristóteles*, se dice que es un designador rígido porque refiere necesariamente, en todo mundo posible, al individuo Aristóteles. El significado de tal nombre no es dado por descripción alguna asociada al mismo. Si decimos que el significado de *Aristóteles* es *el hombre que enseñó a Alejandro Magno*, entonces la descripción falla en su propósito dado que la propiedad expresada en la descripción es una propiedad contingente: Aristóteles pudo no haber enseñado a Alejandro Magno. La inferencia inequívoca de tal explicación es que para poder dar el significado de un nombre propio a través de una descripción, ésta tendría que ser forzosamente una propiedad necesaria, esencial.

Lo mismo sucedería con los nombres comunes. Veamos el siguiente ejemplo. El diccionario de la RAE define *mesa* como “mueble, por lo común de madera, que se compone de una o de varias tablas lisas sostenidas por uno o varios pies, y que sirve para comer, escribir, jugar u otros usos”.²⁰ Desde la teoría de las descripciones, diríamos que el significado de *mesa* es *el objeto tal que es un mueble por lo común de madera, que se compone de una o varias tablas lisas sostenidas por uno o varios pies, que sirve para comer, escribir, jugar u otros usos*. Desde la posición de Kripke, tal descripción —o cúmulo de descripciones, según se elija— no puede constituir el significado de *mesa* dado que tal descripción expresa una propiedad contingente —o propiedades—; tales propiedades no son propias del objeto mesa en todo mundo posible. Para cumplir su cometido, la descripción en cuestión debe expresar una propiedad necesaria.

Tradicionalmente los diccionarios presentan el significado de nombres comunes —y otras palabras— a través de descripciones. Según Kripke, las descripciones, al no expresar propiedades necesarias de los objetos referidos por los nombres comunes, no pueden ser parte del significado de estos últimos; por lo tanto, no tienen significado, son designadores rígidos. Si los nombres comunes tuvieran significado entonces ese significado debería estar constituido por descripciones que expresen propiedades esenciales de los objetos a los que se refiere. Es clara la confusión de criterios: el significado de los nombres —elementos pertenecientes al léxico—, el cual es objeto de estudio de la semántica léxica, se determinaría, según la idea kripkeana, a través de estudiar a las cosas; para conocer el significado de los nombres —elementos lingüísticos— debemos conocer las cosas.

Al parecer la vieja idea de corte aristotélico de que el significado de una palabra debe contener propiedades esenciales subyace (¿consciente o inconscientemente?) al planteamiento kripkeano, estableciéndose así un complejo y confuso entramado entre aspectos de diversa naturaleza: significado-definición-esencia-propiedades de las cosas.

Por una parte, el significado y la definición de las palabras tienen que ver directamente con el trabajo de la lingüística —concretamente con la semántica y la

²⁰ Microsoft® Encarta® 2007. © 1993-2006 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

lexicología—, partiendo del hecho de que tal es la ciencia encargada de investigar y explicar los mecanismos del lenguaje y las lenguas. Por otra parte, la cuestión de la esencia y la determinación de las propiedades que configuran una cosa es trabajo de la ontología y de la investigación de otras ciencias —la física, la biología, la química, la fisiología, etcétera—.

El trabajo de la semántica al interior de la lingüística, con respecto a los nombres comunes, puede resumirse en la pregunta ¿Qué significa la palabra “tigre”? El trabajo de la ontología puede resumirse en la pregunta ¿Qué es ser tigre? Y el trabajo de las ciencias particulares puede resumirse en la pregunta ¿Qué es un tigre? En el planteamiento de Kripke tales preguntas y, por tanto, los objetos de estudio de diferentes áreas del conocimiento, están confusamente unidas con la intención de explicar el *status* semántico de los nombres propios y comunes). Para corroborar tal afirmación recurrimos a las explicaciones kripkeanas de algunos ejemplos de nombres, así como a los elementos teóricos que presentamos en apartados anteriores.

El primer ejemplo es “oro”. Kripke parte de la afirmación kantiana de que “el oro es un metal amarillo”, interpretándola como “oro significa en parte *metal amarillo*”, dejando de lado la idea que pudiera también sugerir la afirmación, a saber, que “oro significa solamente metal amarillo”. Kripke desecha analizar la propiedad de ser “metal” del oro por no saber suficiente química para hablar de ello —¿Es necesario saber de química para conocer el significado de *oro*?!—. El filósofo norteamericano decide revisar “la cuestión de la amarillez del oro”, es decir, decide revisar otra de las propiedades del oro —en lugar de revisar la lengua—. Kripke se pregunta si podríamos descubrir que el oro no fuese de hecho amarillo. Para ello elabora un ejemplo, imaginando un mundo posible donde en los lugares donde se encuentra el oro imperan determinadas propiedades atmosféricas que hacen que nosotros veamos el oro como amarillo, pero, supone, que una vez eliminadas tales propiedades atmosféricas nosotros viéramos que el oro es en realidad azul.²¹ Si se diera una situación como la descrita, Kripke niega que nosotros pudiéramos decir que el oro no existe, sino más bien diríamos que aunque pensábamos que el oro era amarillo de hecho no es amarillo sino azul. Para él, nosotros usamos el término *oro* para referirnos a cierta clase de cosa. Esa cosa fue descubierta por otros y, argumenta el filósofo de los mundos posibles, nosotros hemos oído hablar de esa clase de cosa en tanto que pertenecientes a una comunidad determinada de hablantes.²² Nosotros concebimos tal clase de cosa como si tuviera ciertos rasgos que

²¹ Kripke no ve el asunto de que el oro no es únicamente amarillo. Éste tiene otros colores, como el blanco. En este caso concreto no hay necesidad de recurrir a los mundos posibles.

²² Tal es la idea de la “Teoría causal de la referencia” que afirma que la referencia de un nombre es fijada por “expertos” en la materia, a través de un bautismo “inicial”, y transmitida en una cadena

nos permiten identificarla. La pirita de hierro u oro de los tontos tiene todas las propiedades aparentes que nosotros usamos para describir el oro, sin embargo, la pirita de hierro no es oro. Kripke nos dice que a la “persona inexperta” (*uninitiated person*) la pirita de oro le parece exactamente igual al oro. Las propiedades del oro permiten diferenciarlo del oro de los tontos (Kripke, 1972/1980: 118-119). Pero, podemos preguntarle a Kripke, ¿cuántos de los hablantes de una comunidad lingüística serían capaces de diferenciar el oro de la pirita de hierro, bajo sus criterios? Solamente los especialistas en química —u otras disciplinas— podrían diferenciarlos. La propiedad de ser amarillo del oro es pues contingente y, por tanto, no es parte del significado de *oro*. Sin embargo eso es materia del conocimiento del mundo y no de la lengua. Nosotros como pertenecientes a una comunidad de hablantes podemos no saber que el oro es el elemento atómico con número 79 y a pesar de ello podemos usar *oro*, y de hecho lo hacemos, para referirnos a cierta clase de cosas y nos referimos a ella precisamente a través de una serie de *atributos* típicos —o, en términos de Putnam, estereotípicos—, como la amarillez, los cuales son parte de su significado. El hecho de si esos atributos son contingentes o son necesarios a la cosa, o de si tales atributos describen “exactamente” a la cosa, no es un asunto que tenga que estudiar la lingüística sino las ciencias competentes para ello.

Las consideraciones de Kripke en el ejemplo anterior mezclan de manera confusa el significado lingüístico general con el significado terminológico, que depende de las descripciones científicas, y con la naturaleza de las cosas. Comienza hablando del significado de *oro* y termina explicando la naturaleza del oro —para aclarar el *término* oro—. La terminología es definida por la ISO como el “estudio científico de las nociones y de los términos usuales de las lenguas de especialidad” (Lerat, 1997: 14).²³ En Kripke encontramos a veces que se refiere al significado del nombre *oro* (y otros) y a veces encontramos que se refiere al significado del término *oro* (en tanto que perteneciente a la terminología), al mismo tiempo que hace referencias insistentes a la naturaleza de las cosas a partir de los conceptos de contingencia y necesidad, mezclando, asimismo, la ontología con el trabajo de las ciencias.

causal entre los miembros de una comunidad y sus generaciones. Nuevamente tenemos aquí criterios exclusivamente referenciales, es decir, ontológicos para la determinación del estatus semántico de los nombres.

²³ Poco alejada de tal definición se encuentra la presentada por el *Diccionario de lingüística aplicada y enseñanza de lenguas* que dice en su entrada para terminología: 1 Las piezas léxicas especiales que aparecen en una disciplina o materia concreta. Por ejemplo *sintagma*, *conjunción*, y *aspecto* forman parte de la terminología de la gramática del español (Richards *et al.*, 1997: 411).

Nosotros reiteramos con Lerat que

Para la lingüística, que es el estudio científico de las lenguas —y un conjunto coherente de conocimientos explícitos operativos sobre las lenguas—, la terminología no incumbe a las lenguas y, por lo tanto, sólo es compatible con su objeto y sus métodos en uno de sus elementos, el término, siempre y cuando éste sea un signo lingüístico (Lerat, 1997: 17).

Así, pues, el significado terminológico es extrínseco a la lengua,²⁴ en el sentido de la construcción de su significado, pero no a la lengua de especialidad. La dificultad del asunto radica en que tenemos la palabra *oro*, por una parte, como elemento lingüístico de uso cotidiano de los integrantes no especializados de una comunidad de hablantes determinada —el español— y, por otra parte, tenemos la misma palabra como término usual de la lengua especializada de la química. En el primer caso, el hablante no necesita tener un conocimiento ni exacto ni detallado de lo que sean las cosas para poder usar los nombres comunes como elementos lingüísticos que tienen un significado, el cual se constituye por una serie de rasgos típicos. En el segundo caso, el hablante especializado tiene que recurrir a la naturaleza de la cosa para construir el significado de los nombres en tanto que términos pertenecientes a un área del saber. Si bien el significado del término técnico *oro* difiere del significado del nombre *oro*, ambos elementos convergen en la lingüística gracias al uso del mismo signo, constituyéndose como un caso de homonimia. Sin embargo, los ejemplos que presenta Kripke en NN no acusan de recibido la citada diferencia, ni apela a la diferencia de significado entre uno y otro. Dichas diferencias serán retomadas cuando hablemos de la lexicología y la terminología, bajo las nociones de *zona* lingüística y *ámbito* objetivo (Coseriu, 1981). En ese sentido, como veremos, Kripke funde en sus argumentos los aspectos relativos a las cosas con los aspectos relativos a la lengua, *zona* y *ámbito* conforman una unidad en sus planteamientos, mezclando las relaciones de significación y las relaciones de designación: se conoce el *status* semántico de los nombres, los cuales, en tanto que elementos del sistema de la lengua, pertenecen a la *zona* o dominio lingüística, por medio del conocimiento que se tiene de los objetos con los que se relacionan, es decir, por medio del *ámbito* objetivo.

Se podría objetar que las consideraciones de Kripke atañen meramente al significado de los nombres propios y comunes en tanto que pertenecientes a la terminología y al quehacer de las ciencias. Sin embargo, la objeción desaparece cuando Kripke afirma que “We will use the term ‘name’ so that it does *not* include definite

²⁴ Esta afirmación será matizada en el tercer capítulo al hablar de la terminología.

descriptions of that sort, but only those things which **in ordinary language** would be called ‘proper names’” (Kripke, 1972/1980: 24).²⁵ Es decir, sus planteamientos se aplican a los nombres propios y comunes tal como son usados en el lenguaje ordinario y no a las terminologías, ni a las nociones propias de una ciencia, al menos partiendo de su propia afirmación.

Veamos otro ejemplo donde la mezcla de criterios lingüísticos con criterios extralingüísticos diversos se presenta de manera más patente a la hora de determinar la no significatividad de los nombres en nuestro filósofo.

Alguien lanza la pregunta: ¿qué es un tigre? Kripke responde con la entrada correspondiente en el *Shorter Oxford Dictionary* que dice “un tigre es un felino grande, carnívoro, cuadrúpedo, de color amarillo tostado, con rayas negruzcas transversales y vientre blanco”. Enseguida supone que alguien dice: usted ha dicho exactamente lo que la palabra “tigre” significa en español (inglés, *tiger*). Sin embargo, Kripke rechaza esa última afirmación, presentando la existencia de tigres con tres patas. Si “tigre”, argumenta, significa en español, entre otras muchas cosas, cuadrúpedo (en inglés, *tiger, quadrupedal*) entonces una frase como “tigre con tres patas” sería una contradicción en los términos. Si el tener cuatro patas forma parte del concepto de tigre entonces no podrían existir tigres con tres patas (Kripke, 1972/1980: 119). Hay tigres con tres patas, luego la propiedad de tener cuatro patas es una propiedad contingente. Por lo tanto, el tener cuatro patas no puede ser parte del significado de “tigre”. Tal es el argumento del filósofo de los mundos posibles.

Sin embargo, la pregunta se plantea desde el inicio de manera sesgada. Una vez más, Kripke parte de una pregunta que no concierne a la lingüística ni a la lengua, sino más bien a la zoología y/o a la biología y quizás a la filosofía en un sentido ontológico. Enseguida la responde con elementos lingüísticos, la definición del diccionario. Luego, niega que tal definición presente “exactamente” el significado de la palabra “tigre”. A este respecto es interesante la inserción del adverbio “exactamente” (*just*), ¿está buscando Kripke el significado “exacto” de los nombres?, ¿a la manera de la matemática o de la lógica?²⁶ Así parece indicar su ejemplo, olvidando el carácter social y, por tanto, cambiante del léxico, de las palabras y de la lengua misma (*cf.* Lara, 1997: 92-95), pretendiendo encontrar definiciones absolutas y universales. La confusión entre cosas y lengua, entre designación y significación se hace más patente en la siguiente pregunta que se hace Kripke y la cual resume la citada confusión: “Further, is it true that anything satisfying this description in the dictionary is necessarily a tiger?” (Kripke, 1972/1980: 120).

²⁵ El subrayado es de Kripke; las negritas son nuestras.

²⁶ Parece ser que el viejo ideal del positivismo lógico de encontrar el lenguaje perfecto persiste en Kripke.

Encontramos en la pregunta por lo menos tres elementos mezclados y confundidos: a) un elemento lingüístico que toma básicamente los resultados de la lexicografía plasmados en el diccionario bajo las entradas de los nombres comunes —¿qué significa “tigre”?—; b) un elemento del conocimiento científico que apela a nuestro conocimiento del mundo —¿qué es un tigre?—; c) un elemento ontológico y/o metafísico que apela a la naturaleza de las cosas —¿qué es ser *necesariamente* un tigre?—.

La respuesta kripkeana a la pregunta es no: las descripciones que presenta el diccionario son contingentes. Dado que Kripke busca una definición de los nombres que sea “exacta” y que apele a expresar propiedades necesarias, esenciales, de las cosas, y dada la dificultad de cumplir con tales requisitos, rechaza que los nombres tengan significado, resaltando el papel que ellos tienen como elementos que sirven para designar objetos. Ello lo lleva a cabo nuestro filósofo a través de la categoría de *designador rígido*, categoría que por sí misma rechaza recurrir al significado de los nombres, quedándose únicamente con el factor meramente designativo. Finalizamos aquí la presentación a detalle del planteamiento kripkeano. En el siguiente apartado presentamos resumido el argumento central del filósofo norteamericano sobre los nombres, así como sus implicaciones lingüísticas, posicionándonos frente al mismo.

El argumento de Kripke y sus implicaciones lingüísticas

Resumimos el argumento de Kripke de la siguiente manera: su intención es determinar el estatus semántico de los nombres propios y comunes, tal y como son usados en el lenguaje ordinario. Kripke presenta una enumeración, no una definición, de los nombres propios y los concibe tal y como se presentan en lenguas como el inglés o como el español: Aristóteles, Nixon, Cicerón, Dartmouth. De igual manera, tampoco presenta una definición de los nombres comunes, sino una enumeración de los mismos, con base en algunos ejemplos. Según su planteamiento, los nombres propios y los nombres comunes no tienen significado; son designadores rígidos, es decir, designan al mismo objeto en todo mundo posible. La negación del significado de esos elementos lingüísticos la sustenta el filósofo de los mundos posibles en el hecho de que las descripciones dadas y/o asociadas a un nombre determinado expresan propiedades contingentes del objeto designado por tal nombre. La inferencia inmediata de tal planteamiento, con respecto al significado, es que si éste existe debe expresar propiedades esenciales del objeto.²⁷

²⁷ En ese sentido, a diferencia de Frege y de Russell, Kripke sostiene que no pueden darse definiciones de los nombres, dado que carecen de significado. El planteamiento del filósofo norteamericano comparte el supuesto básico de la concepción de la definición: “La definición es una enunciación

La afirmación de Kripke involucra de manera directa el ámbito de la lingüística, dado que su intención es determinar el estatus semántico de los nombres desde la perspectiva del uso ordinario del lenguaje. Si consideramos, como de hecho se hace aquí, que el significado es un tema de estudio de la semántica y ésta, a su vez, es uno de los componentes de la lengua, entonces es innegable la relación de los planteamientos del filósofo norteamericano con la investigación lingüística. De igual manera, si consideramos, como también se hace aquí, que la noción de “uso ordinario del lenguaje” apunta de manera directa a la relación entre las lenguas naturales y sus usuarios, siendo tal relación objeto de estudio de la pragmática y ésta, a su vez, es uno de los componentes de la lengua, entonces es innegable que la tesis kripkeana es de la incumbencia de la lingüística.

En ese sentido, afirmamos en el presente libro que la primera de las implicaciones lingüísticas de la tesis de Kripke sobre la carencia de significado de la categoría léxica de los nombres es la propia negación de parte importante del quehacer de la lingüística: si no hay significado entonces el trabajo de la lexicología y de la semántica léxica ha sido en vano, dado que se ha enfocado en analizar un fantasma. Sin embargo, es necesario apelar a algunos elementos teóricos de la lexicología y de la semántica léxica para mostrar que su objeto de estudio, el significado, no es un fantasma y explicar, al mismo tiempo, los factores que subyacen al planteamiento de Kripke y que posibilitaron su tesis. Así, para llegar a ello y poder hablar del estatus semántico de los nombres, requerimos necesariamente de algunos elementos del trabajo de la lingüística, justificando la importancia de ésta para con Kripke, desde diversos ángulos:

1. Establecer el estatus semántico de los nombres comunes requiere no únicamente determinar las relaciones establecidas entre la lengua y el mundo, como hace Kripke, sino que requiere de un análisis lingüístico, dado que los nombres son primariamente una categoría léxica. Hablar de manera categórica de que los nombres no tienen significado desde la mera relación de ellos con las cosas implica una visión reduccionista y, por tanto, falaz, al querer aplicar conclusiones particulares a la totalidad. Tal relación implica, a su vez, que

que expresa la esencia de la cosa. Ahora bien: puede hacerse una enunciación de este género para explicar una sola palabra...” (Aristóteles, 1969/1993: 225). Es decir, la explicación de las palabras tiene que ver con la esencia de las cosas a que hacen referencia dichas palabras. Para Kripke, el trabajo de la ciencia es el descubrimiento de la esencia de las cosas. Sobre el descubrimiento empírico de la esencia ver al mismo Kripke (1972/1980: 110). Sobre el esencialismo en la filosofía de Kripke, véase Nubiola, 1984/1991: 291-316.

2. Establecer el estatus semántico de los nombres comunes requiere de un modelo de signo que distinga de manera clara entre los aspectos ontológicos y conceptuales de los aspectos propiamente lingüísticos. En el caso de Kripke, subyace en sus planteamientos un modelo triádico del signo que conjunta, como si fuese uno solo, el aspecto conceptual y significativo de los nombres; de manera concreta, bajo ese modelo de signo Kripke sustituye el significado por el concepto, entendido éste desde la perspectiva de la investigación científica. Lo anterior nos lleva a plantear que
3. Establecer el estatus semántico de los nombres comunes implica distinguir el uso cotidiano de la lengua, el “uso ordinario del lenguaje”, ligado a un aspecto netamente lingüístico, del uso especializado de la lengua natural, más ligado con la naturaleza de las cosas y a una representación conceptual que apunte a la “exactitud”. En el caso de Kripke, en las conclusiones a las que llega sobre los nombres comunes, se presentan confundidos el uso ordinario y el uso especializado de los nombres. La diferencia entre dichos tipos de usos la podemos establecer únicamente apelando al ámbito de la lexicología y la terminología.
4. Establecer el estatus semántico de los nombres implica determinar las diferentes maneras en que son construidos en las lenguas, así como las maneras en que constituimos lingüísticamente los objetos; dichas formas varían también de lengua a lengua y, en muchas ocasiones, al interior de la propia lengua. Tal labor depende de la investigación lingüística, de corte empírico, y de ninguna manera es determinable sobre planteamientos teóricos apriorísticos, previos a esa investigación, y mucho menos aplicables de manera universal. En el caso de Kripke, éste traslada sus consideraciones sobre el funcionamiento de algunos nombres comunes a “los nombres comunes”, en general, sin tomar en cuenta las diferencias que existen aun al interior de su propia lengua.

Así, en lo que sigue se abordan a detalle las implicaciones lingüísticas en el planteamiento de Kripke, con auxilio de algunos elementos de la propuesta de UNITYP, de la lexicología y la terminología.

EL MODELO DIMENSIONAL DEL LENGUAJE

UNITYP

El Proyecto de Universales y Tipología de la Universidad de Colonia¹ (UNITYP) es el nombre dado a un grupo de investigación, cuyo centro de trabajo fue el Instituto de Lingüística de la citada universidad. UNITYP comienza sus trabajos como proyecto individual en 1972, constituyéndose como grupo en 1978 y terminando, también como grupo oficial, en 1992 (Seiler, 2001: 323).²

El Proyecto de Universales y Tipología de la Universidad de Colonia plantea un acercamiento al estudio de las lenguas desde una perspectiva universalística y tipológica donde se distinguen y se establecen claramente las relaciones entre estructuras, programas y funciones (Iturrioz, 1986a: 8-11), con la intención de explicar, conjuntamente, las igualdades y las diferencias presentes en la comparación entre lenguas (Iturrioz, 1986b: 21): la unidad y la diversidad, lo universal del lenguaje y lo particular de las lenguas.

Desde el modelo de UNITYP se plantean una serie de dimensiones³ o planes operacionales⁴ presentes en toda lengua, tales como individuación (aprehensión de objetos), posesión, determinación,⁵ localización, participación, nominalización, etcétera. Tales dimensiones se consideran universales en el sentido de que toda

¹ El nombre completo en alemán es: *Sprachliche Universalienforschung und Typologie unter besonderer Berücksichtigung funktionaler Aspekte*.

² Sus miembros siguieron trabajando de manera individual, pero aún compartiendo los principios teóricos de UNITYP.

³ La noción de dimensión implica la idea de una finalidad comparativa.

⁴ La noción de operación implica la noción de función en el sentido de que toda operación tiende al cumplimiento de una meta.

⁵ Denominada IDENTIFICACIÓN por Hansjakob Seiler en sus trabajos más recientes.

lengua se enfrenta a resolver problemas que les son comunes; las categorías y las estructuras lingüísticas insertas en esas dimensiones son el elemento de variación (Iturrioz, 1986b: 19-23). Así, a pesar de que algunos fenómenos lingüísticos de una lengua dada puedan diferir en forma y contenido, pueden ser agrupados bajo un común denominador de tipo funcional, a saber, las dimensiones, las cuales engloban, precisamente, las tareas a las que toda lengua se enfrenta. El modelo de UNITYP se plantea, pues, como un *modelo dimensional de los universales del lenguaje* (ver Seiler, 1986), a través del cual se explican diversos fenómenos lingüísticos, al ofrecer un sólido parámetro de comparación de lenguas diversas.

El modelo de UNITYP se conforma teóricamente a partir de algunas nociones básicas como las de función, *tertium comparationis*, variantes e invariantes, continuo, etcétera, presentándose como un modelo operacional funcional que concibe a la lengua como un *sistema de solución de problemas* (Iturrioz, 1986b: 22). Seguiremos la exposición de Seiler para presentar los conceptos antes mencionados (ver esquema 1).

La noción de *función* es entendida, desde UNITYP, como una moneda, es decir, con dos caras: una de ellas está constituida por una base apriorístico-deductiva de tipo cognitivo-conceptual, *i.e.*, los *conceptos*; la otra está conformada por una base empírico-inductiva que representa la relación entre las *invariantes* y las *variantes*, bajo un común denominador funcional (Seiler, 1986: 4). Ese común denominador es precisamente la idea de que la lengua es un sistema teleonómico “de operaciones destinadas a resolver tareas o problemas que se plantean a todas por igual” (Iturrioz, 1986a: 3). La función pues, se constituye por las finalidades a las que apuntan las lenguas: la constitución lingüística de objetos (aprehensión), la determinación de referentes (determinación), el nombrar objetos, procesos, propiedades (nominalización), el contar (*numeration*),⁶ etcétera.

En cuanto a los conceptos, éstos difieren de las *estructuras lingüísticas* particulares en el sentido de que estas últimas varían de una lengua a otra, en tanto que los primeros tienen un estatus *universal*. Al ser universales, los conceptos se constituyen como ese fundamento cognitivo común que posibilita juzgar las diferencias y semejanzas entre las lenguas. Los conceptos, como elementos de naturaleza cognitiva, tienen su correlato en las invariantes, los planes operacionales o programas de naturaleza lingüística que apuntan al cumplimiento de metas, y ambos constituyen precisamente el *tertium comparationis* que posibilita el estudio tipológico de las lenguas. Por ello Seiler dice que

The same is true for cognitive-conceptual content. There is no difference in principle between operations and parameters on the linguistic level and those pertaining

⁶ Cfr. Seiler, 2001.

to the level of cognitive-conceptual content. An integrated search on both these levels produces a *tertium comparationis* that is a prerequisite for language typology (Seiler, 2001: 324).

Asimismo, los conceptos funcionan como el *repraesentandum*, lo representado, aquello que debe ser expresado por medio del lenguaje. Es aquí donde se patentizan los propósitos a cumplir, los *problemas* a solucionar (Seiler, 2001: 5).

Por su parte, las *invariantes* conforman los elementos presentes en toda lengua, es decir, la *unidad* subyacente a toda lengua (L_1, L_2, L_3, \dots), apelando, por tanto, al concepto unitario de lenguaje (L). Las invariantes se plantean como una serie de continuos, entendidos éstos como *programas*, planes operacionales o dimensiones, las cuales toda lengua debe llevar a cabo. Así, por ejemplo, la tarea de constituir lingüísticamente objetos se presenta a toda lengua; sin embargo, las maneras para dar cuenta de dicha tarea son elegidas de una serie de *estructuras lingüísticas* diversas, de una serie de técnicas y categorías lingüísticas.⁷ Las estructuras lingüísticas elegidas por las lenguas particulares son las *soluciones* planteadas a los problemas. Tales soluciones son las *variantes*, las cuales se posicionan a lo largo del continuo (Seiler, 2001: 5). Para decirlo de otra manera, las técnicas, al interior de las dimensiones, forman

un paradigma de estructuras que sirven a una misma función, distinguiéndose unas de otras gradualmente por el grado de gramaticalización y, de forma paralela, por el grado posible de variación entre dos principios contrapuestos... (Iturrioz, 1986b: 23).

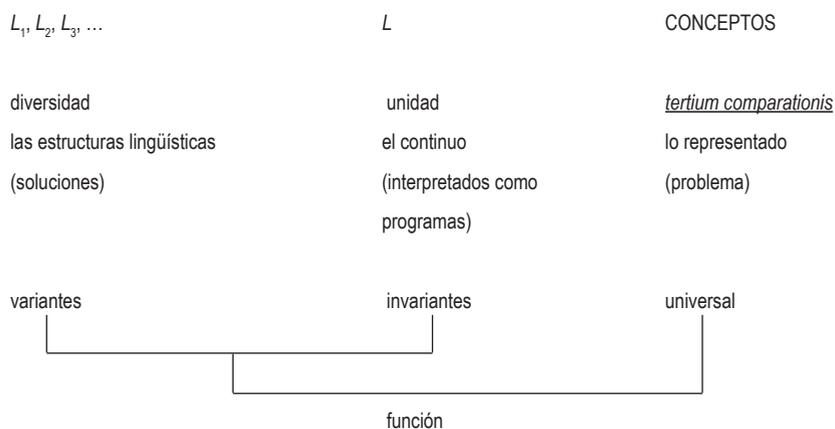
Tales principios contrapuestos y complementarios, que funcionan como parámetros para determinar las posiciones de las técnicas y estructuras lingüísticas a lo largo del continuo, son *indicatividad* y *predicatividad*. Asimismo, existe un punto de intersección en el continuo entre indicatividad y predicatividad, que señala su “neutralización”, es decir, el mismo grado de fuerza en las técnicas (Seiler, 2001: 339).

Para UNITYP, pues, el planteamiento de los planes operacionales o dimensiones como continuos es una de las herramientas centrales para dar una adecuada explicación de las semejanzas y diferencias tanto al interior de una lengua misma como en la comparación con otras lenguas, a través de los principios de indicatividad y predicatividad. Sin embargo, los continuos se plantean en tres niveles (Seiler, 2001: 339):

⁷Las categorías lingüísticas son instancias prototípicas de técnicas (Seiler, 2001: 340). Así, por ejemplo, la categoría gramatical de los nombres propios es una de entre muchas otras técnicas posibles, para dar cuenta de la individuación.

Esquema 1

Modelo Dimensional de UNITYP



- un continuo perteneciente a un particular dominio morfosintáctico. Por ejemplo, el continuo de las clases de adjetivos en una lengua determinada;
- un continuo de las diferentes técnicas en distintas lenguas englobadas en el común denominador funcional de las dimensiones;
- un continuo en el nivel cognitivo-conceptual.

De manera particular, en el presente trabajo partiremos del nivel b) dado que ese nivel de continuos permite explicar las técnicas y estructuras lingüísticas de manera gradual, sin oposiciones absolutas y tomando como eje central las definiciones funcionales-operacionales, lo cual nos permitirá hacer algunas aclaraciones críticas a los planteamientos de Kripke sobre los nombres propios y comunes, planteamientos que parten de una lengua específica, *i.e.*, el inglés, y se generalizan —se absolutizan— falazmente a toda lengua.⁸

De manera general, el modelo UNITYP nos permitirá sacar a la luz la confusión entre lo ontológico y lo lingüístico, confusión presente en los planteamientos de Kripke, al dar explicaciones de las lenguas que “no están basadas en criterios ontológicos —o, en general, extralingüísticos—, sino que constituyen una interpretación intralingüística de los mismos” (Iturrioz, 1986b: 23-24), anclada en una base

⁸ Aun al interior del propio inglés no es una categoría absoluta, dado que encontramos nombres que no son etiqueta; considérese, por ejemplo, *The United States of America*. En ese sentido, la variación se presenta también al interior de una misma lengua, lo que permite marcar la diferencia entre diversos usos de la lengua, *i.e.*, registros.

cognitiva-conceptual. No es que el modelo UNITYP niegue la relación existente entre el lenguaje y la realidad, sino que tal relación no la concibe como una relación directa entre los signos lingüísticos y los objetos; tal relación está mediada por esa base cognitiva-conceptual —cfr. Raible, 2000, quien explica de manera detallada la mediación existente entre el signo y la realidad a través del concepto. Volveremos más adelante a tal modelo—.

En resumen, el modelo dimensional, operativo-funcional, de UNITYP se plantea como una explicación de la unidad —universalidad de la lengua, como concepto genérico— y de la diversidad —las particularidades que presenta cada lengua—, a través de una base cognitiva-conceptual, concibiendo a la lengua con un carácter teleonómico, como un proceso dirigido a una meta, como un sistema de resolución de problemas (Iturrioz, 1986b y Seiler, 1986). Así, la idea rectora de UNITYP es la noción de función, misma que apunta hacia la idea de la finalidad. Es en ese sentido que la propuesta universalística de UNITYP se diferencia de otras propuestas universalísticas de corte más bien formalista, que intentan explicar la lengua reduciendo su complejidad y su riqueza a un algoritmo.

Enseguida presentamos dos de las dimensiones de UNITYP, *formación de términos* y *aprehensión*, que servirán de manera fundamental para explicar el funcionamiento y el estatus semántico de los nombres, propios y comunes, lo que al mismo tiempo nos permitirá ir configurando nuestra crítica al planteamiento de Kripke. Asimismo, de manera secundaria, hablar de tales dimensiones servirá para ejemplificar de manera concreta la explicación general del modelo UNITYP, arriba presentada.

Formación de términos

La dimensión de formación de términos de UNITYP, nos da algunos elementos para la explicación de los nombres propios y los nombres comunes,⁹ que nos permiten, precisamente sobre la base de su formación, plantear la existencia de diferentes nombres que van más allá de los típicos nombres de lenguas como el español y el inglés (Juan, Pedro, London, etc.) en los que Kripke se enfoca, cuestionando la validez absoluta de su idea de que los nombres no tienen significado.

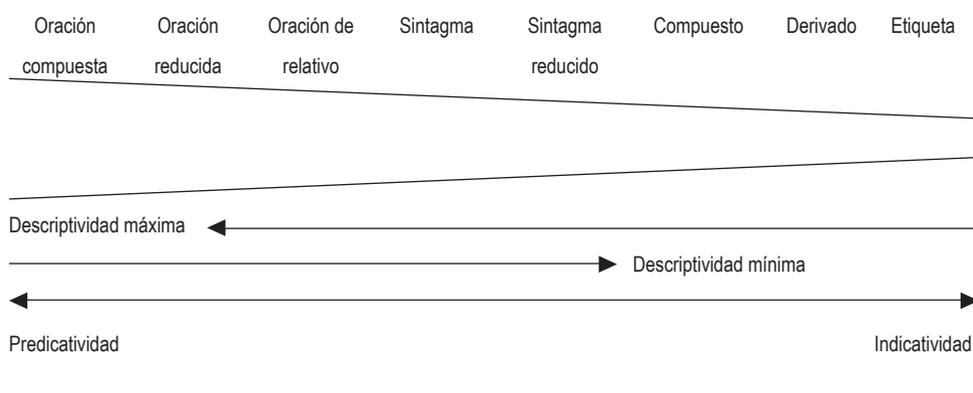
En la dimensión para la formación de términos —invariante, problema a resolver—, expuesta en el esquema 2 (Iturrioz, 1986a: 14), son usadas diversas técnicas —variantes, soluciones— que van de la oración compuesta hasta la etiqueta, y que cristalizan en las categorías gramaticales. En ese sentido, la categoría gramatical de

⁹ Veremos más adelante que tales nombres comunes se descomponen en una serie más amplia de tipos de nombres, de masa, colectivos, abstractos, etcétera.

los nombres comunes, así como los nombres propios, son términos¹⁰ para cuya formación puede usarse alguna de las técnicas señaladas en el esquema.

Esquema 2

Formación de términos



Así, el esquema nos indica que para la construcción de un término cualquiera, digamos los nombres propios, tenemos un paradigma de estructuras posibles¹¹ que están determinadas por las características tipológicas de cada lengua, para construir tal término. Las estructuras lingüísticas que constituyen el paradigma se posicionan a lo largo del continuo en relación con los principios de indicatividad y predicatividad. Así, para la formación de términos las lenguas pueden hacer uso de distintas técnicas. Como ejemplos: oración compuesta (en español, *correvedile, hazmerreir*); oración relativa (en massai, *Enaibatuli* “lo-que-blanco-trasero”, “lo que tiene el trasero blanco” = Gacela de Thompson); sintagma (en suajili, *Shauri ya Mungu* “plan de Dios”); compuesto (en suajili, *Mwuza Samaki* “vender pescado”, “vendepescados”); derivado (en suajili, *Mwinda-ji* “cazador profesional”); etiqueta (en inglés, *John*).¹² Asimismo, se puede hacer uso de las técnicas a lo largo del continuo; por ejemplo, la oración relativa en español *lo que ruge* o el sintagma nominal *el animal que ruge*, o la etiqueta *león*, etcétera. En huichol los nombres propios para lugares son mucho más descriptivos, es decir, predictivos = predicativos, que en el español: *Teeté Manutatarixi*, “la roca se hendió” (mojonera piedra hendida) (Iturrioz *et al.*, 2008:

¹⁰ Aquí “término” no es usado con la connotación de “término técnico” que le damos en el capítulo Lexicología y terminología.

¹¹ Las estructuras presentadas en el esquema no agotan todas las estructuras posibles; representan sólo algunas instancias focales de las mismas.

¹² Ejemplos tomados de Iturrioz, 1986a: 14.

7, 11). En algunas lenguas como el griego los nombres propios pueden aparecer en conjunción con un artículo definido, o *Yanis* (inglés, *The John*; español, *El Juan*). Por ejemplo, el caso de la pluralización de los nombres propios puede aparecer en contextos de familiaridad:

—*Los Juanes* se volvieron a poner borrachos

Aún al interior del inglés, la lengua de Kripke, algunos nombres propios requieren el uso de un artículo, *The Hague*, *The Netherlands* (Payne, 1994/2006: 712). En el caso del alemán, también tenemos algunos ejemplos de nombres propios de países con artículo: *Die Türkei*. Según la lengua, pues, la formación de nombres propios varía ampliamente.¹³

Así, en la formación de los términos “nombres propios” y “nombres comunes” pueden utilizarse *etiquetas* carentes de contenido predicativo (*Juan*, *Pedro*-perro, lobo) o elementos lingüísticos con un mayor contenido predicativo (*El Cerro del Tepeyac*, *Partido Revolucionario Institucional* - gordo, los animales que maúllan). En ese sentido, cualquiera de las técnicas elegidas puede dar cuenta de la misma tarea. Las categorías a lo largo del continuo son, pues, homofuncionales o isofuncionales, pero no son homocategoriales o isocategoriales; del hecho de que puedan dar cuenta de la misma tarea, *i.e.*, de que puedan atender a la misma función, no se sigue que sean, al mismo tiempo, categorialmente iguales. Asimismo, las categorías a lo largo del continuo se posicionan en ambas direcciones; van de lo más indicativo a lo más predicativo (descriptivo), o de lo más significativo a lo más indicativo.

Lo anterior tiene serias consecuencias para el análisis del lenguaje que se lleva a cabo en la filosofía. Una tesis que afirme, como lo hace la tesis de Kripke, que los nombres, propios y comunes, son designadores rígidos, es decir, que no tienen significado, debe ser cuestionada en la medida en que reduce precisamente a tales categorías a las únicas técnicas posibles, como meras etiquetas, de formación de nombres propios o nombres comunes. Kripke concibe los nombres propios y los nombres comunes como las etiquetas por antonomasia, generalizando esa técnica mayormente productiva en el inglés (y en el español), como la técnica exclusiva y absoluta no sólo de esa lengua, sino del lenguaje en general; nombres etiqueta como *John* o *Aristóteles* no son las únicas formas posibles de nombres propios. Kripke mismo presenta un par de ejemplos, distintos de los nombres propios etiqueta, sin llevarlos a sus últimas consecuencias. El filósofo norteamericano nos dice que

¹³ En el caso del español, podemos observar fenómenos de pluralización de los nombres propios etiqueta con el acompañamiento de un artículo determinado o un numeral: 1) *Los Luises* llegaron de madrugada a la fiesta; 2) *Había dos Juanes* solicitando sus actas de nacimiento.

I guess everyone has heard about The Holy Roman Empire, which was neither holy, Roman nor an empire. Today we have The United Nations. Here it would seem that since these things can be so-called even though they are not Holy Roman United Nations, these phrases should be regarded not as definite descriptions, but as names (Kripke, 1972/1980: 26).

Es decir, Kripke acepta que *The Holy Roman Empire* y *The United Nations* son nombres propios, a pesar de que ambas construcciones son, en términos de Russell, descripciones definidas y, como tales, tienen un significado.¹⁴ Desde el modelo UNITYP, con la dimensión de formación de términos, vemos que ambas construcciones pertenecen a la técnica de los sintagmas: son sintagmas nominales y como tales tienen un significado. Kripke, sin embargo, cree que tales construcciones son nombres y no tienen significado, por el hecho de que el Sacro Imperio Romano no es sacro, ni romano ni imperio y de que las Naciones Unidas no son naciones unidas. Es decir, las entidades designadas por esas construcciones lingüísticas no poseen las propiedades expresadas por tales construcciones. Para Kripke, pues, la determinación del estatus semántico de los nombres implica acudir a la ontología, al *ser* de las cosas. Sin embargo, podríamos establecer el significado (léxico) de *The Holy Roman Empire* diciendo, por ejemplo, que es “una organización política de un estado, originada en Roma, regida por un emperador, el cual es designado por una autoridad divina y, por ello, es sagrada”. Si tal información lingüística, implicada en la construcción, se corresponde o no con la realidad histórica, con la entidad histórica designada, es otra cuestión; el hecho de que el imperio romano sea sacro, sea romano o sea imperio, no le compete aclararlo a la lingüística, sino a la historia; es decir, tal información no es relevante para el significado de *The Holy Roman Empire*. Tales construcciones poseen un significado propiamente lingüístico, en tanto que elementos pertenecientes al sistema de la lengua, además de los significados que puedan adquirir gracias al desarrollo de las ciencias¹⁵ y, para determinar el estatus semántico

¹⁴ En términos generales, en NN Kripke mantiene, a pesar de estos dos ejemplos, una distinción absoluta entre las descripciones definidas y los nombres etiqueta. Desde UNITYP, las descripciones definidas (sintagmas) y las etiquetas cumplen una misma función (formación de nombres y constitución lingüística de objetos) y se distinguen solamente de manera gradual, por su grado de contenido predicativo. En ese mismo sentido y de manera intuitiva, los planteamientos tanto de Russell como de Frege son más acertados al interpretar las descripciones definidas (sintagmas nominales) como nombres propios, e.g. *Der Morgenstern*.

¹⁵ Un hablante nativo del inglés podría dar una definición de *The Holy Roman Empire* partiendo únicamente de su dominio de la lengua, aunque no supiese nada de historia. Lo mismo sucedería en

de los nombres, Kripke deja de lado las consideraciones lingüísticas, optando por la ontología y el conocimiento científico, a pesar de que su punto de partida sería el lenguaje ordinario (cfr. Kripke, 1972/1980: 24).

Las propuestas filosóficas como la de Kripke suelen plantear oposiciones absolutas entre los distintos tipos de nombres, utilizando criterios de distintos tipos menos los propiamente lingüísticos. Por el contrario, los continuos dimensionales propuestos por UNITYP muestran lingüísticamente que no hay tales oposiciones absolutas sino que el paso de una categoría a otra es gradual y, por lo tanto, podemos encontrar puntos de encuentro que son *borrosos*, donde “el significado de un término no permite una asignación clara” a una estructura o clase determinada (Iturrioz *et al.*, 1986: 336).

Así, para la formación de términos lingüísticos, en este caso los nombres propios y los nombres comunes, tenemos una serie de técnicas y/o categorías como instancias prototípicas o focales de aquellas, que van de lo más predicativo a lo más indicativo, en una escala de gramaticalidad no discreta. El hecho de que una lengua elija y use una técnica como más productiva que otra no implica en absoluto que tal técnica sea la única posible al interior de esa lengua y, mucho menos, que tal técnica sea la única técnica posible de toda lengua.¹⁶

Enseguida presentamos la dimensión de aprehensión, la cual se relaciona de manera directa tanto con el papel de los nombres, en tanto que elementos lingüísticos que constituyen objetos, como con la cuestión filosófica de la referencia.

Aprehensión

Otra de las dimensiones desde la cual podemos explicar, entre otras categorías, los nombres propios y los nombres comunes es la dimensión de aprehensión, llamada también individuación. Tal dimensión consiste fundamentalmente en la constitución lingüística de objetos (Iturrioz, 1986c: 38) o, en palabras de Seiler, “the representation of things” (1986: 13). Esta dimensión tiene como finalidad “explains how language grasps and represents concepts that correspond to objects (things)”

el caso de *The United Nations*, sin necesidad de saber la conformación de esa organización.

¹⁶ Desde UNITYP las técnicas no son universales, lo son las funciones, las invariantes. En cambio, el manejo que hace Kripke de los nombres nos indica la postulación de ellos como si fuesen los únicos posibles, *i.e.*, como universales. Resulta falaz que a través de la investigación de una sola lengua se hagan afirmaciones generales y categóricas. Si se afirma que los nombres propios no tienen significado, se puede preguntar válidamente, ¿qué tipo de nombres?, ¿en qué lengua?, etcétera. La ventaja que UNITYP tendría sobre las tesis de Kripke, y las de muchos otros filósofos, es que presenta amplios estudios comparativos entre un gran número de lenguas; sus generalizaciones tienen, pues, un amplio soporte empírico.

(Seiler, 2001: 334).

Partiendo de ello podemos relacionar la dimensión de aprehensión con el problema filosófico de la relación entre la lengua y la realidad, dado que en última instancia la lengua, entre muchas otras cosas, nos sirve para aludir al mundo de las cosas; aunque también existen diferencias fundamentales que tienen que ver con la base cognitivo-conceptual revisada en el apartado anterior, entre la perspectiva lingüística y la perspectiva filosófica. En el caso de la filosofía, de la propuesta de Kripke, los nombres propios, por una parte, son elementos lingüísticos que refieren, designan o denotan objetos o cosas y, por otra parte, los nombres comunes son elementos lingüísticos que refieren, designan o denotan *clases* de objetos; ambos son designadores rígidos. En el caso del modelo lingüístico de UNITYP, tanto los nombres propios¹⁷ como los nombres comunes son elementos lingüísticos que individualizan, aprehenden y constituyen a los objetos, lo cual implica que entre los objetos y los signos lingüísticos se encuentra, mediando, una base cognitivo-conceptual, una representación conceptual de los objetos. La aprehensión es “a very complex operation that is inter alia different from and *prior* to what is variously called ‘denotation’, ‘reference’, ‘extension’ and ‘designation’” (Leal, 1987: 166).¹⁸

Para el caso de Kripke, la relación entre lengua y objetos es primeramente ontológica,¹⁹ al ponerse el énfasis en la denotación o referencia; en el caso del modelo UNITYP, la relación es de carácter eminentemente lingüístico y pone énfasis en la relación de la lengua con los procesos cognitivos, en las operaciones, al hablar de constitución de los objetos. Asimismo, si rescatamos la idea de UNITYP sobre la lengua como un sistema teleonómico, podemos añadir precisamente factores de orden pragmático. La aprehensión de objetos, como lo resalta Leal, es una operación anterior al referir,²⁰ es decir, referir a un objeto implica que éste debe ser constituido por el aparato cognitivo y, por tanto, codificado por la lengua. Así lo enfatiza también Raible (2000: 5) cuando dice “Wenn wir etwas bezeichnen wollen, z.B. etwas Konkretes, eine ‘res’, so müssen wir sie erst in einem Akt der *Apprehension*

¹⁷ En el sentido de la dimensión de formación de términos y no únicamente como los nombres propios etiquetas de Kripke.

¹⁸ Las cursivas son nuestras.

¹⁹ Relación ontológica de carácter circular, dado que define nombre como aquello que designa un objeto y define objeto como aquello que es designado por un nombre. En ambos casos el peso de la relación recae en la noción de objeto, es pues, fundamentalmente ontológica (Cfr. Iturrioz, 1986a: 40).

²⁰ “Anterior” en el sentido de que para poder referirnos a un objeto determinado, éste debe constituirse como tal en el sujeto a través de su aparato cognitivo. Revisaremos más a fondo esta idea cuando hablemos del modelo modista del signo, en “El signo de los modistas”.

wahrnehmen”.²¹ Hablamos, pues, de una mediación del concepto entre los signos y los objetos, no de una relación directa entre los dos últimos.

Se podría objetar, con base en lo anterior, que el modelo explicativo de UNITYP no es una explicación lingüística dado que se remite en última instancia a lo cognitivo; sería pues una explicación cognitiva. Sin embargo, la relación entre el lenguaje y la capacidad de pensamiento conceptual es tan estrecha que aparecen de manera paralela en el desarrollo de la inteligencia del ser humano.²² Una de las consecuencias de la aparición del lenguaje para el desarrollo mental es la aparición del pensamiento, la interiorización de la palabra,²³ previa constitución de la inteligencia sensoriomotriz (Piaget, 1964/1971: 31-32). El hecho de que el niño pueda relatar sus actos y, por ende, reconstruir el pasado y evocarlos aun estando ausentes los objetos a los que se refiere con sólo una palabra, es considerado por Piaget como el punto de partida del comienzo del pensamiento, *i.e.*, su génesis (Piaget, 1964/1971: 38). Además de ser una condición necesaria, el lenguaje es un auxiliar que ayuda a organizar y potencia, al mismo tiempo, los progresos del pensamiento conceptual; cuando éste se hace más abstracto aparece el lenguaje como un instrumento (Serra *et al.*, 2000: 59-60). Tomando en cuenta tal relación entre el lenguaje y el desarrollo cognitivo, UNITYP se plantea una meta doble a través del sistema de la lengua: a) lograr la cognición y b) representar lingüísticamente la cognición; gracias a la lengua se logra la madurez cognitiva y a través de la lengua se representa la cognición (Seiler, 2001: 338). Por su parte, la cognición es siempre cognición de algo, sobre algo. Ahí es donde aparecen en escena los objetos, mismos que son constituidos como tales partiendo precisamente de estructuras lingüísticas, mediando lo conceptual.²⁴ En ese mismo sentido, el proyecto UNITYP se diferencia de una lingüística cognitiva. Por ejemplo, con respecto a la semántica, la lingüística cognitiva parte de algunos principios básicos:

1. la naturaleza de la organización y estructura conceptual se origina de la experiencia física (*embodied cognition thesis*);

²¹ “Si queremos designar algo, por ejemplo, algo concreto, una “res”, entonces, primero, tenemos que percibirla en un acto de aprehensión”. En “El signo de los modistas”, se presenta la explicación detallada de la mediación de lo conceptual para la constitución de los objetos, paso previo al referir o nombrar kripkeano, bajo el modelo del signo de los modistas.

²² En ese sentido, no se niega la incidencia de lo cognitivo o de lo conceptual en los procesos de significación; sin embargo, tal incidencia no es tal que pueda llegar a fundirse en una sola y misma cosa; la diferencia persiste.

²³ Las otras dos consecuencias de la aparición del lenguaje son la socialización de la acción y la interiorización de la acción a través de las imágenes y de las experiencias mentales.

²⁴ Recordar el viejo *dictum* modista: *Voces significant res mediantibus conceptibus* (Raible, 2000).

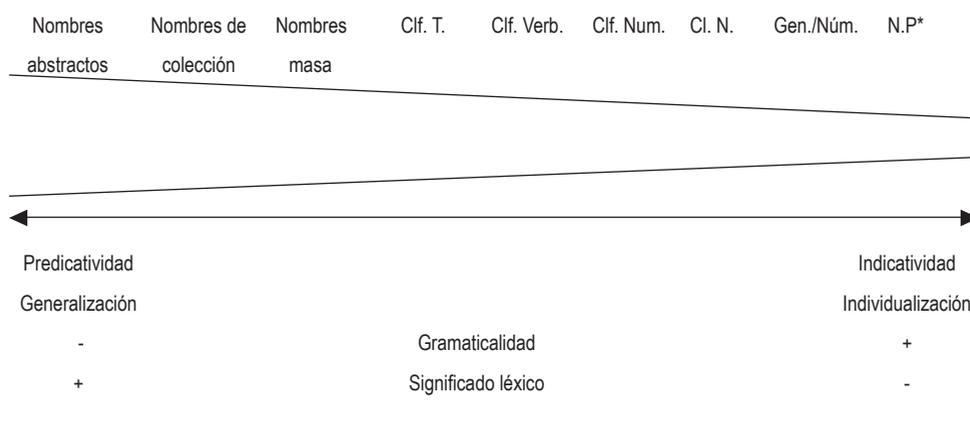
2. la estructura semántica es estructura conceptual;
3. la representación del significado es enciclopédica;
4. la construcción del significado es conceptualización (Evans & Green, 2006: 157).

Tales principios, partiendo de la tesis 1, enfatizan la primacía del concepto sobre el significado a tal grado que, por ejemplo, el significado lingüístico o léxico es concebido como “a subset of the entire set of concepts in the mind of speaker” (Evans & Green, 2006: 159). El asunto radica que partiendo de la tesis 1, los principios 2, 3 y 4 son derivados, es decir, de una afirmación sobre el origen de la cognición se pasa a afirmaciones de corte lingüístico. Por el contrario, UNITYP rescata la importancia de la tesis 1, manteniendo la diferencia entre la estructura semántica y la conceptual; así como entre el concepto y el significado, sin negar las interacciones entre ambos aspectos.

Pero volvamos a la dimensión de aprehensión, la cual representamos en el esquema 3 (Seiler, 1986; Leal, 1986 e Iturrioz; 1986c):

Esquema 3

Aprehensión



* Clf. T. = Clasificadores temporales; Clf. Verb. = clasificación por verbos; Clf. Num. = clasificadores numerales; Cl. N. = Clases nominales; Gén./Núm. = género/número; N.P. = Nombres Propios.

La dimensión de aprehensión, al igual que la anterior, se representa a lo largo de un continuo donde se posicionan una serie de técnicas con miras a dar cuenta de la tarea de la constitución lingüística de objetos. Las técnicas, sus exponentes formales,²⁵ se posicionan a lo largo del continuo constituyendo una escala de gra-

²⁵ Es decir, nombre propio, género/número, nombres de masa, etcétera.

maticidad (Iturrioz, 1987: 13). El orden de esta escala es producto de los principios de generalización e individualización, los cuales, a su vez, son una expresión específica de los principios generales de predicatividad e indicatividad²⁶ (Iturrioz *et al.*, 1986: 322). El continuo se divide en tres áreas:

1. técnicas relacionales: nombres abstractos, nombres de colección y nombres masa;
2. técnicas clasificatorias: clasificadores temporales, clasificación por verbos, clasificadores numerales y clases nominales;
3. técnicas indicativas (*indexicals*): género/número y nombres propios.

Para ubicar el tipo de nombres tal y como se presentan en el esquema se utilizan parámetros tales como *predicatividad-indicatividad*, grado de *gramaticalidad*, *información*, *lexicalidad*, etcétera. A partir de esos parámetros los nombres propios se encuentran situados en el extremo del polo de la indicatividad, ubicados ahí dado su carente contenido predicativo —significativo—, su característica de ser un elemento indicativo —deíctico, referencial—, su mayor grado de gramaticalidad. La individuación, o aprehensión de objetos lingüísticos, tiene a los nombres propios como la técnica más gramaticalizada, de ahí que se encuentren en el polo extremo de la escala. De ahí hacia la izquierda —donde ubicaremos los nombres usados por Kripke, tales como *tigre* y *oro*— encontramos que los elementos lingüísticos van perdiendo en gramaticalidad e indicatividad y aumentando en predicatividad, información y en significado léxico.

Asimismo, tal como lo plantea Seiler, además de la existencia de técnicas más predicativas —las relacionales— y de técnicas más indicativas, hay un punto medio en la escala, marcado por las técnicas clasificatorias, donde “the medial range (classificatory techniques) marks a turning where indicativity and predicativity are about equal in force, thereby neutralizing each other” (Seiler, 2001: 335).

El punto medio, pues, está representado por las técnicas clasificatorias, diferenciando de manera clara la separación gradual entre los nombres propios y los nombres abstractos, de colección y masa, con base precisamente en los parámetros de indicatividad y predicatividad. Sin embargo, como ya vimos, existe en el planteamiento de Kripke una reducción de los nombres propios a los nombres propios

²⁶ Predicatividad e indicatividad son principios que subyacen a todas las dimensiones, en tanto que escalas de gramaticalidad. Subyacen a todas las dimensiones dado que tales principios son expresión de elementos cognitivos, son la manifestación lingüística de las invariantes del desarrollo cognitivo planteadas por la epistemología genética, a saber, la asimilación y la acomodación (Iturrioz *et al.*, 1986: 324).

etiqueta de una lengua como el inglés, sin tomar en cuenta la gama de posibilidades existentes para la formación de nombres propios. Lo mismo sucede para el caso de lo que él llama nombres comunes. Al no tomar en cuenta dichas posibilidades, explicadas por su grado de predicatividad o indicatividad, Kripke subsume en la misma categoría a nombres propios y nombres comunes como *designadores rígidos*.²⁷ La misma crítica vale al interior mismo de la clasificación de nombres comunes que nos presenta Kripke, quien afirma que

First, my argument implicitly concludes that certain general terms, those for natural kinds, have a greater kinship with proper names than is generally realized. This conclusion holds for certain for various species names, whether they are count nouns, such as ‘cat’, ‘tiger’, ‘chunk of gold’, or mass terms such as ‘gold’, ‘water’, ‘iron pyrites’. It also applies to certain terms for natural phenomena, such as ‘heat’, ‘light’, ‘sound’, ‘lightning’, and, presumably, suitably elaborated, to corresponding adjectives —‘hot’, ‘loud’, ‘red’²⁸ (Kripke, 1972/1980: 134).

Así, Kripke incluye diferentes tipos de elementos lingüísticos —nombres contables con nombres masa y términos para clases naturales, y éstos mezclados con adjetivos—, con diferentes comportamientos gramaticales, sintácticos y semánticos, bajo una misma categoría. La pregunta inmediata ante tal afirmación es ¿cuál es el criterio utilizado para llevar a cabo una clasificación de ese tipo? A diferencia de UNITYP, modelo que toma en cuenta tanto aspectos formales como funcionales, parece no haber en el planteamiento kripkeano un criterio de corte lingüístico para la determinación del estatus de los nombres, a pesar de ser ésta una tarea eminentemente lingüística.²⁹

El olvido del aspecto lingüístico de los nombres comunes explica en gran medida que el filósofo norteamericano clasifique, por ejemplo, *chunk of gold* en el mismo

²⁷ Categoría que, por otra parte, no es en sentido alguno una categoría gramatical, semántica o lingüística, sino una categoría de carácter ontológico.

²⁸ Es interesante notar que dentro de la clasificación misma de Kripke se incluyen algunas construcciones lingüísticas que no responden a los criterios establecidos por el mismo filósofo norteamericano; a pesar de que un hablante nativo del inglés no conozca el oro, ni sepa que el oro puede ser fragmentado, puede entender fácilmente construcciones como *chunk of gold* o *iron pyrites*, y puede entenderlas, precisamente por el hecho de que tales construcciones poseen un significado. Ni qué decir de los adjetivos, que tienen inherentemente una fuerte carga predicativa.

²⁹ Se podría objetar que la intención de Kripke nunca fue la de tratar de los aspectos lingüísticos de los nombres, sin embargo, tal objeción se desvanece en el momento mismo en que Kripke afirma que su interés tiene que ver con la determinación semántica de los nombres, desde la perspectiva del lenguaje ordinario.

nivel a *cow* o *cat*, como nombres contables (Kripke, 1972/1980: 134). Estos últimos, se presentan como inherentemente individuados. En el caso de *chunk of gold* es un compuesto que está en íntima relación con *gold*. Éste es un nombre masa, que apela a una sustancia continuativa, es decir, no individuada; para llevar a cabo la tarea de individuar la lengua utilizamos otra técnica de individuación, a través del compuesto y podemos decir en inglés *chunk of gold* o en español *pedazo de oro*, lo que nos permite concebir a dicha sustancia como individuada, como susceptible de ser contabilizada. En ese mismo sentido considérese, por ejemplo, la cercanía léxica de nombres en español como *dolor* y *lluvia* —que conceptualizan *realias* o fenómenos como *estaticidades*— con los verbos *doler* y *llover* —que conceptualizan *realias* o fenómenos como *dinamicidades*— (Luque Durán, 2001: 134-135). ¿Diríamos con Kripke, que *dolor* y *lluvia* no tienen significado? En ese mismo sentido, considérese las siguientes palabras del mokiles³⁰ que tienen un significado nominal y otro verbal (Luque Durán, 2001: 135):

- *aproa*, “su hombro”, “*hombrear X*”, “llevar a hombros”
- *deidei*, “cavar”, “terreno de cultivo de taro preparado por el hombre”

¿Diríamos de esas palabras que cuando son usadas nominalmente no tienen significado, que son designadores rígidos únicamente en su uso nominal, o que son designadores rígidos aun en su uso verbal? En la lengua nayawaygi se tienen dos palabras para *sol* y dos para *luna*: *bujira*, “el sol bajo en el cielo, por la mañana y por la tarde” y *jula*, “el sol caliente cuando está en el cenit”; *ilgan*, “la luna llena” y *balan-au*, “la luna nueva” (Luque Durán, 2001: 139). En este caso, no se trata únicamente de dos palabras para una misma cosa, es decir, no estamos hablando de un asunto de sinonimia, sino que tales palabras implican dos concepciones distintas del sol, enfatizando alguna de sus características. Bien se podría preguntar, con base en la idea de que no conocemos el *modus esse* de las cosas, de que no las conocemos *en sí*, sino sólo tenemos representaciones de ellas, si nos referimos a una sola cosa o a dos cosas, en el caso de las palabras mencionadas.

Aún más explícito es el aspecto predicativo de nombres formados por un artículo determinado y un verbo en infinitivo:

- *El llover* es signo de renovación.
- Parte importante de mi trabajo es *el explicar* los procedimientos administrativos.
- *El correr* de los años no ha detenido su fortaleza.

³⁰ Una de las lenguas de micronesia habladas en el Estado Federado de Pohnpei.

De igual manera considerese el siguiente ejemplo donde aparece el nombre abstracto “aumento”:

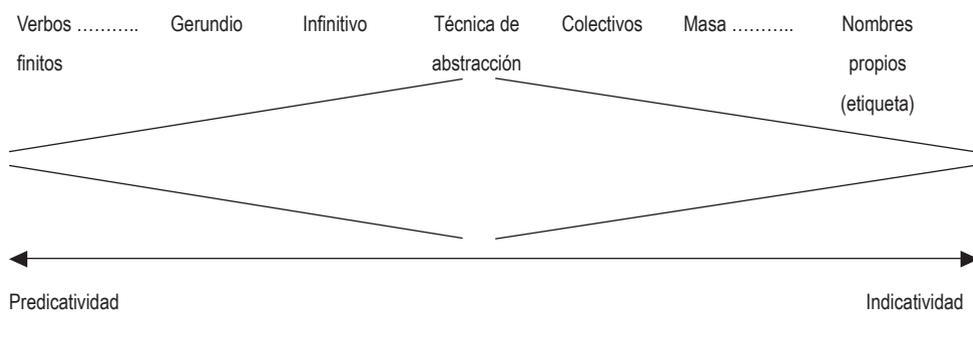
— Las muertes provocadas por el narco aumentan día con día. Ese *aumento* ha hecho que los ciudadanos vivan con miedo.

En este caso, el nombre “aumento” condensa la información léxica expresada en el enunciado que le precede y sería absurdo plantear que carece de significado, designe lo que designe.³¹

Tanto los casos de nombres formados por el artículo definido más el verbo en infinitivo como los nombres abstractos como *aumento*, responden a procesos de nominalización, dimensión que se integra con la de aprehensión —individuación— en un continuo más amplio (Iturrioz, 1986c: 64):

Esquema 4

Encuentro de nominalización y aprehensión



Así pues, desde esta perspectiva lingüística, los nombres propios de Kripke³² también son meras etiquetas carentes de significado. En tanto que los nombres comunes son más predicativos, es decir, tienen una mayor carga significativa. Sin embargo, desde UNITYP y a diferencia de Kripke, en las lenguas naturales tanto los nombres propios como los nombres comunes pueden dar cuenta de los mismos problemas —la constitución de objetos lingüísticos—; es decir, pueden cumplir con la misma función sin fundirse en una misma categoría, dando cuenta de ello

³¹ Para una explicación detallada de los procesos de nominalización véase Iturrioz, 2000-1.

³² La concepción de Kripke toma en cuenta nombres como *Juan, Guadalajara, Alemania*, pero deja de lado nombres propios como *La Barranca del Diablo, Partido Comunista, North Atlantic Treaty Organization*, etcétera.

mediante técnicas más predicativas o más indicativas. Asimismo, la formación de términos nos indica que existe una amplia gama tanto de nombres propios como comunes, a veces al interior de una misma lengua, que se diferencian precisamente con base en su predicatividad.

De lo anterior, la pregunta que queda para elaborar al filósofo norteamericano es si para todos los casos de nombres presentados, ellos carecen de significado, si todos ellos son designadores rígidos. Difícilmente la respuesta puede ser afirmativa; parece ser que las afirmaciones de Kripke tienen que ver con una reducida muestra de nombres de su lengua, el inglés. Así, sus consideraciones sobre los nombres comunes que pretenden explicar su estatus semántico, desde una *ficción* apelación al lenguaje ordinario,³³ encuentran la barrera de la variación que se muestra de una lengua a otra y, lo que es más cuestionable, al interior de su propia lengua.

Pasemos ahora, en íntima relación con los planteamientos de UNITYP, a discutir el asunto del signo, lo cual nos dará los primeros elementos para desentrañar la confusión entre significado y concepto en el planteamiento de Kripke, mismos que serán reforzados con el trabajo en el ámbito de la lexicología y la terminología.

Dos modelos del signo

La mayor parte de los estudios en lingüística parten de una consideración de la naturaleza del signo, sin embargo en el presente colocamos tal consideración en este lugar, después de haber expuesto algunos elementos de UNITYP, debido a que podemos conectar a aquellos, partiendo de la idea de la *aprehensión*, con el modelo del signo en el que nos basaremos. Tal propuesta derivada es una reinterpretación del signo de los modistas desde los planteamientos de Raible, participante invitado en el grupo de UNITYP.

A lo largo de la historia del pensamiento humano el concepto de signo ha sido empleado de diversas maneras, desde sus usos ordinarios, no técnicos, hasta la elaboración de teorías completas o la creación de una disciplina especializada para explicarlo (la semiótica). Pongamos algunos ejemplos de la amplitud del uso del término:

1. El sudor en su frente es *signo* de enfermedad.
2. La sonrisa de Juan es *signo* de su alegría.
3. La violencia, el crimen y los desastres naturales son *signos* del fin del mundo.

³³ Demostraremos más adelante que el pretendido enfoque en los nombres desde el uso ordinario del lenguaje no es sino una intención, dado que la mayor parte del análisis kripkeano se centra en la formación del significado de los términos técnicos, mucho más cercanos a un uso científico y especializado.

4. Le cerró el ojo como *signo* de coqueteo.
5. La paloma es *signo* de paz.
6. ¡Está saliendo humo de la zapatería! Eso es *signo* de que se está incendiando.
7. Esos *signos* deben pertenecer a una lengua exótica.

¿Tienen algo en común tales usos del concepto? Desde la semiótica los ejemplos 1) a 7) son estudiados precisamente con la finalidad de encontrar lo que tienen en común, así como de encontrar las diferencias, intentando establecer una tipología de signos. La semiótica, en ese sentido, es la ciencia encargada de revisar el signo en todas sus dimensiones, no exclusivamente el signo lingüístico. Así lo plantea Morris:

Un desarrollo semejante sigue siendo, empero, el objetivo deseado. Cuando se logre contaremos con lo que podría denominarse una *semiótica pura*, con sus respectivas ramas: una sintáctica pura, una semántica pura y una pragmática pura. Se elaboraría entonces en forma sistemática el metalenguaje en cuyos términos podría discutirse cualquier situación *signica* (Morris, 1985: 35).

El objetivo de la semiótica es pues, según Morris, “todo proceso *signico*”, todo proceso en el que los signos son protagonistas —la comunicación—, sean estos lingüísticos o no. Años más tarde, de la misma manera lo plantea Umberto Eco cuando inserta el estudio del signo en el proceso más amplio del proceso comunicativo, usando el concepto de función semiótica en lugar del de signo (Eco, 2000: 9-19), lo cual le permitirá “intentar una teoría semiótica unificada del signo, de tal forma que las definiciones propuestas puedan ser aplicadas a cualquier tipo de signo...” (Eco, 1988/1994; 18). Sin embargo, al interior de diversas disciplinas tales como la lingüística, la filosofía o la propia semiótica se ha presentado el interés por definir lo que es el signo lingüístico, como perteneciente a un sistema donde se presentan interrelacionados de manera jerárquica, aunque no siempre de manera independiente con otro tipo de *signos*.

Así, en ese tenor es que diversos pensadores, moviéndose entre diversas disciplinas como la filosofía del lenguaje, la filosofía de la ciencia, la lingüística, la lógica, la semántica, la semiótica, etc., han intentado definir el signo de diferentes maneras pero apelando básicamente a tres elementos: el signo mismo,³⁴ el significado y el objeto. Tales elementos son examinados en lo que sigue.

El signo de los estoicos

Una de las aristas del presente es, como ya se mencionaba, presentar elementos que nos permitan afirmar que, en el caso concreto de Kripke, existe una depen-

³⁴ Entendido el signo como la parte, gráfica u oral, y no como el todo.

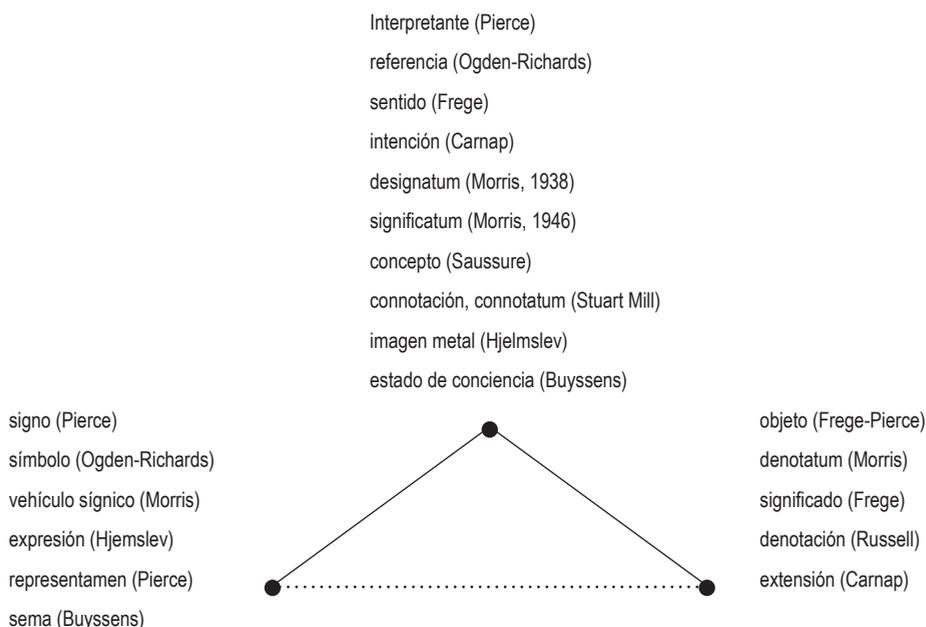
dencia considerable en el factor ontológico por encima del factor lingüístico del significado, como un elemento decisivo en la explicación del estatus semántico de los nombres y que es esa dependencia la que obstaculiza un mejor acercamiento al problema. Resulta una perogrullada decir que los nombres son signos lingüísticos, sin embargo es necesario explicitarlo para aclarar, al mismo tiempo, la importancia que tiene la delimitación conceptual del signo para la presente discusión.

No es la intención presentar una historia del signo, ni su importancia tanto en las discusiones filosóficas como en el desarrollo de la lingüística, sino presentar y contrastar básicamente dos modelos del signo: el modelo estoico y el modelo de los modistas. Iniciamos con el primero.

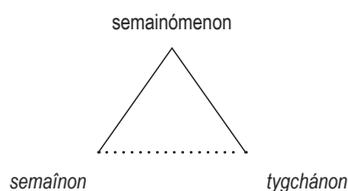
Las definiciones del signo a lo largo de la tradición del pensamiento occidental han girado en torno a los tres elementos antes mencionados: el signo (ver nota 34), el significado y el objeto (Pérez Martínez, 1995: 41). Las discusiones sobre el signo han girado alrededor de esos elementos en los trabajos de, por ejemplo, Pierce, Morris, Saussure, Russell, Frege, Kripke, etc., y en algunos casos han enfatizando la relación signo-significado o la relación signo-objeto. Eco resume gráficamente algunos de tales énfasis partiendo de lo que, siguiendo a Ogden & Richards, denomina “triángulo semiótico” (1988/1994: 26):

Esquema 5

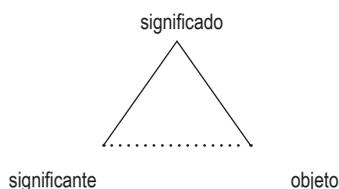
El triángulo semiótico, según Eco



Más allá de las dudosas clasificaciones que hace Eco para sintetizar la discusión³⁵, el origen histórico del modelo triangular del signo — “el triangulo semiótico” — fue planteado por vez primera por los estoicos:



El *semainómenon* no es una entidad física, es lo que es dicho por el signo (Eco, 1988/1994: 24), es, en otras palabras, el significado. El *semaínon* es, en términos saussureanos, el significante, la parte material del signo. Finalmente, el *tygchánon* es el objeto designado por el signo —el *referente* de los filósofos—. Así, el triángulo semiótico toma la siguiente forma, partiendo de las nociones centrales en la discusión del presente trabajo:



Partiendo de él, Pierce, por ejemplo, concibe al signo como constituido por los tres elementos: “the sign itself, its *object* (or what the signs stand for), and an *interpretant* which determines how the signs represents the object; the interpretant can be regarded as the *meaning* of the sign” (Audi, 1995/1999: 653).

Sin embargo, además del modelo triádico, algunos pensadores e investigadores han trabajado con modelos diádicos para representar los elementos implicados en la definición del signo. Por ejemplo, para determinar la naturaleza del signo lingüístico, Saussure inicia cuestionando la concepción de la lengua como una mera nomenclatura. Para el lingüista ginebrino, la lengua no puede ser reducida al mero acto de unir una cosa y un nombre, entre otras cosas porque tal concepción

Supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras (ver sobre esto p. 166); no nos dice si el nombre es de naturaleza vocal o psíquica, pues *arbor* puede

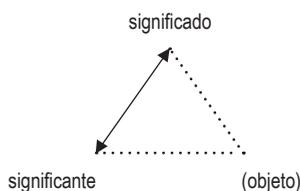
³⁵ Por ejemplo, se podría discutir ampliamente el por qué Eco agrupa la referencia de Ogden & Richards al lado del *Sinn* fregeano, no habiendo una equivalencia conceptual entre ambas nociones.

considerarse en uno u otro aspecto; por último, hace suponer que el vínculo que une un nombre a una cosa es una operación muy simple, lo cual está bien lejos de ser verdad (Saussure, 1945/1986: 91).

Es por ello que Saussure deja de lado al objeto en su explicación del signo, definiéndolo sólo en relación con el sistema de la lengua, entendiendo que

El signo lingüístico une no una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica... Nosotros proponemos conservar la palabra *signo* para designar la totalidad, y reemplazar *concepto* e *imagen acústica* respectivamente por *significado* y *significante*... (Saussure, 1945/1986: 102-104).

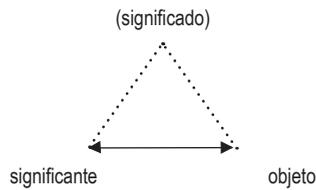
Partiendo del triángulo semiótico, Saussure pone, pues, el énfasis en la relación signo-significado, desvaneciéndose el tercer elemento, el objeto, y teniendo como resultado la siguiente figura:³⁶



Por su parte, del lado de los filósofos Kripke enfatiza la relación entre el signo y el objeto, al acuñar el término “designador rígido”, dejando de lado el aspecto del significado.³⁷ Para él, como hemos venido diciendo, el estatus semántico de un nombre —en tanto que signo lingüístico— se reduce al hecho de que hace referencia a un objeto, negando la existencia de su significado. De tal manera se tiene, partiendo nuevamente del mencionado triángulo, la siguiente figura:

³⁶ El sentido de las flechas es de ida y vuelta; las líneas punteadas indican la ausencia de importancia en la relación entre los elementos involucrados o hasta su inexistencia.

³⁷ A pesar de que ni los lingüistas han dejado totalmente de lado al objeto, ni los filósofos han dejado de lado totalmente al significado en sus consideraciones en torno al estatus semántico de los elementos lingüísticos; podemos constatar, a lo largo de la historia del concepto del signo, el énfasis en un sentido o en otro. El mismo Kripke, al hablar del estatus semántico de los nombres, no deja de lado las consideraciones sobre el significado, aunque finalmente sus planteamientos terminan por negarlo.



El triángulo sirve de punto de partida para la comparación misma con los modelos diádicos del signo, sin embargo, como apunta Nöth

A clear-cut distinction between dyadic and triadic sign models is not always possible... There is a zone of vagueness whenever a third correlate is mentioned but not systematically incorporated into the semiotic theory (Nöth citado por Bernard, 2006: 366, 367)

Con base en ello, Nöth se da también a la tarea de presentar, partiendo del desarrollo de la historia del pensamiento occidental, un esquema donde ubica a algunos investigadores y pensadores, separándolos a través del modelo diádico o triádico:³⁸

El modelo diádico:

- Augustine (sign; sign (as thing)/something else)
- Hobbes (sign; antecedent experience/consequent experience)
- Degérando (sign; sensation/idea)
- Cassirer (symbol(ic) form; concrete sensible sign/content, meaning)
- Bloomfield (linguistic form; speech sound, signal/response in hearer)
- Buysens (seme; semic act/meaning, signification)
- Jakobson (signum; signans/signatum) (Nöth citado por Bernard, 2006: 366).

El modelo triádico:

- Plato (name; sound/idea, content/thing)
- Stoics ((sign); se´mainon/se´maino´menon/object or event)
- Bacon ((word); word/notion/thing)
- Husserl (sign; expression/meaning/thing)
- Ogden and Richards (-; symbol/thought or reference/referent) (Nöth citado por Bernard, 2006: 366).

³⁸ El esquema de Nöth no intenta agotar o sintetizar todos los modelos que se han hecho presentes en el desarrollo del concepto de signo, sino presentar una visión genérica de por dónde ha discuido la reflexión sobre el signo.

El esquema anterior no agota las posibilidades ni aclara, más allá de la terminología empleada, las diferencias existentes entre el modelo de uno y el modelo de otro, al grado tal que “Triadic sign models comprise a non-homogeneous group of semiotic theories distinguishing three correlates of the sign, sign vehicle, sense, and referent... In some cases, there is no distinction between dyadic and triadic models” (Nöth citado por Bernard, 2006: 367).

Por ello, a pesar de que tanto Saussure como Kripke presentan visiones diádicas del signo, podemos afirmar que siguen moviéndose dentro del triángulo semiótico, en el sentido en que se niega uno de sus elementos. De hecho, en el caso concreto de Kripke, toda su discusión sobre el estatus semántico de los nombres propios y comunes, al menos en NN, gira en torno a la negación del significado de dichos elementos lingüísticos. En el caso de Saussure, éste niega la importancia del objeto para la definición del estatus de los elementos de la lengua, aunque interpreta el significado de manera mentalista (Nöth citado por Bernard, 2006: 368), poniéndolo en íntima relación con el concepto.³⁹

¿Cuáles son las implicaciones del modelo triádico del signo? En primer lugar, tenemos dos elementos que son parte inequívocamente del lenguaje —de la lengua—: el significante y el significado, ambos objetos de estudio de la lingüística. El tercer elemento, el objeto, no pertenece en ningún sentido al lenguaje y no es, por tanto, objeto de la lingüística, aunque entre ellos existen relaciones: resulta obvio decir que es un absurdo negar las relaciones existentes entre los elementos lingüísticos, entre la lengua/lenguaje y los objetos del mundo. Sin embargo, de las relaciones existentes entre el lenguaje y el mundo no se sigue que si se desea explicar, describir o comprender el estatus de la lengua, en general, o de una categoría gramatical, en particular, entonces se deba acudir al mundo para obtener una respuesta satisfactoria. Ese es el caso de Kripke. Éste, al tratar de explicar el estatus semántico⁴⁰ de los nombres propios y comunes, apela no a los nombres mismos —ni a sus relaciones al interior del sistema de la lengua—, sino a la relación establecida entre dichos elementos lingüísticos y los objetos del mundo. En segundo lugar, el modelo triádico del signo conjunta, sin explicitarlo, dos aspectos bajo el rubro del

³⁹ No negamos en absoluto la relación existente entre la lengua (signo) y los objetos. Sin embargo, en Saussure una de las maneras de entender el significado es como concepto. En el presente, concebimos al concepto como más cercano al objeto (el concepto como la representación de lo que es el objeto), como se verá en el modelo de signo de los modistas.

⁴⁰ Aún no nos hemos pronunciado en ningún sentido sobre el objeto de estudio de la semántica, sin embargo, partimos del supuesto de que dicho objeto de estudio es el significado y éste, a su vez, es un objeto de estudio eminentemente lingüístico. Revisaremos en el capítulo siguiente algunas definiciones y diferencias con respecto a las concepciones sobre la semántica.

significado; el significado mismo y el concepto. Ello explica, en parte, el por qué Kripke pasa, sin ninguna aclaración de la pregunta: “¿qué significa la palabra tigre?”, a la pregunta: “¿qué es un tigre?”, haciendo de dos esferas diferentes, aunque relacionadas, una sola: lo lingüístico y lo ontológico. Dicha confusión se hará patente a continuación, partiendo del modelo del signo de cuatro polos de los modistas.

El signo de los modistas

Los “modistas”⁴¹ (*modistae*, también llamados gramáticos especulativos) fueron un grupo de pensadores que durante la “alta edad media”, entre los años 1200 y 1350, se dedicaron a explicar las categorías lingüísticas a partir de lo que ellos llamaron *modi significandi*, modos de significar (Pérez Martínez, 1995: 56-57). La explicación de las categorías lingüísticas fue llevada a cabo en íntima relación con una explicación de la realidad y el pensamiento, siendo las relaciones establecidas entre esos elementos el núcleo de las reflexiones de los modistas. Podemos resumir dichas relaciones en el siguiente enunciado: los signos —significantes— significan cosas mediante los conceptos o en latín, como lo cita Raible: “Voces significant res mediantibus conceptibus” (2009: 86). En tal planteamiento, encontramos los cuatro elementos necesarios para el modelo del signo de los modistas, diferente de los modelos diádico y triangular del signo: a) el significante (*vox, dictio*); b) el significado (*significatio*); c) los objetos (*res*); d) el concepto (*conceptus*). Una de las ventajas de este modelo sobre el modelo triangular es que:

In meinem Kontext ist am wichtigsten, daß scharf getrennt wird zwischen dem, was bei Ogden und Richards an der Spitze des Dreiecks zusammenfällt: zwischen dem ‘Konzept’ auf der einen Seite und der sprachlichen ‘Bedeutung’, der *significatio*, auf der anderen (Raible, 2000: 6).⁴²

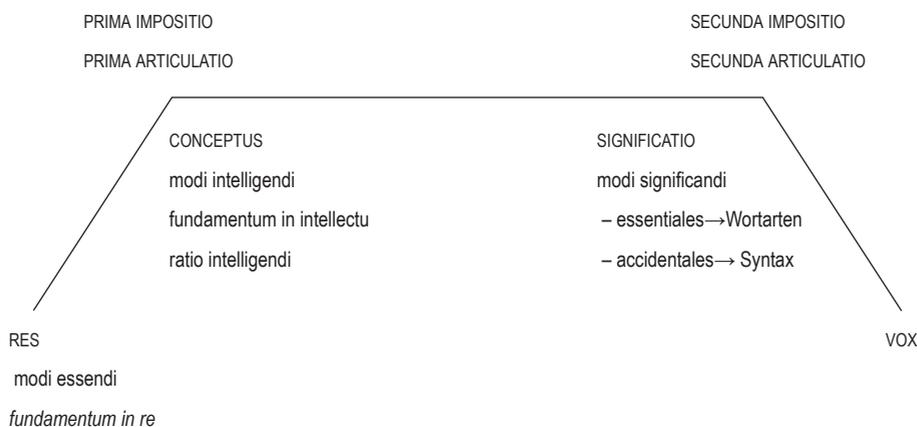
Tal división se muestra en el esquema 6, que marca la división de los cuatro polos involucrados en un proceso que implica dos *articulatio*: la primera, *prima articulatio*, está relacionada con la manera en que aprehendemos las cosas, la forma en que nos representamos las cosas; la segunda, *secunda impositio*, está relacionada con el aspecto de la significación lingüística.

⁴¹ Entre los cuales figuran Martín de Dacia, Boecio de Dacia, Siger de Courtrai y Tomas de Erfurt.

⁴² “En mi contexto, es más importante que se distinga nítidamente eso que Ogden y Richards colocan en el vértice del triángulo: [distinguir], por una parte, entre el “concepto” y, por otra, el “significado” lingüístico, la *significatio*”.

Esquema 6

El modelo de signo de los modistas



Así, si alguien pregunta ¿qué es un tigre?, la respuesta se dará a partir de la *prima articulatio*, dado que apunta a nuestro conocimiento de las cosas. En ese sentido, apelamos a nuestra estructura cognitiva y perceptual, que nos proveerá de un modelo de la cosa, para responder a semejante pregunta. Así, Raible afirma que:

Wenn wir etwas wahrnehmen, z. B. einen Gegenstand [RES], machen wir uns davon ein mentales Bild, einen CONCEPTUS. Dies ist ein aktiver Prozess, es ist unser Intellekt, der dem Gegenstand seine Konturen verleiht (*fundamentum in intellectu*) (Raible, 2009: 85).⁴³

De esa manera nos formamos un modelo de la cosa, basados en nuestra estructura cognitivo-perceptual, para responder a la pregunta. Ahora bien, esa transmisión de conocimiento la llevamos a cabo precisamente a través de la lengua, lo cual implica una *secunda impositio*, implica un segundo nivel: “Wir bilden aus dem ersten Modell, dem der Vorstellung, ein zweites Modell, die sprachliche Bedeutung, die *significatio*. Wir wählen dabei nur bestimmte Merkmale aus der Vorstellung aus” (Raible, 2000: 5).⁴⁴

⁴³ “Si nosotros percibimos algo, por ejemplo, un objeto [RES], nos hacemos de ello una imagen mental, un CONCEPTUS. Esto es un proceso activo, es nuestro intelecto el que le confiere sus contornos al objeto.”

⁴⁴ “Del primer modelo, el de la representación, nosotros construimos un segundo modelo, el del significado lingüístico, la *significatio*. Seleccionamos, pues, sólo determinados rasgos de nuestra representación”.

Esos rasgos seleccionados constituyen el significado lingüístico expresado en un *modus significandi* (Raible, 2000: 5-6).⁴⁵ Esta *secunda articulatio* nos daría los elementos necesarios para responder a la pregunta: ¿qué significa la palabra “tigre”?, misma pregunta que Kripke no distingue de la pregunta: ¿qué es un tigre? o ¿qué es necesariamente un tigre?, confundiendo el nivel conceptual y el nivel lingüístico (Kripke, 1972/1980: 119-120).

Así pues, los *conceptos* se originan, con su respectivo *modus intelligendi*, por un primer acto de aprehensión basado en la percepción y en diversos esquemas del conocimiento como el prototipo⁴⁶ —*prima articulatio*—, en tanto que los significados, con sus respectivos *modus significandi*, se originan en una *secunda articulatio*. Aquí es importante resaltar una de las tesis de los modistas con respecto a este modelo: los *modi essendi* de la *res* son reflejados por los *modi intelligendi*; es decir, que las cosas se encuentran ahí y nuestro intelecto lo que hace es reflejar las características de aquellas.⁴⁷ Tal afirmación se explica por la influencia de Aristóteles en el pensamiento medieval. El filósofo estagirita creía que las categorías gramaticales se correspondían con y expresaban las categorías del ser (cfr. Aristóteles, 1969/1963). Sin embargo, al respecto nosotros partimos, con Raible, de que “Die Sachen, über die wir reden, existieren ja nicht per se” (Raible, 2000: 11),⁴⁸ sino que las construimos a través de nuestras representaciones, en nuestro continuo enfrentamiento con ellas (cfr. Kant, 1972/2000 y Piaget, 1933/2001; 1959/1961; 1979).

La distinción planteada por el modelo del signo de los modistas nos permite posicionar los planteamientos de Kripke en torno a que los nombres comunes no tienen significado. El asunto del significado, a partir del modelo de cuatro polos, tiene que ver con el aspecto lingüístico, pudiendo establecerse desde la *secunda articulatio*, sin apelar a una relación directa con los objetos. De ahí que, por ejemplo, Saussure negara que la lengua fuese un conjunto de nomenclaturas (1916/1986: 90), planteando que ella podía ser definida con base en la dualidad del signo de significante-significado. Así, en primera instancia, se puede representar a Saussure y a Kripke de la siguiente manera:

⁴⁵ Esto implicaría que es nuestra representación de las cosas la que determina el significado lingüístico. Sin embargo, eso podría ser el caso para la construcción de los conceptos y significados científicos, pero no para el lenguaje natural, ya que es la lengua la que determina las distintas concepciones que tenemos de las cosas. Esto lo desarrollamos en el capítulo 3.

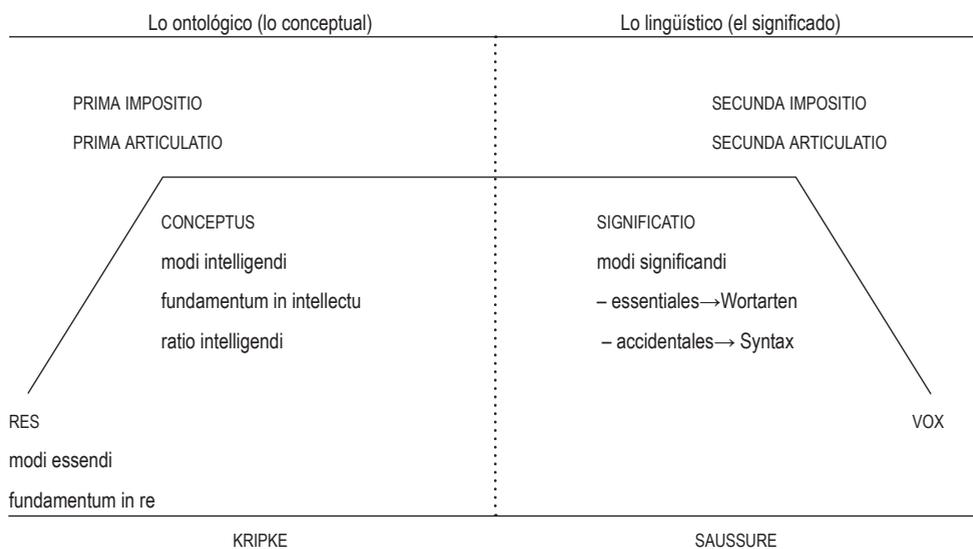
⁴⁶ Ver capítulo 3, los estratos de formación del significado.

⁴⁷ Esta afirmación es la razón, según Raible, de que la doctrina de los modistas haya sido llamada “Gramática especulativa” (2001: 11).

⁴⁸ “Las cosas, sobre las que hablamos, no existen *per se*”.

Esquema 7

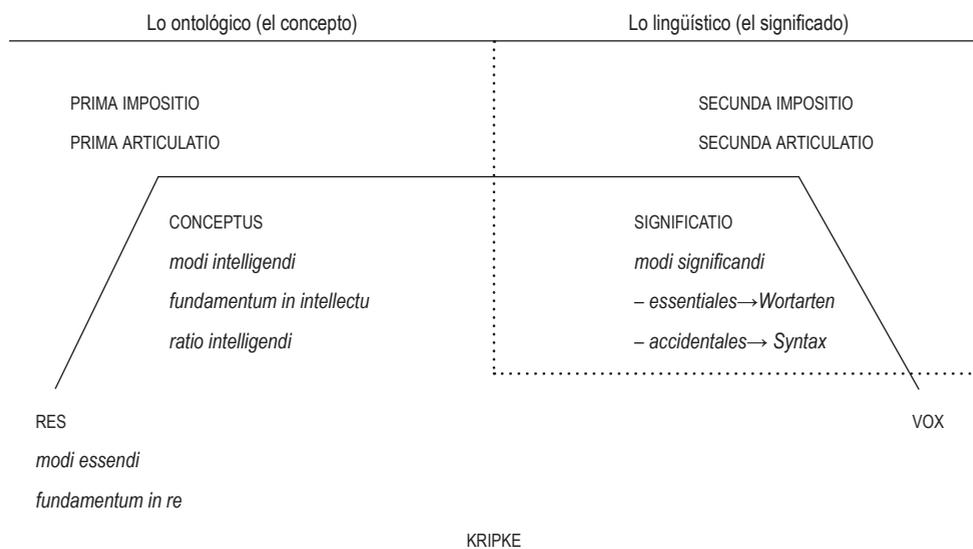
Saussure desde el modelo del signo de los modistas



Desde Saussure, las cosas, lo ontológico, no son de la incumbencia de la lingüística. Por el contrario, en el caso de Kripke, éste une de manera íntima el significado con el concepto. Para él, dar el significado de los nombres implica dar una descripción de propiedades esenciales, propiedades necesarias, de las cosas nombradas por los nombres, es decir, bajo el modelo del signo de los modistas, la afirmación de Kripke es que dar el significado de los nombres es describir su *modus esse*. Sin embargo, como habíamos ya establecido, no conocemos las cosas en sí mismas sino que las conocemos a través del concepto; en ese sentido tenemos representaciones de las cosas, representaciones que son englobadas en el concepto. Asimismo, la relación de los elementos lingüísticos, los nombres para este caso, con las cosas no es directa, como podría inferirse de la noción kripkeana de designador rígido; está mediada por el concepto. Por lo cual, el aspecto esquemático más adecuado que tendría el planteamiento de Kripke sería el siguiente:

Esquema 8

Kripke desde el modelo de signo de los modistas



Es decir, el análisis de los elementos lingüísticos “nombres comunes”, lo lleva a cabo Kripke a partir de un análisis del “concepto” asociado a los nombres. Asimismo, afirmamos que aun ese tratamiento conceptual que lleva a cabo Kripke, no se refiere a los conceptos que formamos desde una perspectiva del sentido común, perspectiva más cercana a la manera en que construimos los significados lingüísticos, sino que su análisis está enfocado a la formación de los conceptos científicos, trabajo que tiene como una de sus tareas determinar las propiedades esenciales de las cosas. Por ello, la parte fundamental de la *secunda articulatio*, el significado, es negada por Kripke para los nombres comunes. En ese sentido, para Kripke el significado sólo es posible si se expresan propiedades esenciales, exigiendo de esa manera, implícitamente, que los nombres asociados a un concepto se correspondan de manera unívoca con el nombre que los designa. Es decir “oro” significa el elemento de número atómico 79, característica ésta que forma parte del concepto de la sustancia oro, es una propiedad esencial (cfr. Kripke, 1972/1980: 118-119). Sin embargo, en este caso “oro” no es un nombre común, sino un término. Este último, al estar asociado a la actividad científica requiere que el concepto que designa tenga una mayor precisión. Dicha exigencia es la que lleva a Kripke a negar el significado de los nombres comunes de la lengua ordinaria, dado que ahí los significados están asociados a propiedades contingentes. Es decir, su afirmación está sustentada en la mezcla de lo lingüístico (la *vox*), lo ontológico (la *res*) y lo conceptual (el *conceptus*). Este último visto como un concepto científico. Sin embargo, lo que no tiene en cuenta Kripke es que nosotros podemos

designar un concepto de diversas maneras, desde la lengua natural. El concepto de “dolor” podemos realizarlo lingüísticamente con una exclamación, con un nombre, con un verbo y hasta con una oración completa:

- a) ¡ay!
- b) “dolor”
- c) “doler”
- d) “me duele”
- e) “me duele la cabeza”
- f) “tengo un intenso dolor” (Raible, 2000: 6).

Y no es únicamente una diferencia lingüística, sino que esas maneras de expresarse implican maneras de concebir los hechos y las cosas del mundo, es decir, esas expresiones lingüísticas están determinando la manera en cómo concebimos el hecho del dolor. En términos de UNITYP, estamos constituyendo lingüísticamente los objetos y hechos del mundo. Otra cosa es la constitución de los conceptos científicos, lo que analizamos en el siguiente capítulo cuando hablamos del término y de la lengua especializada.

Concluimos el presente capítulo enfatizando que la tesis de Kripke de los nombres comunes como designadores rígidos, como carentes de significado, no toma en cuenta las diferencias que existen al interior de una lengua, ni de una lengua a otra, sobre las maneras de formar los términos y constituir lingüísticamente los objetos, lo que lo conduce a reducir el complejo fenómeno del nombrar y de los nombres a un mero acto de designación. Asimismo, resaltamos que confunde el aspecto de la construcción de significados con el aspecto de la construcción de conceptos. En lo que sigue, desde la lexicología y la terminología, abordaremos de manera específica que aun en la construcción de los conceptos encontramos diferencias asociadas a los usos de ellos según nos ubiquemos en una perspectiva ordinaria o en una perspectiva del quehacer científico. De igual manera, y conectado con lo anterior, abordaremos la relación de los conceptos con los significados partiendo de los estratos de formación del significado.

En el presente capítulo se presenta un acercamiento al ámbito de la lexicología. La intención es determinar cómo desde los elementos conceptuales con los que opera la lexicología se puede hablar propiamente de un significado de los elementos lingüísticos, entre ellos los nombres, tema central de Kripke en NN. Determinar el significado de los elementos lingüísticos no implica de manera necesaria apelar a un “mundo de cosas” constituido por sí, no necesita una reflexión anclada en el quehacer de la ontología, tal y como se desprende de los planteamientos del filósofo de los mundos posibles, sino que, al contrario, el *dictum* saussureano sigue siendo vigente, al decir que la lengua “es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y en el que las dos partes del signo son igualmente psíquicas” (Saussure, 1916/1986: 42).

Sin embargo, como el mismo Saussure lo sabía, ello no es suficiente. Uno de los aspectos que conforman, modelan e inciden de manera primordial en los cambios de la lengua, en tanto que sistema, es el de su finalidad comunicativa. Por ello, los estructuralistas, deudores del ginebrino, en ese afán de comprensión del sistema, entienden que

La lengua, producto de la actividad humana, comparte con tal actividad su carácter teleológico o de finalidad... Por esto mismo, en el análisis lingüístico, debe uno situarse en el punto de vista de la función. Desde este punto de vista, *la lengua es un sistema de medios de expresión apropiados para un fin*. No puede llegarse a comprender ningún hecho de lengua sin tener en cuenta el sistema al cual pertenece (Trnka *et al.*, 1980: 30-31).

Es precisamente la noción de *función* la que viene a guiar el estudio de la lengua concebida como sistema que apunta a la consecución de metas¹ para la

¹ La noción de *teleología* ha sido sustituida en la lingüística funcional por la de *teleonomía*, noción ésta que resalta la idea de metas inmanentes al propio sistema de la lengua.

lingüística funcional. La lengua, además del código genético, en tanto que sistema doblemente articulado, es propio del ser humano.² Mediante la lengua el hombre potencia su representación del mundo y se proyecta en él. Es, asimismo, uno de los fundamentos de la vida social; sin lengua no habría sociedades humanas. La lengua representa, de manera fundamental, el instrumento principal de comunicación con los demás; sirve para expresar los pensamientos, deseos, sentimientos y permite influir en otras personas y recibir sus influencias. Por ello, el papel del usuario de la lengua es fundamental, dado que el hablar de una búsqueda de los medios de expresión adecuados para alcanzar un fin implica hablar de *función comunicativa*. Kripke argumenta en NN que su acercamiento a los nombres propios y comunes parte del punto de vista del “uso ordinario del lenguaje”, uso que tiene una finalidad eminentemente comunicativa. Sin embargo, lo que se intenta demostrar en el presente capítulo es que, a pesar de sus intenciones, las reflexiones y argumentos de Kripke sobre el estatus semántico de los nombres se tejen no con base en el uso ordinario del lenguaje, sino con base en una discusión en torno a la relevancia o no de determinadas propiedades de las cosas, discusión que está más cercana a un análisis sobre los conceptos y los términos técnicos. Como se ve, se afirma aquí que en los planteamientos de Kripke sobre el significado están mezclados confusamente el significado especializado y el significado de la lengua común. De ahí la necesidad de algunas aclaraciones conceptuales provenientes de la lexicología y la terminología, para sacar a la luz algunas de las confusiones del planteamiento kripkeano.

Lexicología

El lugar de la lexicología en la lingüística

Se ha definido generalmente a la lingüística como “el estudio científico del lenguaje” concibiendo a este último como una compleja estructura.³ Así, una descripción científica del lenguaje y las lenguas implica el análisis de las unidades mínimas de estudio que las constituyen, el conocimiento de la organización del sistema de la lengua, de su estructura.⁴ En ese sentido, es clara la complejidad del lenguaje

² En relación con los parecidos entre la lengua y el código genético, ver Pollack, 1994.

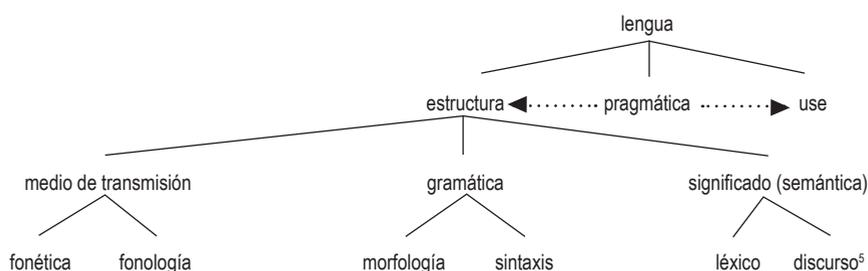
³ Para una exposición general sobre la definición presentada ver Lyons, 1984: 1-38 y Clark, 227-234. En el presente no abundaremos sobre ello, dando por supuesta la científicidad de la lingüística y aceptando que el objeto de estudio de la lingüística es el lenguaje y las lenguas, concebidas como estructuras.

⁴ Para la íntima relación entre “estructura” y “sistema” ver “‘Estructura’ en lingüística” de Benveniste (1971/2004: 91-98).

entendido como estructura; sin embargo “it is not so easy to say how many levels should be set up in order to explain the way this structure is organized” (Crystal, 1987/1997: 82). Varios son los modelos que se han planteado a lo largo de la historia de la lingüística para afrontar el estudio de la estructura de la lengua. Crystal nos presenta cinco modelos desde los cuales se ha abordado el estudio de la estructura de la lengua: modelos de dos, de tres, de cuatro, de cinco y de seis niveles de análisis (Crystal, 1987/1997: 83). Las diferencias de términos y de las concepciones mismas sobre la naturaleza de la estructura de la lengua se hacen patentes en dichos modelos. Sin embargo, ellos apuntan a cada paso hacia una mayor distinción y clarificación de los niveles involucrados en la descripción lingüística. Por eso, con conocimiento del desarrollo de la lingüística, Simone afirma que

Los niveles de análisis, reconocidos desde la Antigüedad, son (al menos) los siguientes: fonología, morfología, sintaxis y léxico. (Veremos, a medida que avancemos en el estudio, que los niveles que distingue la lingüística reciente son más numerosos, y que sus interrelaciones no son en absoluto obvias). (Simone, 1993/2001: 65)

Entre esos “numerosos” niveles que la lingüística reciente ha descubierto podemos mencionar algunas disciplinas surgidas de los puntos de encuentro de dichos niveles: fonología léxica, fonología morfológica —morfonología—, fonología sintáctica (Trubetzkoy *et al.*, 1972), morfología léxica, morfosintaxis (por ejemplo, Simone, 1993/2004), etcétera. Sin embargo, entre esos niveles de análisis que anuncia Simone se encuentra el texto (1993/2001: 339-385), mismo que es aceptado por Crystal en su *Enciclopedia*, al presentar el esquema con los niveles de análisis que reconoce:



⁵ Discurso y texto no son siempre equivalentes al interior de la lingüística; el primero, generalmente es asociado a las producciones orales y el segundo es asociado generalmente a las producciones escritas. Actualmente, el término “discurso” y su análisis (análisis del discurso) está conectado con temas como la ideología, el poder y la manipulación (cfr. Van Dijk, 2006) en tanto que el término “texto” está asociado con estructuras y análisis netamente lingüísticas, aunque en relación con la

Así, partiendo de la importancia de los modelos anteriores, pero mucho más cercano al modelo de Crystal y a la lingüística reciente, presentamos los niveles de análisis de la estructura de la lengua, que implican, al mismo tiempo, un nivel creciente de complejidad, que están supuestos en el presente, para ubicar la lexicología en el campo de la descripción lingüística:

Esquema 9

Los niveles lingüísticos

Lugar de la lexicología en la jerarquía lingüística

↑	<i>Unidades mínimas de análisis</i>	<i>Disciplina que las estudia</i>	<i>Componentes de la lengua</i>
	Texto	Lingüística del Texto	
	Oración (partes de la oración)	Sintaxis	
	Palabra (léxico)	Lexicología	
	Morfemas	Morfología	SEMÁNTICA
	Fonemas	Fonología	
↓	Fonos, Sonidos	Fonética	PRAGMÁTICA

Las disciplinas lingüísticas se definen entonces a partir de su objeto de estudio, constituido por las unidades mínimas de análisis. El estudio de la lingüística, partiendo del mismo esquema, supondría pues partir del estudio de la fonética hasta llegar al análisis del texto; el estudio de éste supondría el conocimiento acerca de la oración y sus partes y, a su vez, el estudio sintáctico supondría un conocimiento del léxico, etcétera; al mismo tiempo, no podemos dejar de reconocer las relaciones que hay entre dichos niveles, cosa que constituye precisamente la razón de ser de ciertas disciplinas como la morfonología o la morfosintaxis —tal es el sentido de la flecha a la izquierda—. Por su parte, la semántica y la pragmática no se constituyen como niveles lingüísticos, sino más bien como componentes de esos niveles, permeándolos. De esa manera, podemos tener consideraciones pragmáticas y semánticas en torno a los fonemas, a los morfemas, al léxico, a la oración y sus partes y al texto. Asimismo, es importante resaltar el carácter arbitrario de la separación entre el nivel de los morfemas y de las palabras, dado que aquellos constituyen ya un criterio de definición de las palabras. En ese sentido, podemos distinguir entre “morfemas gramaticales” —elementos con contenido gramatical— y “morfemas lexicales” —con contenido léxico—. Al poseer un contenido léxico pleno, los morfemas lexicales son ya objeto de estudio de la lexicología.

pragmática (cfr. Van Dijk, 1980; Beaugrande, 1972/1997 y Raible, 2000b). En el caso concreto de Crystal, éste engloba bajo el concepto de “discurso” tanto las producciones orales como las expresiones escritas, es decir, toma en cuenta tanto “discurso” como “texto” (1987/1997: 116-121).

Si reconocemos el esquema presentado no será difícil plantear definiciones preliminares como punto de partida y, por tanto, que requieren ser detalladas, sobre las disciplinas lingüísticas en relación con las unidades mínimas de análisis. Así, por ejemplo, podemos definir la fonología como la disciplina lingüística que tiene por objeto de estudio a los fonemas, a la morfología como aquella disciplina encargada de los morfemas —tanto gramaticales como léxicos— y a la lexicología como la disciplina lingüística encargada del análisis y descripción del inventario léxico de una lengua, es decir, la palabra con contenido léxico-semántico, etcétera. Lo que aquí nos interesa fundamentalmente es la lexicología y su objeto de estudio la palabra léxica, que aborda desde la perspectiva de su estructura interna de significado. Lo cual nos conduce a hacer algunas apreciaciones generales sobre las palabras.

La palabra. Como se decía más arriba, las unidades de análisis y, por tanto, las disciplinas que las estudian no pueden ser aislables del todo, teniendo como resultado la existencia de interfaces entre los niveles lingüísticos. Por ello hablábamos de fonología léxica, morfonología, morfosintaxis, etcétera. Tales interfaces afectan también al concepto central de “palabra”, y se patentizan a la hora de escoger un criterio para definirlo. Todo mundo, sin ser lingüista, habla acerca de las palabras: podemos decir que el presente escrito se compone de 20 mil palabras, que un poema se compone de bellas palabras, que existen palabras malsonantes, etcétera. Dichos usos presuponen de alguna manera que nosotros sabemos lo que son las palabras. Sin embargo

defining the concept ‘word’ in precise linguistic terms is notoriously difficult. Not only is there the problem that there are several definitions that do not all converge on the same set of linguistic objects, but, in addition, some of the definitions are so vague or circular that they are of little use when it comes to picking out the words in a given sequence of speech (Julien, 2006: 617).

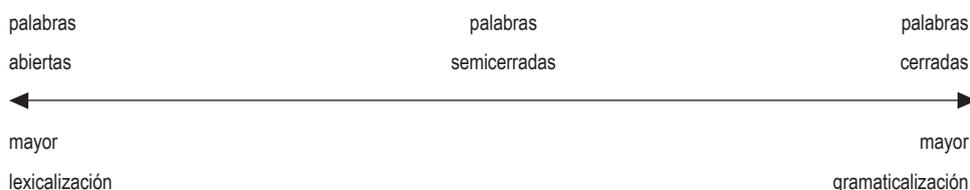
De la cita se desprende la dificultad para definir el concepto “palabra” y los problemas surgidos por definir el concepto “palabra”. Con respecto a la primera, por ejemplo, Julien habla de distintos tipos de palabra, basada precisamente en las interfaces de los niveles: “palabras fonológicas”, “palabras léxicas”, lexemas y “palabras gramaticales” (Julien, 2006: 617-619). Hablar de una o de otra, así como de los criterios a utilizar, sean fonológicos, morfológicos,⁶ lexicológicos o gramaticales, depende de los intereses de investigación de los lingüistas. Tal dificultad se ve también

⁶Ya revisábamos más arriba que si partimos de la morfología, los morfemas lexicales son ya palabras.

en Leal (2003), quien expone algunos de los múltiples problemas que emergen al momento de intentar dar una definición y clasificación de las palabras. En su caso, opta por un acercamiento sintáctico para ello, de tal manera que diferencia entre clases abiertas, clases semicerradas y clases cerradas de palabras, caracterizándolas de la siguiente manera:

- a) clases abiertas: i) préstamos, calcos y copias de otras lenguas, “acompañados de mayores o menores ajustes fonológicos y morfológicos...” (Leal, 2003: 109); ii) poseen un significado léxico (semánticamente plenas), además de su función al interior del discurso; iii) amplia flexibilidad y capacidad para la creación de nuevas formas. Leal clasifica en estas clases a los adjetivos, los adverbios, los verbos, los nombres.
- b) clases semicerradas: i) sólo algunos de sus miembros son elementos gramaticalizados; ii) algunos otros son elementos parcialmente gramaticalizados; iii) algunos otros no están gramaticalizados. A esta clase pertenecen los cuantificadores poco gramaticalizados y las partículas: algunos adjetivos como *much-*, *poc-*, *otr-*, *mism-*, *idéntic-*, *sol-*, *únic-*, *vari-*, *tant-*, *tal-*, y algunos adverbios (*antes*, *después*, *aún*), algunas conjunciones (pero, sino, pues) y casi todas las preposiciones (excepto *a* y *de*, cuyo estatus es más problemático dada su alto grado de gramaticalidad).
- c) clases cerradas: i) creación de nuevas formas a partir de técnicas más o menos desarrolladas; ii) poseen un significado preferentemente sintáctico; iii) su significado se agota en su función gramatical. Aquí ubica Leal a los deícticos, los interrogativos/relativos, los operadores lógicos, los verbos gramaticales (ser, estar, haber), las preposiciones gramaticales, los numerales (Leal, 2003: 107-140).⁷

Las clases de palabras abiertas y las cerradas, desde esta perspectiva, se plantean como los extremos de un continuo gradual, donde no existen las oposiciones absolutas, sino pasos de una clase de palabras a otra bajo los parámetros de lexicalización y gramaticalización. El que no haya oposiciones absolutas entre los tipos de palabras se ve corroborado precisamente con la existencia de las palabras semicerradas.



⁷ Asimismo, en concordancias con la idea de UNITYP de que no hay oposiciones absolutas entre las categorías, sino pasos graduales de una a otra bajo la idea de un continuo, Leal introduce las “clases semicerradas”, los cuantificadores poco gramaticalizados y la clase de las partículas, clasificándolas así porque comparten características de las clases abiertas y de las clases cerradas.

Tal clasificación nos permite ubicar los nombres, tema del presente trabajo, como palabras abiertas precisamente por su condición de elementos con un mayor contenido léxico; nos permite también reconocer que existe una relación entre las palabras abiertas nombres con elementos de las clases cerradas, por ejemplo *encima*, *apenas*, *acaso*, *enfrente*, lo que implica cierto grado de gramaticalización, provocando así un acercamiento gradual —de tipo diacrónico— hacia otras clases de palabras; esta característica, a su vez, implica reconocer también que las piezas léxicas no existen *per se*, de manera aislada, sino que se encuentran relacionadas con los otros constituyentes de las oraciones —las partes de la oración—. En ese mismo sentido se puede hablar de que las clases semicerradas pueden recibir nuevos miembros a través de determinadas combinaciones, cuyo uso puede o no estar determinado diacrónicamente, por ejemplo: preposición + preposición = adverbio: *detrás*. Juan estuvo *detrás* todo el camino (Leal, 2003: 127).

En el caso de Kripke, los nombres de los que habla podemos situarlos fundamentalmente como pertenecientes a la clase de las palabras abiertas, lo que implica la recepción de nuevos miembros a través de técnicas como la pluralización, los compuestos y la derivación, procesos que transforman su contenido semántico. Sin embargo, el filósofo norteamericano no apela a ningún criterio lingüístico —fonológico, morfológico, sintáctico, lexicológico— para clasificar los nombres; aun cuando presente y use terminología que se encuentra también en la lingüística, sus clasificaciones son subsumidas en el término genérico de “nombre común”, eliminando las diferencias existentes entre ellos. Si, como de hecho lo es, el objetivo de Kripke es determinar el estatus semántico de los nombres, tal tarea no puede llevarse a cabo negando dichas diferencias ni dejando de lado el tratamiento lingüístico: no se llegará a determinar el estatus semántico de los nombres si sólo se toma en cuenta la relación de ellos con el mundo extra lingüístico, el mundo de las cosas. Las clasificaciones que Kripke nos presenta sobre los nombres son las siguientes:

- Nombres contables (*count nouns*): gato (*cat*), tigre (*tiger*), vaca (*cow*), pedazo de oro (*chunk of gold*), pirita de hierro (*iron pyrites*).
- Términos masa de clases naturales (*mass terms for natural kinds*):⁸ agua (*water*), oro (*gold*).
- Términos teóricos (*terms for natural phenomena*): calor (*heat*), luz (*light*), sonido (*sound*), relámpago (*lightning*).
- Adjetivos: caliente (*hot*), sonoro (*loud*), rojo (*red*).

⁸ En el caso de la lingüística se usa “nombres masa” o “nombres masivos”, término acuñado por Damourette y Pichón (Dubois *et al.*, 1994: 145).

Todos ellos, según Kripke, son designadores rígidos, carentes de significado, y son más parecidos a los nombres propios de lo que se supone y el término de “nombre común” es muy apropiado para ellos (Kripke, 1972/1980: 127). La pregunta inmediata es, ¿cuáles son los criterios que usa Kripke para llegar a tal clasificación? ¿Son criterios lingüísticos? En el caso de los adjetivos, Kripke considera que su tesis de los designadores rígidos, desarrollándola de manera adecuada aplica también a ellos (Kripke, 1972/1980: 134). Dichos elementos inherentemente predicativos y con significado son tratados por Kripke, más allá del uso cotidiano que se les da, como designadores rígidos, poniéndolos en la misma categoría que los nombres propios y comunes. El hecho de que podamos, por ejemplo, referirnos en todo mundo posible a “lo caliente”, sea lo que sea eso, como podemos referirnos a la “vaca”, sólo nos indica que podemos cumplir con una función determinada con diversos elementos lingüísticos, pero de ello no podemos inferir que su comportamiento, como elementos lingüísticos que son, sea el mismo y menos aún clasificarlos dentro de la misma categoría.

A pesar de que Kripke usa términos propiamente lingüísticos —nombres contables, términos masa—, encontramos problemáticos algunos de sus ejemplos. En el caso de la construcción “pedazo de oro”, sintagma nominal y sintagma preposicional modificándolo, puede ser contabilizada:

— Fui al río y encontré *dos* pedazos de oro.

Sin embargo, ejemplos como ese dan la razón a UNITYP en el sentido de que existen diversas maneras de formar términos. Asimismo, como indicábamos en el capítulo dos, existen diversas maneras de individuar objetos: si tenemos el término masa “gold” para constituir lingüísticamente esa sustancia de carácter continuativo, podemos también constituir lingüísticamente esa misma sustancia de manera individuada; si ese es el caso entonces usamos una técnica lingüística diferente para poder individuarlo, que en este caso es precisamente “*chunk of gold*”; en español podemos decir *oro*, como término masa, y *pedazo de oro* y *lingote de oro*, tanto la palabra en español como en inglés, pueden ser, una vez individuados, pluralizados y contabilizados. En ese sentido, concebimos lingüísticamente de manera diferente la misma sustancia. En el caso de “pirita de hierro” tenemos un compuesto con un alto grado de fusión y, en ese sentido, está más cercano a un término masa, al ser una sustancia mineral, continuativa, como el oro lo es, que un contable. Compárese:

1. “Encontré dos piritas de hierro”.
2. “Encontré dos cristales de pirita de hierro”.⁹

⁹ La pirita de hierro es también llamada “oro de los tontos”, por su parecido con el oro.

Aunque el primero no es agramatical en el sentido de identificar la pirita de hierro con cualquier piedra, se puede expresar partiendo de su analogía con otro tipo de sustancia, por ejemplo, bajo el concepto más general de “mineral” o de “roca” —“Encontré dos piedras”—, es decir, haciendo referencia a tipos; por su parte, dos es perfectamente gramatical. Por otra parte, no decimos “pirita de azufre”, a pesar de que la pirita está compuesta de 52.4% de azufre y 46.4% de hierro, aunque el término técnico para ella sí apele a esa constitución, *disulfuro de hierro*. El hecho de que en el uso no técnico para tal sustancia no se apele a su naturaleza y en el caso del término técnico sí se apele a ella, nos indica de algún modo que el uso del lenguaje no técnico, a pesar de que tenga que ver con sustancias descubiertas por la ciencia, determina en cierta medida las concepciones que tenemos de las cosas, y en el caso de los términos técnicos, su significado está determinado en mayor medida por la constitución y naturaleza de las cosas. De igual manera, los “términos teóricos” de Kripke *calor*, *luz*, *sonido* y *relámpago* son términos masa y, en el caso de los tres últimos, además pueden ser contabilizados y pluralizados:

- *Las dos* luces del auto están inservibles.
- En la fiesta, escuchaba *tres* sonidos a la vez.
- En la tormenta de ayer vimos *cinco* relámpagos.

Asimismo, los mismos términos masa pueden ser objeto de pluralización:

- *Las* aguas que vende Don Vicente son muy sabrosas.
- Fui al supermercado y me compré *dos* aguas.
- Los calores de agosto son insoportables.

Si comparamos 1 y 2 vemos que en ambos casos usamos el plural; aunque en 2 añadimos un numeral, *dos*, que establece precisamente la individuación del nombre masa *agua*; a diferencia de la pluralización en 1 que nos indica no individuos, sino tipos de agua. Poder pluralizar y/o contabilizar términos masa, implica que podemos referirnos a las cosas ya como individuos, ya como tipos; en ambos casos dejan de ser términos masa. Al llevar a cabo tales procesos no estamos cambiando de palabras, tenemos el mismo lexema pero, además de su significado léxico, se les añade significado gramatical en íntima relación con su contexto oracional, es decir, sintáctico. En tales casos, concebimos, lingüísticamente, de manera distinta la misma sustancia. Veamos los siguientes ejemplos, partiendo del nombre común “perro”, al interior de una secuencia oracional:

1. El perro es el mejor amigo del hombre.
2. El perro de mi compadre es bravo.

3. Los perros son los mejores amigos del hombre.
4. La perra de mi compadre acaba de parir.
5. Por hábito, Cimarrón y Perro se despertaron cuando sonó la campana del ingenio.¹⁰
6. El ex presidente de Estados Unidos, George Bush, es un perro.

En 1 y 3 hacemos referencia a un contexto genérico de “perro” que responde al uso de clase natural de Kripke, sin embargo, a pesar de que podemos decir que la referencia es la misma, las maneras de referir son distintas: en 3 tenemos el aumento del significado <plural>; en 2 y 4 tenemos un uso individualizado, aunque con una diferencia de significado <masculino> <femenino>; en 5 tenemos el uso del nombre común contable como nombre propio; en 6 tenemos un uso metafórico.

Después de tales ejemplos, la pregunta inmediata para Kripke es si tales nombres, dadas sus variaciones gramaticales —individuación, pluralización y contabilización de nombres masas, uso metafórico, etcetera—, “designan en todo mundo posible a los mismos objetos”. La respuesta parece ser negativa. Si los nombres propios y comunes no tuvieran significado, si fueran elementos lingüísticos meramente referenciales, entonces sería imposible determinar las diferencias existentes que muestran los ejemplos anteriores, diferencias que en lo absoluto le son ajenas a los usuarios del “lenguaje ordinario” y que determinan la manera de representarnos y referirnos a las cosas. Considérese el ejemplo siguiente de la lengua timucua:¹¹

la palabra *ibi(ne)* significa: 1) agua, 2) líquido, 3) lago, estanque, laguna, 4) río, arroyo, canal, 5) mar, océano, 6) lluvia, 7) lágrima, 8) ola, 9) escarcha, 10) arcoíris, 11) bañar, lavar, 12) beber, 13) ungir, 14) menstruar, etc. (Luque Durán, 2001: 81).

En español, el significado de esta palabra lo asociamos por lo menos con 14 significados relacionados con objetos (fluidos) y acciones que los involucran. La pregunta para Kripke es si tal palabra refiere en todo mundo posible a dichos objetos y acciones. Para el caso de la referencia a objetos de dicha palabra podría ser afirmativa, sumándole a tal explicación que en cada caso el contexto (oracional, gramatical y pragmático) es el que nos indicaría a cuál de todos los objetos nos estaríamos refiriendo. Sin embargo, identificar en cada caso la referencia de tal palabra para cualquiera de los muchos objetos que aplica, implica conocer los distintos

¹⁰ Tomado de *Los fugitivos* de Alejo Carpentier, 1970.

¹¹ Lengua extinta hablada hasta el siglo XVIII en el norte y centro de Florida, el sureste de Georgia, y el este de Alabama por los timucuas.

tipos de significado, permeados por el contexto pragmático que engloba la palabra. En el caso del uso verbal de la palabra (bañar, lavar, beber, etc.), su predicatividad está fuera de duda, dada la naturaleza de los verbos. ¿Acaso los verbos son, o podrían ser también designadores rígidos?, ¿refieren en todo mundo posible a una acción? Sin embargo, debemos reconocer que el ejemplo proviene de una lengua ya extinta, lo que nos imposibilita conocer los elementos gramaticales, semánticos y pragmáticos y, por tanto, poder determinar su estatus semántico como nombre o como verbo. En ese sentido, nos quedamos simplemente con la asociación en español de la multiplicidad de significados implícitos en la palabra *ibi(ne)*. Sin embargo, la idea subsiste en el sentido de que en diferentes lenguas encontramos palabras con un uso nominal y un uso verbal; compárese los ejemplos tratados en la página 51 *aproa* y *deidei*. Asimismo, en la misma lengua de Kripke, el inglés, encontramos palabras que tienen un uso nominal y un uso verbal:

1. *Fox*, “zorro”
2. *To fox*, “desconcertar”, “fingir”

Aunque en 2 se añade la partícula que nos indica el infinitivo del verbo, sería imposible determinar las diferencias entre 1 y 2, si no se apela al significado. *To fox* es posible gracias a que *fox* tiene un significado, del cual se rescatan ciertos rasgos semánticos para utilizarlo como verbo; por ejemplo, la cultura popular en occidente les atribuye a los zorros la característica de la astucia —rasgo codificado como parte del significado de la palabra “fox”—. Tal rasgo semántico del nombre *fox* posibilita la conversión a *to fox*. Considérese también, en español, “zorro” y “zorrear”.

Así pues, la negación del significado de los nombres nos llevaría a la imposibilidad de explicar tales elementos lingüísticos en diversas lenguas.

Por otra parte, de la clasificación de las clases de palabra presentada más arriba, planteada por Leal, se desprende que Kripke, al considerar los nombres comunes como designadores rígidos los acerca a los deícticos como *este*, *ese*, *aquel*,¹² etc., posicionándolos como miembros de la clase de las palabras cerradas. No sólo están más cercanos los nombres comunes a los deícticos, sino que ambos son rígidos, lo que afirma en la nota 12 del prefacio a NN:

Although I did not discuss the question in the present monograph, of course it was part of my view (p. 49 n. 16) that ‘this’, ‘I’, ‘you’, etc., are all rigid (even though their

¹² Aun estos elementos altamente gramaticalizados no carecen de significado, aunque éste sea gramatical y no léxico; considérese los rasgos semánticos [lejanía, cercanía] en los ejemplos: “Este hombre es alto” y “Aquel hombre es alto”.

references obviously vary with the context of utterance). The rigidity of demonstratives has been stressed by David Kaplan (Kripke, 1972/1980: 10).

Si bien hemos considerado, desde la idea de los continuos de UNITYP, que no existen oposiciones absolutas entre las categorías y sub-categorías de la lengua, lo que permite colocar a ciertos miembros de las categorías en un punto intermedio entre los polos, no nos es posible ubicar los nombres comunes, clase de palabras abiertas, en el polo opuesto atribuyéndoles características y comportamientos de la clase de palabras cerradas.

De tal manera partimos de la definición de la lexicología como aquella disciplina lingüística encargada de aquellas palabras que tienen un contenido léxico, mismas que ubicamos como la clase de las palabras abiertas. Así, tratamos de detallar, en el siguiente apartado, qué es lo que entendemos por “lexicología” en íntima relación con la semántica.

Comentarios sobre la semántica. Es ingente la cantidad de acepciones, sentidos y concepciones de la semántica que podríamos presentar, partiendo únicamente de la filosofía y de la lingüística. En el caso de esta última, la diversidad de las definiciones de la semántica tiene que ver, en parte, por el hecho que resaltábamos en el apartado “El lugar de la lexicología en la lingüística”, de que ella no constituye por sí misma un nivel lingüístico, sino que es un componente de la lengua y que, en ese sentido, entra en relación con todos los niveles de la lengua; todos los niveles lingüísticos tienen un aspecto semántico, así como uno pragmático. Sin embargo, tal panorama no es tan caótico como en el caso de los filósofos; las consideraciones de éstos sobre la semántica, que arranca de las divisiones triádicas de Morris y Pierce sobre el lenguaje —la sintáctica, la pragmática y la semántica—, cobijan aspectos tan variables como: la referencia de las palabras, la equivalencia de los significados con las ideas, el uso de las expresiones lingüísticas, las intenciones de los usuarios del lenguaje, la teoría de la verdad condicional, la lógica, la inexistencia del significado, etcétera (cfr. Lycan, 1995: 674). Dada tal diversidad, se rescatarán únicamente dos aspectos de la semántica, el significado y la referencia, dado que éstos están conectados en la primera definición dada al término.

El término “semántica” es acuñado por Michel Bréal en su *Essai de sémantique, Science des significations* (1897), quien explica el sentido de la palabra en una nota al pie de página: “Σημαντική τέχνη, la science des significations, du verbe σημαίνο, «signifier», par opposition à la Phonétique, la science des sons” (Bréal, 1887: 9).¹³

¹³ “*Semantiké tejné*, la ciencia de las significaciones, del verbo *semaíno* “significar”, por oposición a la fonética, ciencia de los sonidos.”

Así, para Bréal, la semántica es la ciencia de las significaciones y tiene como objeto de estudio el cambio de significado de las palabras (Bréal, 1887: 109). Hasta aquí la definición de Bréal de la semántica tiene que ver con los significados. Sin embargo, Abbagnano afirma que la semántica es

la doctrina que considera la relación de los signos con los objetos a los cuales se refieren, esto es, la relación de *designación*... [Bréal] encuentra su justificación etimológica en el verbo griego σημαίνεω, usado por Aristóteles para indicar la función específica del signo lingüístico por la cual éste “significa”, “designa” algo (Abbagnano, 1963/1998: 1034)

La interpretación de Abbagnano de Bréal afirma que el análisis llevado por ésta implica dos funciones básicas: significar y designar. Tal interpretación se desprende del mismo Bréal; en sus *Essai* encontramos el uso de ambos términos en relación con el trabajo de la semántica. Así Bréal, para explicar el estatus semántico de diversos elementos lingüísticos, utiliza 56 veces el término “designer” (*désigne, désignent, désignés, designé, désignation, désignations*) y 62 veces el término “signifier” (*signifie, signifient, signifiée, signifié*). El uso de “designer” aparece usado, en su mayoría, para explicaciones de los elementos lingüísticos en relación con los objetos, en tanto que el término “signifier” aparece mayormente usado en la relación de signos lingüísticos con signos lingüísticos:

1. A mesure qu'un mot français est adopté, le vocable patois, refoulé et abaissé, devient vulgaire et trivial. Autrefois la **chambre** s'appelait *païlé*: depuis que le mot *chambre* est entré au village, *païlé désigne un galetas*¹⁴ (Bréal, 1887: 31).
2. D'autre part, le latin, **pour designer un homme** usé par l'âge, dit *æ-ger* (pour *ævi-ger*), composé dont la seconde partie est la racine de γέρων¹⁵ (Bréal, 1887: 106).
3. Cependant il s'agit du mot latin *lacertus*, lequel **veut dire** lézard, et que les poètes et les prosateurs ont mainte fois employé pour **désigner le bras d'un héros ou d'un athlète**¹⁶ (Bréal, 1887: 321).

¹⁴ “A medida que una palabra francesa es adoptada, el vocablo dialectal, rechazado y reducido, se vuelve vulgar y trivial. Anteriormente, la habitación se llamaba *païlé*; después que la palabra *chambre* llegó al pueblo, *païlé* designa un desván.” Las negritas son nuestras; las cursivas del autor.

¹⁵ “Por otra parte, el latín, para designar un hombre gastado por la edad dice *æ-ger* (para *ævi-ger*), compuesto cuya segunda parte es la raíz de γέρων.” Las negritas son nuestras; las cursivas del autor.

¹⁶ “Sin embargo, se trata de la palabra latina *lacertus*, la cual quiere decir (significa) *lagarto*, y que los poetas y prosistas han usado en repetidas ocasiones para designar el brazo de un héroe o de un atleta.” Las negritas son nuestras; las cursivas del autor.

4. Dans la langue d'Homère, les deux idées ont l'air de se confondre, et le même verbe *τολμάω*, qui **veut dire** «oser», **signifie** aussi «supporter»; le même adjectif *τλήμων*, qui **veut dire** «patient», **signifie** aussi «audacieux»¹⁷ (Bréal, 1887: 34).
5. *Pascitur* a signifié «il se nourrit», avant de signifier «il est nourri». *Διδάσκομαι* signifiait «je m'enseigne moi-même» avant de signifier «je suis enseigné»¹⁸ (Bréal, 1887: 96).

En 1 y 2 tenemos una relación entre signos lingüísticos (los nombres *páilé*, *chambre*, *æ-ger*) y cosas (habitación, desván, hombre), a través del verbo “désigner”: hay una estrecha relación con el mundo extralingüístico. En 4 y 5 nos encontramos con una relación de signos lingüísticos (*τολμάω*, *τλήμων*, *Pascitur*, *Διδάσκομαι*) con significados¹⁹ («oser», «supporter», «patient», «audacieux», «il se nourrit», «il est nourri», «je m'enseigne moi-même», «je suis enseigné»); el objeto queda fuera de tales consideraciones.

Así pues, en Bréal, la semántica estudia dos aspectos: el significado y la designación. En ese mismo sentido, Quine nos dice que

When the cleavage between meaning and reference is properly heeded, the problems of what is loosely called semantics become separated into two provinces so fundamentally distinct as not to deserve a joint appellation at all. They may be called the *theory of meaning* and the *theory of reference* (Quine, 1953/1963: 130).

Al igual que en Bréal, más cercano a la lingüística, tenemos en Quine, más cercano a la filosofía, ligados los dos aspectos ya mencionados a la semántica. Asimismo, Quine presenta una serie de conceptos, temas y problemas, algunos típicamente lingüísticos y otros propiamente filosóficos, ligados a las dos partes de la semántica: significar (*meaning*), nombrar (*naming*), extensión (*extension*), intensión (*intension*), connotación (*connotation*), denotación (*denotation*), significado (*meaning*), referencia (*reference*), sinonimia (*synonymy*), posesión de significado (*significance*), analiticidad (*analyticity*), verdad (*truth*), valores de variables (*values of variables*), definición (*definition*), definibilidad (*definability*). La clasificación tradicional de la semántica,

¹⁷ “En la lengua de Homero, las dos ideas tienen un aire de confusión y el mismo verbo *τολμάω*, que quiere decir (significa) ‘oser’, significa también ‘supporter’; el mismo adjetivo *τλήμων*, que quiere decir (significa) ‘patient’, significa también ‘audacieux’.”

¹⁸ Los significados como parte integral de los signos lingüísticos, además del significante.

¹⁹ Queda fuera del esquema la filosofía del lenguaje ordinario, representada por los filósofos de Oxford, deudores de Wittgenstein, que presentan la intersección de la semántica y la pragmática, el significado determinado por el uso.

desde esta perspectiva, nos provee de un buen esquema general que resume, por lo menos, la situación de la investigación filosófica sobre la semántica:²⁰

Esquema 10

La semántica

Semántica	
Teoría del significado	Teoría de la referencia
Significar	Nombrar
Significado	Referencia
Intensión	Extensión
Connotación	Denotación
Sinonimia	Verdad
Posesión de significado	Valores de variables
Analiticidad	
Lingüística	Filosofía
(lexicología)	(lógica, ontología, metafísica)

El vínculo existente entre el lenguaje y el mundo de los objetos²¹ es tan íntimo que en muchas ocasiones se confunden. Quine hace patente dicha confusión para el caso de la filosofía “‘Semantics’ would be a good name for the theory of meaning, were it not for the fact that some of the best work in so-called semantics, notably Tarski’s, belongs to the theory of reference” (Quine, 1953/1963: 130).

Según Quine, aunque la semántica sería un término más adecuado para la teoría del significado, gran parte de lo que los filósofos han realizado bajo el rubro de “semántica” pertenece al ámbito de la teoría de la referencia. Sin embargo, ni la lingüística ni la filosofía han negado de forma terminante ni un aspecto ni el otro: por una parte, la lingüística se ha enfocado a la cuestión del significado desde el propio sistema de la lengua, definiendo el estatus semántico de los nombres sin apelar al mundo de los objetos; por su parte, en las discusiones de la filosofía, el

²⁰ El esquema no intenta decir que la referencia es asunto exclusivo de la filosofía, ni que el significado sea asunto exclusivo de la lingüística. Ambas disciplinas tienen consideraciones sobre los dos aspectos. La idea del esquema es enfatizar las diferencias entre ambos elementos, sin negar sus relaciones y la necesidad de complementación entre ambos, para mostrar que en Kripke uno de ellos, el aspecto del significado desaparece, creyendo de esa manera que el estatus semántico de los nombres queda explicado.

²¹ Tal relación se complica dado que existe un tercer elemento en juego que es el pensamiento (cfr. Schaff, 1964/1967).

estatus semántico de los nombres —y del nombrar— ha implicado, la mayoría de las veces, apelar al mundo de los objetos.²² Este último es el caso de Kripke, por lo menos en la obra que estamos analizando, cuyo título, *Naming and Necessity*, implica dos nociones centrales que podemos clasificar dentro de la teoría de la referencia:

1. El *nombrar* apela a la actividad que relaciona los nombres y los objetos. Kripke afirma, como veíamos cuando hablábamos del signo, que dicha relación es directa: hay un nombre y ese nombre designa una cosa del mundo o una clase de cosas de ese mundo.
2. La *necesidad* es una categoría fundamentalmente metafísica que se aplica a la naturaleza de las cosas: hay necesidad en el ser de las cosas cuando son de determinada manera y no pueden ser de otra. En Leibniz y en Kripke dicha noción está ligada a los mundos posibles.

Además de ello, en NN se encuentra el uso de todos los términos descritos en el esquema, que son parte fundamental de la semántica, aunque el análisis kripkeano se centra en determinar la naturaleza de los objetos y la relación que existe con los elementos lingüísticos, con los nombres. Al respecto, una objeción podría presentarse a favor de Kripke, diciendo que su interés y objetivo se centra no en el significado, sino en la referencia de los nombres; atribuirle lo contrario, como estamos haciendo en el presente, sería un error. A ello respondemos que Kripke establece la tesis de que los nombres comunes no tienen significado, tal y como se demostró en la exposición del primer capítulo. Una cosa es decir que el significado como objeto de estudio es de suma complejidad y que por ello se dejará de lado para centrarse en el aspecto de la designación y/o la referencia; pero es lo primero lo que afirma Kripke. Dicha tesis implica de manera directa a la teoría del significado, ese otro aspecto de la semántica de corte eminentemente lingüístico, aspecto que no es tomado en cuenta por el filósofo norteamericano debido precisamente a la confusión de los dos ámbitos de la semántica. Determinar la posesión de significado o no, no puede llevarse a cabo a partir de las consideraciones sobre la naturaleza de los objetos, sino del análisis de la lengua, desde la lengua misma: las únicas conclusiones sobre la naturaleza de los objetos que pueden ser válidas son aquellas que parten del análisis de los objetos; de la misma manera, las únicas conclusiones que pueden ser válidas sobre la naturaleza de los elementos lingüísticos son aquellas que parten de un análisis de los mismos. Lo que es cuestionable es el hecho de que las consideraciones de Kripke versan sobre los objetos y sus representaciones y pretenden tener incidencia en el uso de la lengua.

²² En el caso de los filósofos de Oxford, éstos se han enfocado a la determinación del significado a través de la determinación de los contextos en los que se producen las emisiones lingüísticas.

Por el contrario, la lingüística funcional niega que la relación nombres-objetos sea directa, afirmando la mediación tanto del concepto como del significado entre cosas y nombres (ver “El signo de los modistas” del capítulo anterior) y considerando a los objetos de manera muy secundaria. Es decir, para designar —nombrar— un objeto, éste debe ser aprehendido, representado, y tal representación se lleva a cabo a través de la lengua, ya sea a través de elementos predicativos, ya a través de etiquetas. De igual manera, formar nombres, propios o comunes, lo podemos hacer con elementos predicativos o con etiquetas. La afirmación de que los nombres refieren necesariamente a un objeto o clase de objetos está basada en un planteamiento filosófico de corte realista (realismo ingenuo), donde los objetos están ahí ya constituidos y nosotros les ponemos un nombre para referirnos a ellos. Immanuel Kant (1772/2000) y Piaget (1933/2001, 1959/1961, 1979) se encargaron de demostrar que los objetos no nos son dados de una vez y para siempre, sino que ellos son contruidos por el sujeto, por el ser humano. Ante ello, lo que viene a decir UNITYP es que la lengua juega un papel determinante en la constitución de dichos objetos —la dimensión de Aprehensión—, compartiendo sobre todo los principios piagetanos de acomodación y asimilación (Iturrioz *et al.*, 1986: 324). La diferencia entre la lengua utilizada en la vida cotidiana y la lengua usada para expresar conocimientos científicos radica precisamente en la construcción de sus significados, como veremos más adelante. En el caso de Kripke, la lengua a la que se refiere es aquella usada para expresar conocimiento científico, y aun aquí algunos nombres siguen teniendo significado.

Para dar cuenta de lo anterior prosigamos con el asunto de la semántica. Partíamos de que ésta se enfoca en dos aspectos: el significado y la referencia. El segundo ha sido y es de interés de la filosofía, en tanto que el primero es de competencia propiamente lingüística. Decíamos que la semántica es un componente de la lengua y permea todos los niveles lingüísticos. El nivel lingüístico que interesa en el presente es precisamente el del léxico, partiendo de que los planteamientos de Kripke giran en torno al significado de elementos del léxico, es decir, los nombres comunes. Basados en esos elementos, y desde una perspectiva funcional, se ha establecido la inseparabilidad de la semántica de la gramática. Por ejemplo, Coseriu afirma:

Así, por ejemplo, no es aceptable la tesis de que en la gramática se podría prescindir totalmente de la semántica (tesis sostenida por Chomsky en *Syntactic Structures*), pues es absurdo, y en realidad imposible, prescindir en la gramática de los significados gramaticales (Coseriu, 1978: 145).

Así, la razón de la inseparabilidad de ambas es que existen contenidos, hay significados en la gramática: “la gramática es y debe ser semántica en la medida en que tiene que estudiar el lado semántico de la gramática” (Coseriu, 1978: 139). Como

vemos, esto nos remite a la afirmación de que la semántica permea todos los niveles lingüísticos: en la lengua existe un “lado” que corresponde a los significados, desde la unidad mínima de la fonología hasta la unidad mínima de la lingüística textual. El asunto no termina ahí; la misma afirmación del estatus semántico de la gramática aplica a la lexicología: “Y la lexicología es y debe ser semántica en la medida en que estudia y describe el lado semántico del léxico, o sea, los significados específicamente léxicos, lo cual constituye, a su vez, su tarea principal” (Coseriu, 1978: 139).

En ese mismo sentido, Trujillo establece la conexión entre la gramática y la semántica, y entre ésta y la lexicología. Partiendo de la división de Hjelmslev entre el plano de la expresión y el plano del contenido, Trujillo sostiene que “desde el punto de vista de la expresión, es decir, conmutando expresiones, sobre la base de diferencias de contenido”, las modalidades de estudio son la Morfonología y la Lexicofonología (Trujillo, 1972: 109). Por su parte, “desde el punto de vista del contenido, es decir, conmutando contenidos, sobre la base de diferencias de expresión” las modalidades de estudio son:

1. Gramática. Estudio de las formas de contenido “arquitecturales” de una lengua. Su característica esencial consiste en ser analizables en el plano del significante. Naturalmente, la Gramática no podrá prescindir del conocimiento de los significantes, pero su objeto no serán éstos en tanto que tales (sólo como índices de forma).
2. Lexicología. Estudio de las formas de contenido “no arquitecturales” de una lengua. Su característica esencial consiste en no ser analizables en el plano significativo. La Lexicología no podrá, tampoco, prescindir del conocimiento de los significantes léxicos, pero su objeto no serán éstos en cuanto tales (Trujillo, 1972: 109).

Para Trujillo, pues, la semántica sería el estudio de estas dos últimas disciplinas, centradas en el plano del contenido —usando como medio los significantes léxico—; aunque reconoce que “por comodidad” es especialmente a la segunda a la que se llama semántica (Trujillo, 1972: 109). La relación tan íntima que existe entre la semántica y la lexicología nos permite plantear precisamente una semántica léxica o una lexicología para el estudio del significado en el léxico (*cf.* Moreno Cabrera, 1994 y Coseriu, 1978).

Una vez determinado el lugar de la lexicología en la jerarquía lingüística y habiendo revisado algunas de las relaciones de ella con otras unidades de estudio, se analizará más detalladamente lo que es la lexicología y los presupuestos que establece para el estudio del significado léxico.

La lexicología y los estratos de formación del significado. La lexicología es definida como “the study of the *lexicon* or *lexis* (specified as the vocabulary or total stock of words

of a language)” (Lipka citado por Cowie, 2006: 128). La pregunta inmediata es ¿desde qué ángulo la lexicología estudia el léxico de la totalidad de las palabras de una lengua? Como se ha sugerido ya, la lexicología aborda el estudio de la palabra desde diversos puntos:

The study of lexis is the study of the vocabulary of languages in all its aspects: words and their meanings, how words relate to one another, how they may combine with one another, and the relationships between vocabulary and other areas of the description of languages (the phonology, morphology and syntax) (McCarthy, 1991: 339).²³

En el apartado anterior se asentaron algunas ideas sobre la lexicología: su lugar en la jerarquía lingüística, su relación con la semántica y el hecho de que su objeto de estudio son las palabras. Asimismo, partimos de una clasificación de éstas con base en su nivel de lexicalización o gramaticalización, sin dejar de reconocer lo problemático que resulta definir el concepto “palabra”.²⁴ Así, basados en la definición de McCarthy y la clasificación de las palabras de Leal, decimos que lo que nos interesa en el presente trabajo es centrar nuestra atención en el primero de los aspectos del estudio del léxico: las palabras y sus significados. La razón es básica: la tesis kripkeana de que los nombres comunes no tienen significado implica el análisis de la relación entre las palabras y sus significados. En ese sentido, afirmamos con McCarthy que “Central to the study of lexis is the question of word meaning” (McCarthy, 1991: 339).

Por ello, una pregunta fundamental en el estudio del significado de las palabras es cómo se construye el significado de ellas. La cuestión implica apelar a factores como la aprehensión humana, la lengua histórica (Lara, 2006: 85). Los aspectos relacionados con esos factores dan pauta para establecer los niveles de la construcción del significado, los que a su vez, proveen los elementos para sostener que los planteamientos filosóficos de Kripke están más bien situados en el nivel de las cosas y su representación que en el de la lengua. Según Lara, son cuatro los estratos para la formación del significado (Lara, 2006: 85-109):

1. El prototipo.
2. El estereotipo.

²³ Compárese el *Curso de Lexicología* de Luis Fernando Lara (2006) que inicia precisamente con la definición de la palabra desde “otras áreas de la descripción del lenguaje” tales como la fonología, la morfología y la sintaxis.

²⁴ Términos como “palabra fonológica”, “palabra morfológica”, “palabra funcional”, “palabra léxica”, dan testimonio de la complejidad del concepto “palabra”.

3. La cultura.
4. El término técnico.

Iniciemos con el primer estrato de la formación del significado que “está constituido por configuraciones de carácter perceptual, construidas a partir de diversos esquemas de conocimiento” (Lara, 2006: 92). Tales configuraciones posibilitan que el ser humano se relacione con el mundo en aras de aprehenderlo. El humano conoce el mundo de las cosas a través de su configuración perceptual y cognitiva, la posesión de “esquemas de conocimiento” que le permiten precisamente categorizar conceptualmente y clasificar, paulatinamente, a aquellas (ver Piaget, 1969, 1933/2001 y Koffka, 1973). Lara ejemplifica las configuraciones perceptuales y los esquemas de conocimiento, con los que aprehendemos la realidad, con el trabajo de los psicólogos de la *Gestalt*²⁵ y con el trabajo de la investigadora estadounidense Eleanor Rosch (1973), quien acuña el concepto de *prototipo*. Éste

según Rosch, es una configuración sintética, no analizada, de atributos de un objeto, que tiene ciertas propiedades de proximidad, similitud, secuencia, agrupamiento, simetría, etc., entre los elementos que la conforman. En un fenómeno perceptual que, como tal, no se puede reconocer en el ámbito de la lingüística, sino en el de la psicología (Lara, 2006: 91).

La noción de prototipo inscribe también los principios de la *Gestalttheorie*, pues apunta a la relación entre la estructura cognitiva del ser humano y la realidad. La pregunta que surge es, ¿qué tiene que ver esto con la lingüística? Las acciones relacionadas con las *Gestalten*, los prototipos y otros esquemas de conocimiento “pueden ir acompañadas por signos lingüísticos que las nombran y que contribuyen a construir las” (Lara, 2006: 93). Aunque propiamente la Gestalt y el prototipo no constituyen el significado de las palabras, de los nombres para el caso que nos ocupa, sí contribuyen a su formación, al ser “una especie de esqueleto o base perceptual del significado de algunas palabras que conocemos y manejamos” (Lara, 2006: 93).

Las formas gestálticas y el prototipo, al conformarse como una base perceptual para la construcción del significado, subyacen tanto a la formación del significado

²⁵ La corriente psicológica que plantea la *Gestalt*, forma, figura, tenían la finalidad de explicar la percepción en términos holistas, afirmando la existencia de una serie de principios que explican la categorización de la realidad: principio de proximidad, principio de similitud, principio de clausura y principio de continuación (Luque Durán, 2001; 120-121). Los nombres más representativos asociados a esta corriente son Christian von Ehrenfels, Max Wertheimer, Wolfgang Köhler y Kurt Koffka.

en la lengua natural como a la formación del significado en las lenguas especializadas.²⁶ En ese sentido, no existe una relación directa entre las palabras y las cosas, ni en la lengua natural ni en la lengua especializada. Asimismo, en ninguno de los casos se afirma que el prototipo o las *Gestalten* den lugar al conocimiento real de las cosas; por el contrario, tanto el prototipo como las *Gestalten* implican precisamente que percibimos las cosas gracias a esas configuraciones perceptuales, es decir, nos *representamos* las cosas. Según Kripke, si los nombres comunes tuvieran significado éste sería preciso y estaría totalmente determinado, es decir, las propiedades asociadas a un nombre tendrían que ser necesarias y suficientes. Sin embargo, partiendo de este primer estrato de la formación del significado sería imposible determinar esas propiedades necesarias y suficientes de los objetos nombrados, dado que el prototipo y las formas gestálticas no nos proveen de información necesaria y suficiente sobre el ser de las cosas,²⁷ sino que nos otorgan una representación de las mismas, a través de ejemplos representativos. Así, por ejemplo, si pensamos en el metal, el hierro²⁸ sería mucho más prototípico que el oro; sin embargo, si apelamos al conocimiento científico de esos dos metales, lo más probable es que no encontremos nada que nos diga que uno es “más metal que otro”. La naturaleza de las cosas es una y la base perceptual, que nos permite categorizar esas cosas, es otra:

En palabras de Lakoff (1982: 165), el prototipo se define respecto a modelos cognitivos idealizados (simplificaciones y comprensiones esquemáticas de la realidad percibida), no respecto al mundo real o al conocimiento que de él pueda tener un individuo. Los efectos prototípicos surgen precisamente de interrelaciones imperfectas entre la realidad y el modelo cognitivo idealizado (Josep Cuenca y Hilferty, 1999: 36).

Por su parte, el segundo estrato de la formación del significado está conformado por

Aquel elemento del significado que se forma en una lengua histórica concreta, como resultado de una larga valoración de sus experiencias verbales, y que vuelve inteligible la palabra para los miembros de la comunidad lingüística es lo que, siguiendo al filósofo inglés Hilary Putnam, llamaremos *estereotipo* (Lara, 2006: 96).

²⁶ Veremos, más adelante las diferencias entre ambos tipos de lengua.

²⁷ A la idea de que hay propiedades necesarias y suficientes para ser una determinada cosa, le subyace la idea de que éstas, las cosas, son cognoscibles en sí al ser humano.

²⁸ En México es usado también “fierro”.

El término “estereotipo” está directamente ligado a la discusión del presente texto, dada su íntima conexión con los planteamientos de Kripke; éste hace referencia al trabajo de Putnam y éste al de Kripke (cfr. Kripke, 1972/1980; 119-123 y Putnam, 1975/1979; 229-241). De manera explícita, el filósofo inglés reconoce que “Points closely related to Kripke’s have been made in terms of the notion of *indexicality*” (Putnam, 1975/1979: 233). Putnam establece el paralelo de la noción de *indexicalidad* con la noción kripkeana de *designador rígido*. Sin embargo, a pesar del reconocimiento explícito de ambos planteamientos, existen diferencias que son cruciales para nuestro trabajo. En el caso de Kripke, la afirmación es categórica: las descripciones generalmente asociadas a los nombres comunes no son parte de su significado porque tales descripciones destacan propiedades contingentes de los objetos; los nombres comunes son designadores rígidos, designan en todo mundo posible a la misma clase de objetos. En el caso de Putnam la afirmación está matizada: los nombres comunes tienen *un componente indexical* no advertido, que permite hacer referencia a los objetos o clases de objetos en todo mundo posible (Putnam, 1975/1979: 229-235). A diferencia de Kripke, en Putnam ese componente indexical no implica la negación del significado. Y aquí es donde entra el concepto de estereotipo, término acuñado por el filósofo inglés en 1968:

In ordinary parlance, a ‘stereotype’ is a conventional (frequently malicious) idea (which maybe wildly inaccurate) of what an *X* looks like or acts like or is. Obviously, I am trading on some features of the ordinary parlance. I am not concerned with malicious stereotypes (save where the language itself is malicious); but I am concerned with conventional ideas, which may be inaccurate. I am suggesting that just such a conventional idea is associated with “tiger”, with “gold”, etc., and, moreover, that this is the sole element of truth in the ‘concept’ theory (Putnam, 1975/1979: 249-250).

Este es el elemento de corte social que Putnam plantea en complemento a la idea de la indexicalidad, mismo que es retomado precisamente por la lexicología como uno de los estratos de formación del significado. Para Putnam, el estereotipo es una idea convencional, “locamente” inexacta²⁹ asociada a los nombres comunes —tigre, oro, lápiz, etc.— y que forma parte integrante del significado en el habla ordinaria. El estereotipo es de corte eminente social e histórico y, en ese sentido, es transmitido a los miembros de una comunidad lingüística determinada. Desde

²⁹ El estereotipo es calificado como una idea locamente inexacta, partiendo de una valoración desde el trabajo científico, donde se buscan significados conceptuales menos ambiguos y vagos, tendientes a la exactitud. De ello es consciente Putnam.

el planteamiento de Putnam, el estereotipo tiene como una de sus finalidades fijar una referencia y, una vez fijada ésta, usamos el nombre al que asociamos al estereotipo de manera indexical (Putnam, 1975/1979: 234-235). No podemos negar el parecido con Kripke cuando éste dice:

Supongamos que sí fijamos la referencia de un nombre mediante una descripción. Aun si lo hacemos, no hacemos entonces al nombre *sinónimo* a la descripción, sino que, por el contrario, usamos el nombre rígidamente para referirnos al objeto así nombrado, incluso al hablar acerca de situaciones contrafácticas en donde la cosa nombrada no hubiese satisfecho la descripción en cuestión (Kripke, 1971/1978: 37-38).

Podemos usar una descripción, cuya información expresada a través de ella asociamos al estereotipo de Putnam, para fijar una referencia y una vez fijada ésta usamos el nombre al que asociamos la descripción de manera rígida. Sin embargo aquí la descripción asociada al nombre no forma parte de su significado. Ambos planteamientos implican la apelación al factor social e histórico: en Kripke hay un bautismo inicial, que puede darse a través de nombrar y señalar al objeto —ostensión— o fijando la referencia del nombre por medio de una descripción; el nombre es transmitido, en una comunidad determinada, por la tradición de eslabón en eslabón (Kripke, 1972/1980: 106-107). El bautismo inicial y la transmisión del nombre de generación en generación también son aceptados por Putnam (1975/1979: 246). Sin embargo, reiteramos que para el filósofo inglés, el significado, por inexacto que sea a los ojos de la actividad científica, permanece. De ahí que afirme:

In this connection it is instructive to observe that nouns like ‘tiger’ or ‘water’ are very different from proper names. One can use the proper name ‘Sanders’ correctly without knowing anything about the referent except that he is called ‘Sanders’ –and even that may not be correct... But one cannot use the word tiger correctly, save *per accidens*, without knowing a good deal about tigers, or at least about a certain conception of tigers (Putnam, 1975/1979: 247).

Ese conocimiento acerca de los tigres, para usar la palabra ‘tigre’, está constituido por el estereotipo, mismo que forma parte del significado lingüístico de los nombres comunes. A diferencia de Kripke, la afirmación de Putnam coincide con las investigaciones de la lingüística en el sentido de separar la función de los nombres propios de los comunes,³⁰ manteniendo también el hecho de la posesión de signifi-

³⁰ De hecho, como se ve en Lara (2006), el mismo concepto de ‘estereotipo’ ha sido usado de manera fructífera en la investigación lingüística (en ese sentido, revisar también Lyons, 1984).

cado de los últimos, a pesar del aparato metafísico, basado también en la noción de mundos posibles usado para la determinación de la referencia. La postulación de la permanencia del significado en su forma de estereotipo, con una finalidad básicamente comunicativa, está fundamentada en la división de la labor lingüística que lleva a cabo Putnam —con el pomposo nombre de “hipótesis de la universalidad de la división de la labor lingüística”—:

Every linguistic community exemplifies the sort of division of linguistic labor just described: that is, possesses at least some terms whose associated ‘criteria’ are known only to a subset of the speakers who acquire the terms, and whose use by the other speaker depends upon a structured cooperation between them and the speakers in the relevant subsets (Putnam, 1975/1979: 228).

La afirmación básica es, pues, que en toda comunidad lingüística existe un léxico compartido por todos, cuyo significado está incluido en el estereotipo y permite la comunicación cotidiana. Sin embargo, dentro de esa comunidad lingüística existe también un léxico especializado cuya construcción del significado es comprendida por un subconjunto de hablantes. La división de la labor lingüística implica la división de las labores de la comunidad. Por ejemplo, el nombre “oro” es usado por toda la comunidad lingüística, asociado su estereotipo; los miembros de la comunidad pueden usar adornos de oro —anillos, medallas, aretes, etc.— pueden comprar y vender oro, sin la necesidad de tener criterios precisos para saber si lo que venden, compran o usan es en realidad oro. Si hay duda en ese sentido, entonces se acude con el especialista, subconjunto de la comunidad lingüística, en reconocer el oro. A este último le correspondería saber que el oro es el elemento con el número atómico 79 y que su color en estado puro es blanco y no amarillo (cfr. Kripke, 1972/1980: 116), así como manejar los métodos adecuados para el reconocimiento real de la sustancia:

everyone to whom gold is important for any reason has to *acquire* the word ‘gold’; but he does not have to acquire the *method of recognizing* if something is or is not gold. He can rely on a special subclass of speakers (Putnam, 1975/1979: 228).

Al conjunto general de hablantes le basta, para fines comunicativos, apropiarse de la palabra “oro” con su significado estereotípico. El reconocimiento de la sustancia oro, así como su definición precisa que recoge los rasgos del conocimiento de esa sustancia, le corresponde sólo al hablante especializado. Tal división de carácter netamente social —sociolingüístico—, ausente en Kripke, nos lleva al planteamiento de la existencia de dos dimensiones que venimos presuponiendo en el presente:

el lenguaje ordinario y el lenguaje especializado. Tal división la trataremos en el apartado sobre la terminología. Aquí sólo adelantamos que Kripke intenta, en NN, determinar el estatus semántico de los nombres a partir del lenguaje ordinario, pero sus consideraciones de hecho se dirigen a la segunda dimensión.

Además del estereotipo encontramos que “Los significados que se crean en la cultura de una lengua constituyen el tercer estrato de su formación” (Lara, 2006: 101). El concepto de cultura manejado por Lara implica

una acumulación y selección de experiencias lingüísticas, que avanza valorando lo ya dicho y seleccionando lo que vale la pena seguir diciendo, en relación con nuevas experiencias que han de adquirir pertinencia y sentido para todos los miembros de la comunidad (Lara, 2006: 100).

Desde esa perspectiva, podemos afirmar que existen palabras que nada tienen que ver con los estratos de configuración perceptual y del significado estereotípico. Por ejemplo, dentro del significado del nombre “sol”, podemos encontrar configuraciones perceptuales que nos digan que el sol sale y se pone, experiencia común al ser humano que pasa a formar parte del significado estereotípico de “sol”, al socializarse. Sin embargo, existen palabras cuyo significado no tienen esa base perceptual, por ejemplo *dragón*. Pero sí tiene un significado estereotípico formado a base de leyendas y las representaciones que ha heredado de la cultura: “una especie de serpiente con alas de murciélago, que echa fuego por la boca” (Lara, 2006: 103-104). Asimismo, existen palabras que su significado se ha formado exclusivamente en la cultura, sin tener una base perceptual ni estereotípica: *democracia, libertad, soberanía*, etc.

Nombres como *tigre, vaca, agua, gato, calor, oro, luz*, usados como ejemplos por Kripke, tienen todos ellos un fundamento perceptual, un significado estereotípico, un significado sedimentado en la cultura —todos ellos, por ejemplo, pueden ser utilizados como construcciones verbales en la poesía—. Tales diferencias en los niveles de la formación del significado apelan a diferencias diastráticas, mismas que implican los niveles sociales, culturales, educativos. Además de ello, dichos nombres tienen un significado científico: “La estipulación o la definición precisa de un significado de una palabra, orientadas a una designación unívoca de un objeto, constituyen el cuarto estrato de la formación del significado: el estrato del término técnico” (Lara, 2006: 105).

Tal estrato apunta de manera ineludible a la actividad de las variadas disciplinas científicas encargadas de determinar el funcionamiento del mundo, así como a la creación, ligada a la tecnología, de nuevos objetos y artefactos. La formación del significado desde este estrato implica de manera necesaria indagar y escudriñar las

cosas, los objetos, para presentar de la manera más adecuada significados precisos. Es aquí donde ubicamos a Kripke, pero antes es necesario hacer algunas distinciones partiendo de lo que precede.

Tipos de significado: lengua natural y lengua especializada. En su *Curso de lexicología*, con respecto a los estratos del significado Lara afirma que

En todas las lenguas se forman significados de la misma manera; a veces predomina el estrato de las configuraciones perceptuales, a veces se le suma el estereotipo y a veces incluso el de la cultura verbal y el del interés especializado; a veces no se forman estereotipos... (Lara, 2006: 105).

De lo anterior, se infiere que difícilmente encontraremos significados puros, que correspondan de manera unívoca y exclusiva con alguno de los estratos; en todo caso se debe apelar a las cuestiones particulares para su determinación. En el caso que nos ocupa, se parte del estrato estereotípico y del estrato del término técnico, sin negar la importancia de los otros, con la finalidad de dar cuenta de los planteamientos filosóficos de Kripke. Asimismo, se afirma: sobre la base de que existen niveles en la formación del significado, existen también tipos de significado, si existen cuatro niveles en la formación del significado, podemos hacer la inferencia de que esos cuatro niveles de formación se corresponden con tipos de significado. El planteamiento de tipos de significado no es ajeno a la lingüística, en el sentido de que la semántica permea a todos los niveles de análisis lingüístico. Por ejemplo, Coseriu plantea, bajo la diferencia entre lexicología y gramática, diversos tipos de significado (Coseriu, 1978: 140):

significado léxico	Léxico
significado categorial	<u>(y lexicología)</u>
significado instrumental	
significado estructural	Gramática
Significado óntico	

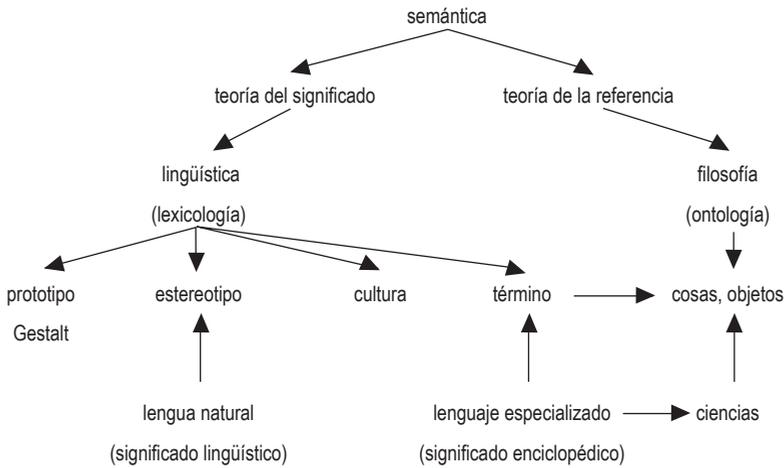
Dejando de lado la gramática, se establece una distinción en el interior del mismo léxico, desde la lexicología: la existencia de tipos de significado partiendo de la idea de los estratos de la formación del significado. Así, tendríamos un significado cognitivo-perceptual, un significado estereotípico, un significado cultural y un significado científico del término. Es obvio que tal clasificación de los tipos de significado no deja de ser una idealización justificada para fines expositivos, dado que aceptamos que no existen estratos puros del significado. En ese sentido, ma-

tizamos y decimos que los tipos de significado de los que hablamos se constituyen de manera primordial por los estratos de formación del significado, dadas las relaciones existentes entre ellos en los que podemos encontrar elementos de un nivel fusionándose con los elementos de otro.³¹

Asimismo, rescatamos de los niveles de formación del significado el del estereotipo y el del término técnico, concibiéndolos ahora como dos tipos de significado, dado que esos dos elementos son los que precisamente encontramos confundidos en los planteamientos de Kripke sobre los nombres.

Recapitulemos un poco para aclarar nuestra afirmación anterior. Concebimos, a partir de Bréal y Quine, la semántica como compuesta de dos ámbitos: la teoría del significado y la teoría de la referencia. A la primera le competen los problemas del significado y la ciencia encargada de él es la lingüística, concretamente la lexicología; a la segunda le competen los problemas de la referencia y la naturaleza de las cosas que son referidas por un elemento lingüístico, y la ontología y las ciencias particulares son las encargadas de dar cuenta de ella. Asimismo, distinguimos, con Lara y Putnam, que como parte fundamental de la lexicología encontramos niveles del significado y sobre éstos, tipos de significados. Dentro de éstos, destacamos el estereotipo y el término técnico. El estereotipo era definido como una idea o conjunto de ideas asociadas a un nombre o palabra en una comunidad lingüística, desde la perspectiva del lenguaje ordinario (*ordinary parlance*). Por su parte, el término técnico que no hemos definido aún lo hemos asociado a una definición precisa y exacta, y tiene que ver con un subconjunto de la comunidad lingüística, al especialista. Esto último nos conduce a establecer la diferencia entre lengua natural y lengua especializada, asociándolas con lenguaje ordinario y lenguaje técnico-científico. De manera esquemática tenemos

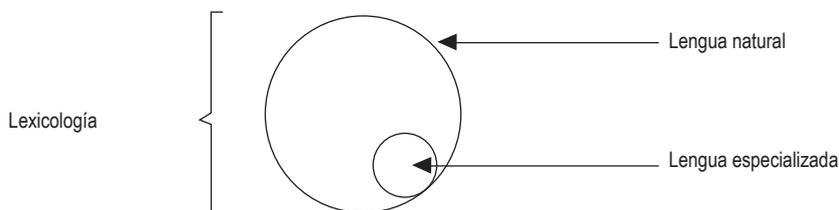
³¹ Por ejemplo, la palabra *dragón*, cuyo significado se forma exclusivamente en el ámbito de la cultura, y, sin embargo, se construye también un estereotipo del mismo. Tal palabra ejemplifica las relaciones que existen entre un nivel y otro. Asimismo, existe una retroalimentación que va de las definiciones científicas del término al significado lingüístico, al estereotipo, escogiendo determinados rasgos. Así como también, el término se nutre de elementos culturales, por ejemplo, en la tecnología.



El esquema plantea en términos generales el discurrir de nuestro planteamiento, tratando de distinguir entre la zona lingüística y el ámbito de las cosas³² (Coseriu, 1981), sin negar las relaciones establecidas entre la lengua y las cosas. De hecho, las consideraciones en torno a la formación del significado del término apuntan de manera explícita a esa relación entre la lengua y las cosas.

El planteamiento de Kripke se encuentra ubicado en dicha relación. Según él, sus tesis tienen que ver con la manera en que los nombres comunes y propios se entienden en el uso ordinario del lenguaje, afirmación que negamos en el presente. Nosotros entendemos por “uso ordinario del lenguaje” la apelación a la lengua natural, en el sentido que ésta, como sistema de signos, es la lengua común de una determinada comunidad lingüística, vinculada con una historia y una cultura, y que tiene como finalidad cumplir con las tareas comunicativas de la vida cotidiana: rezar, pedir, ordenar, preguntar, maltratar y un largo etcétera. Sin embargo, la transmisión de conocimientos científicos es otra de las tareas que debe llevar a cabo la lengua natural. Asimismo, la transmisión de conocimientos requiere la utilización de términos. Es aquí donde entra la lengua especializada. Ésta podemos entenderla como “la lengua natural considerada como instrumento de transmisión de conocimientos especializados” (Lerat, 1997: 17). Es decir, no tenemos dos lenguas opuestas, sino que tenemos como conjunto general la lengua natural y como uno de sus subconjuntos la lengua especializada. En ese sentido, tanto las palabras como los términos son objeto de estudio de la lexicología:

³² Ver apartado “Los nombres comunes” del capítulo 1.



Tanto la lengua natural como la lengua especializada están reglamentadas por la gramática (fonología, morfología y sintaxis) correspondiente. En ese sentido, el término tiene una doble naturaleza, como palabra (expresión de una lengua) y como término (denominación de conceptos técnicos) (Lerat, 1997: 21). El significado estereotípico del nombre “oro” concibe al oro como un metal amarillo; el significado del término “oro” implica que es el elemento con número atómico 79. Tanto el nombre como el término “oro” son objeto de estudio de la lingüística. Queda lejos la idea de que el conocimiento técnico y científico no tiene nada que ver con la lengua (Lara, 2006: 104): en tanto que la transmisión de conocimiento se lleve a cabo a través de la lengua, los términos que emplea quedan sujetos a las reglas gramaticales de la lengua en cuestión. Sin embargo, se diferencian precisamente en la construcción del significado; la construcción del significado de las palabras de la lengua natural, del lenguaje ordinario, tiene que ver con la formación del estereotipo correspondiente, de carácter fundamentalmente social; la construcción del significado de los términos de la lengua especializada tiene que ver con el conocimiento de las cosas, con conocimiento enciclopédico. En este último es donde situaremos las consideraciones de Kripke en torno a los nombres comunes: él dice que su análisis se refiere al lenguaje ordinario, pero sus ejemplos de nombre son tratados como términos. Reiteramos que la lengua especializada requiere de los términos. Éstos son estudiados por esa parte de la lexicología que es la terminología. Como dice Sager: “La lingüística se ha interesado por el vocabulario de los lenguajes especializados y ahora reivindica la terminología como una dimensión de la lexicología y la lexicografía” (Sager, 1990/1993: 28).

La terminología como ciencia

La International Organization of Standardization (ISO)³³ mantiene fundamentalmente dos definiciones para la terminología: 1) “set of designations belonging to

³³ Organismo encargado de promover el desarrollo de normas internacionales de fabricación, comercio y comunicación para todas las ramas industriales, excepto la eléctrica y la electrónica. Busca la estandarización de normas de productos y seguridad para empresas y organizaciones en el ámbito internacional. Información tomada de la página de la ISO: <http://www.iso.org/iso/home.htm>, consultada el día 6 de enero de 2011.

one special language”; 2) “the structure, formation, development, usage and management of terminologies in various subject fields” (Schmitz, 2006: 578). En el primer caso, la terminología es entendida como la disciplina científica que trata con los conceptos y sus representaciones en lenguajes especializados. Según la *Deutsches Institut für Normung* (DIN),³⁴ en ese sentido se habla más bien de “ciencia de la terminología” o “estudio de la terminología”, como la disciplina enfocada al conjunto de términos técnicos de un campo especializado determinado. En la segunda definición, la terminología —propriadamente, “terminología”— tiene que ver con el conjunto estructurado de conceptos y sus representaciones en un campo temático determinado (Schmitz, 2006: 578). Para el caso que nos ocupa, partiremos de la terminología como ciencia, dado que se relaciona con la lingüística con respecto a la parte del conjunto de términos usados en una lengua especializada. Asimismo, la terminología como ciencia se relaciona también con la filosofía:

El concepto como unidad del pensamiento ocupa un lugar central en la teoría de la terminología. También la filosofía se dedica desde sus comienzos y desde los más variados ángulos al descubrimiento de la esencia del concepto señalando vías para su descripción (Arntz y Picht, 1989/1995: 23).

La terminología como ciencia tiene como objeto de estudio el término, en relación con los conceptos y su representación en una lengua especializada, y uno de sus objetivos es “asignar a un concepto, esto es, a un contenido específico una sola denominación, eliminando de este modo la sinonimia” (Arntz y Picht, 1989/1995: 21). Con este elemento de la finalidad de la terminología como ciencia y su relación con la filosofía podemos ya elaborar otra crítica al argumento central de Kripke. Éste afirma que “For species, as for proper names, the way the reference of a term is fixed should not be regarded as a synonym for the term (Kripke, 1972/1989: 135). ¿Por qué la manera de fijar la referencia de un término no debe considerarse como su sinónimo? En primer lugar, Kripke distingue dos maneras de fijar la referencia de un término: por ostensión y a través de una o varias descripciones definidas. Si es por ostensión, sólo se señala el objeto en cuestión. En cambio, si se fija la referencia a través de una descripción, ésta no

³⁴ Instituto Alemán de Normalización, organismo nacional de normalización de Alemania. Elabora, en cooperación con el comercio, la industria, la ciencia, los consumidores e instituciones públicas, estándares técnicos (normas) para la racionalización y el aseguramiento de la calidad y representa los intereses de organizaciones de normalización como la ISO. Información tomada de la página de la DIN: <http://www.din.de/cmd?level=tpl-home&contextid=din>, consultada el día 6 de enero de 2011.

es sinónimo del término, dado que él expresa propiedades contingentes y, si expresa propiedades contingentes del objeto, no puede ser ese su significado. El requerimiento para establecer la sinónima debería ser entonces que la descripción elegida exprese propiedades necesarias del objeto.

Para Kripke dar el significado de un nombre es presentar expresiones que describan propiedades necesarias del objeto, lo cual coincide precisamente con la exigencia de la terminología de eliminar la sinonimia. Para Kripke, los nombres son la designación unívoca de una cosa, a través de su concepto (constituido por propiedades necesarias de las cosas). Sin embargo, eso podría aplicar para el caso de los contenidos científicos, cuyo cometido principal es otorgar un conocimiento lo más preciso posible de las cosas, pero no para el caso del lenguaje natural, del lenguaje ordinario, como pretende Kripke. Recordemos que las descripciones de las que habla Kripke, conforman lo que Putnam denomina estereotipo. Y es el estereotipo lo que constituye mayoritariamente el significado de los nombres, en el lenguaje ordinario. El estereotipo no es una descripción exacta de las cosas, no nos provee de un concepto exacto de las cosas, sino que lingüísticamente constituye las cosas resaltando determinadas características, pertenezcan éstas o no *realmente* a la naturaleza de las cosas.

Si definimos el nombre “oro” como metal amarillo, estamos representándonos el oro como metal amarillo. Si tales características que resaltamos en el estereotipo son vagas y ambiguas, lo son únicamente para una finalidad de transmisión de conocimientos científicos, pero no para una finalidad comunicativa: si tales características coinciden o no con lo que realmente es el oro, no es objeto de investigación de la lingüística, ni afectan en absoluto la comunicación al interior de una comunidad lingüística. Putnam lo dice de manera adecuada: “The fact is that we could hardly communicate successfully if most of our stereotypes weren’t pretty accurate as far as they go” (Putnam, 1975/1979: 251). Así, los estereotipos son lo suficientemente precisos y exactos como para cumplir con la finalidad comunicativa de la lengua natural, del uso ordinario de la lengua. La pertenencia a una clase, en el lenguaje ordinario y con la multicada finalidad comunicativa, se determina precisamente a través del estereotipo; parece pues que el estereotipo determina, en gran medida, nuestra concepción de las cosas. Por el contrario, la pertenencia a una clase, en el lenguaje científico, en la lengua especializada, se determina a partir del conocimiento de las cosas, éste determina el significado de los términos; aquí parece que el conocimiento de las cosas determina la representación que tenemos de ellas, cosa que se ve plasmada en los elementos lingüísticos llamados “términos”. Lo que hace Kripke es extender, falazmente, el funcionamiento de los “términos” de la lengua especializada, a los “nombres” de la lengua natural. Pero dejemos esta crítica global al planteamiento de Kripke y acerquémonos a una crítica más a detalle desde la terminología.

La unidad terminológica: el término

La terminología como ciencia, pues, tiene que habérselas con la representación de conceptos en la lengua especializada. El término implica dos elementos sin los cuales no puede constituirse como tal; la DIN establece en su norma 2342 que “Un término, como elemento de una terminología, es una unidad constituida por un concepto y una denominación” (Arntz y Pitch, 1989/1995: 58). Asimismo, la norma 2342 define concepto y denominación:

Un concepto es una unidad del pensamiento que abarca las características comunes asignadas a objetos.

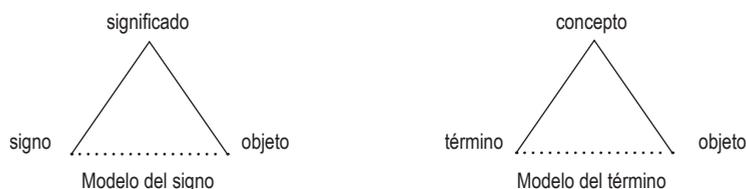
Una denominación es la designación, formada por un mínimo de una palabra, de un concepto en el lenguaje especializado (Arntz y Pitch, 1989/1995: 58).

Así, el término es un elemento lingüístico que designa a un concepto, el cual engloba “las características comunes de un objeto”. Desde tal definición parece que no encontramos una diferencia entre los términos y los nombres comunes. Sin embargo, la diferencia del “término” con el “nombre común” radica precisamente en que las características comunes de los objetos de un campo especializado del saber son asignadas a través del conocimiento de dichos objetos, un conocimiento con pretensiones de exactitud, cosa que no está presente en el uso ordinario de los nombres; el significado de éstos, desde la lengua común, no implica el conocimiento “exacto” de las cosas, no necesita investigar la naturaleza de los objetos para poder nombrarlos o hablar de ellos. El paralelo con lo planteado por Kripke es innegable: el interés de dar el significado exacto de las palabras desde un mayor conocimiento de las cosas. En el caso del filósofo norteamericano, el quehacer de la ciencia tiene como objetivo determinar, conforme avanzan sus investigaciones, la esencia de las cosas: “Whether science can discover empirically that certain properties are necessary of cows, or of tigers, is another question, which I answer affirmatively”³⁵ (Kripke, 1972/1980: 128). Según la posición de Kripke, el descubrimiento empírico de la ciencia permitiría que paulatinamente los significados de los nombres sean más exactos. Pero ello en realidad aplica para los términos técnicos; la *exactitud* buscada por la actividad científica tiene poca relevancia para el uso de los nombres comunes, aunque, como veremos más adelante, sí hay una incidencia de tal actividad en la lengua común.

Además de su relación con la filosofía, cuya convergencia es el concepto con miras a ser precisado, el término, como elemento lingüístico que es, se encuentra también determinado por las reglas gramaticales de la lengua correspondiente. Habíamos ya

³⁵ La idea de que la ciencia puede descubrir empíricamente la naturaleza esencial de las cosas es compartida también por Putnam. Ver Putnam, 1970/1983.

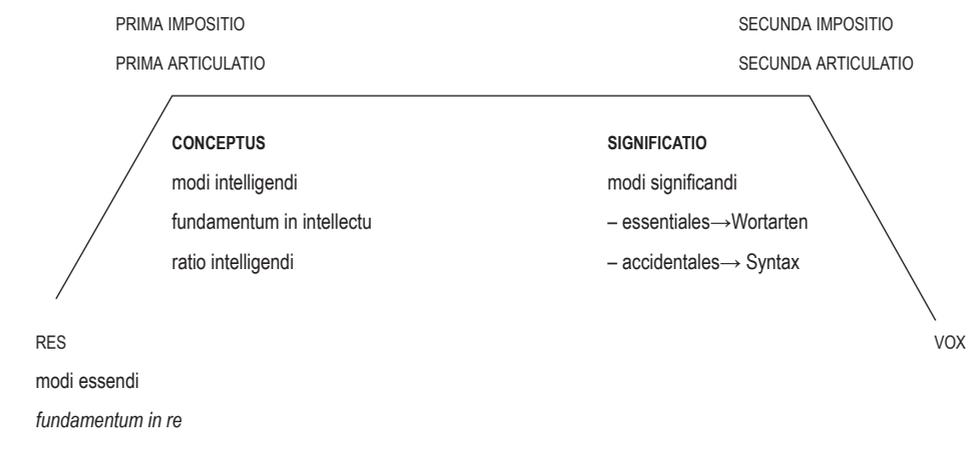
planteado que la diferencia del término con los nombres de la lengua natural radicaba en la construcción del significado. Así, el estudio del término implica, al igual que los nombres de la lengua ordinaria, un modelo que lo relacione con los conceptos y las cosas del mundo. La representación esquemática del modelo ha tomado generalmente la forma del triángulo semiótico (Arntz y Pitch, 1989/1995 y Schmitz, 2006):



El primer equívoco surge de la comparación entre los dos esquemas: no se tiene en cuenta que el término tiene una doble naturaleza: es un elemento lingüístico, perteneciente a una lengua determinada, que es usado como denominación de conceptos” (cfr. Lerat, 1997: 22). El término, pues, independientemente de su uso, es ante todo un signo de la lengua. Si es tal entonces debe ser explicado a un mismo modelo del signo. En el caso del modelo del signo, como habíamos establecido en el capítulo 2, deja de lado el concepto. Ahora, el modelo para el término deja de lado el significado. Si el término es una palabra léxica de la lengua entonces debe tener un significado; si además, el término designa conceptos, entonces debe relacionarse con los conceptos. De esa manera ambos elementos le son necesarios al término. Ello nos conduce nuevamente al modelo del signo de los modistas, dado que incluye los dos aspectos:

Esquema 11

El signo de los modistas



Este modelo nos provee de una explicación mucho más adecuada tanto de los nombres como de los términos. Habíamos dicho ya que de las cosas (*res*) nunca conocemos su modo de ser, sino únicamente representaciones de ella. En ese sentido, así como ya habíamos establecido tipos de significado, establecemos ahora también tipos de conceptos,³⁶ es decir, de representaciones de las cosas; al significado estereotípico, significado codificado en el léxico, le correspondería una representación estereotípica de las cosas; al significado terminológico, *i.e.*, científico, le correspondería una representación “más” científica de las cosas. Tal clasificación estaría fundamentada precisamente en el grado de “exactitud” tanto de los significados como de los conceptos. Así como son de “inexactos” los estereotipos, al decir de Kripke, así las representaciones de las cosas basadas en los estereotipos son igualmente “inexactas”. Pero, así como podemos funcionar eficientemente en términos comunicativos con los estereotipos, así también podemos funcionar eficientemente en el mundo de las cosas —para manipularlas, para canjearlas, para usarlas, etc.— con nuestros “conceptos estereotípicos”. No requerimos saber que el oro es el elemento con número atómico 79 para adquirir un par de aretes de ese material, nos basta saber que el oro es un metal de color amarillo y que es muy valioso, para usar el oro. Así, partiendo de lo anterior tendríamos el esquema 12.

El esquema 12 tiene la pretensión de marcar las diferencias en torno a las maneras en que se relacionan los elementos involucrados tanto en los nombres comunes como en los términos, a partir de las distinciones y explicaciones tanto del capítulo 2 como del presente; no tiene la intención de constituirse como una explicación acabada del funcionamiento y estatus de los nombres, sino que apunta directamente a establecer la confusión existente en el planteamiento de Kripke. En ese sentido debe considerarse como una idealización, dado que no está tomando en cuenta los contextos específicos en que se dan esas relaciones, así como la abstracción de otros factores que influyen en la formación del significado, por ejemplo, el estrato cultural.

En el caso de los nombres comunes (A), éstos son usados en una comunidad lingüística determinada con una finalidad comunicativa. La construcción del significado para los nombres comunes implica el enfrentamiento del humano con el mundo a través de su estructura cognitiva —el estrato de configuraciones perceptuales y esquemas de conocimiento de Lara—. De ese enfrentamiento con una realidad determinada, en nuestro ejemplo el oro, surgen determinados elementos que nos permiten configurar dicha realidad; asignamos un nombre para

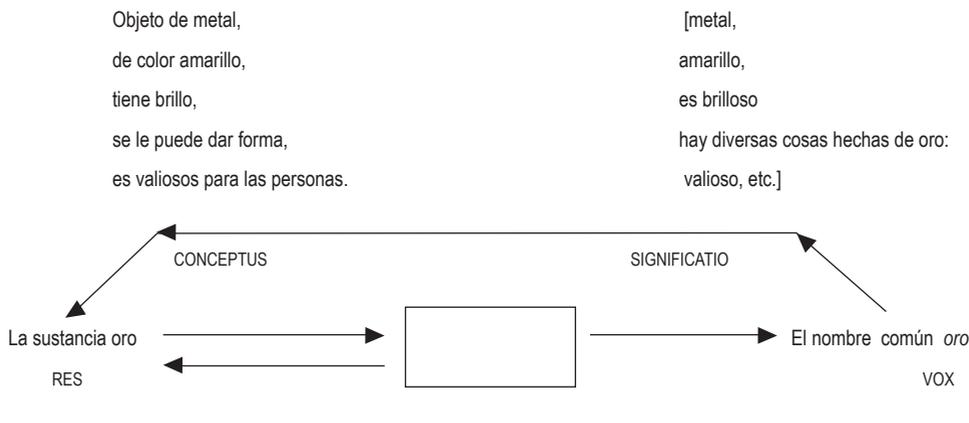
³⁶ Por concepto entendemos básicamente, la representación de las cosas. Ver Margolis y Laurence, 2006; Lerat, 1997; Prinz, 2005; Millar, 1997.

Esquema 12

Nombres comunes y términos desde el modelo de los modistas

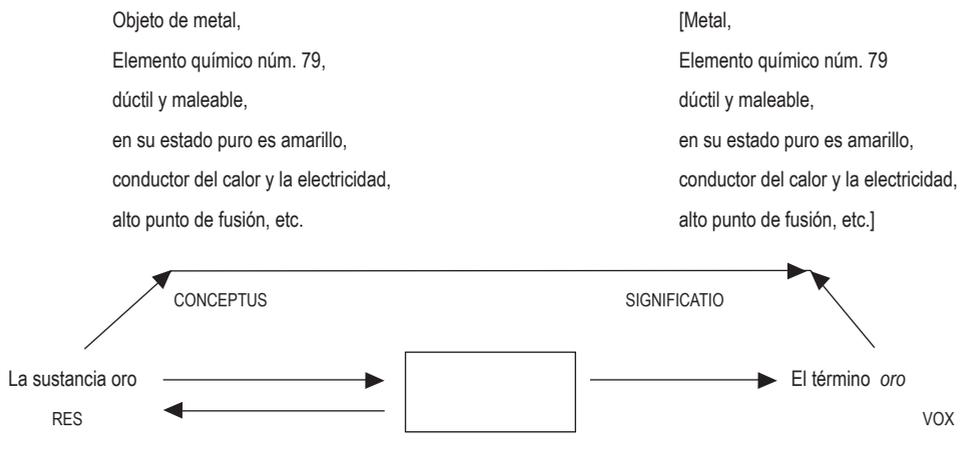
A. Los nombres comunes en la lengua natural

(En la comunidad lingüística)



B. Los términos en la lengua especializada

(En la comunidad científica)



el objeto con el que nos enfrentamos —al estilo del bautismo inicial kripkeano— y lo dotamos de un significado que resalta ciertas características emanadas de la manera en que nuestra configuración perceptual capta al objeto, constituyendo así el concepto que de la cosa en cuestión. Es decir, nos representamos lingüísticamente al oro resaltando ciertas características, mismas que están determinadas

por las configuraciones perceptuales, aunque dichas configuraciones no son las únicas que nos hacen resaltar ciertas características por encima de otras: los elementos sociales y culturales también determinan ciertas características, por ejemplo, en el caso del oro, la característica de ser valioso. En ese sentido, el nombre en español “oro” y el nombre en inglés “gold” pueden no tener exactamente el mismo estereotipo: en términos de las configuraciones perceptuales, si partimos de que son universales, las características resaltadas serán las mismas, sin embargo, en términos que los dos nombres pertenecen a comunidades lingüísticas diferentes, las características resaltadas variarán.³⁷ En por ello que decimos que el significado de los nombres comunes, en la lengua natural en su uso cotidiano, comunicativo, determinan los conceptos que tenemos de las cosas —tal es el sentido de las flechas en el esquema A—.

Otra cosa sucede en B. Aquí, la construcción del significado de los términos también requiere de un inicial enfrentamiento entre el humano, con sus configuraciones perceptuales y esquemas de conocimiento, y las cosas del mundo. Sin embargo, debemos tener en cuenta que dicho enfrentamiento está motivado por una finalidad distinta que es la transmisión de conocimiento. En ese sentido, la importancia de las cosas aumenta al grado que es la que determina en gran medida la construcción del significado; su punto de partida es precisamente determinar las propiedades de los objetos lo más exactamente posible, corrigiendo y precisando, cuando es el caso, las propiedades de los objetos que desde la lengua común son resaltadas. Por ello, no le es suficiente al científico permanecer en el nivel perceptual de la formación del significado, aunque sigue siendo el punto de partida, y ha elaborado a lo largo de la historia una serie de aparatos que potencializan su configuración perceptual, permitiéndole conocer más detalladamente las cosas. A pesar de ello, podemos seguir sosteniendo que ni siquiera en este nivel llegamos a conocer las cosas tal y como son —su *modus essendi*—, sino que tenemos aquí también sólo representaciones de ellas. Es claro que tales representaciones difieren a las formadas en el estereotipo en algunos aspectos, por ejemplo, los conceptos científicos requieren para su constitución el uso de aparatos y herramientas que potencializan la capacidad perceptual del ser humano. De igual manera, la construcción de conceptos y significados en diversas áreas del saber científico requieren

³⁷ Entre más diferentes sean las culturas en las que las comunidades lingüísticas estén insertas más diferentes serán los estereotipos. Asimismo, al interior de una misma comunidad lingüística pueden darse diferencias en la constitución de los estereotipos: ¿es el mismo estereotipo de “oro” el que tienen los sonorenses que el de los tabasqueños?, ¿es el mismo estereotipo de “oro” el que tienen los chinos del sur al que tienen los chinos del norte? Tal cuestión requeriría, en todo caso, una investigación empírica.

construir teorías —paradigmas— que guíen las investigaciones científicas (Kuhn, 1962/1971). De esa manera, cambian los conceptos y los significados de los términos, de paradigma a paradigma. En este caso el conocimiento y los conceptos de las cosas determinan de manera importante, aunque no absoluta,³⁸ el significado de los elementos lingüísticos llamados “términos”.

Asimismo, es importante señalar que entre la comunidad lingüística general, por tanto, del nombre común, y la comunidad científica, por tanto, del término, existen relaciones, dado el hecho de que esta última es un subconjunto de la primera. En ese sentido podemos encontrar que algunos aspectos del significado de uno, generalmente de los términos, son recogidos en el otro, en el significado de los nombres comunes. Si partimos del supuesto de que tradicionalmente —e idealmente—, los significados de los nombres de la lengua natural son clasificados en el diccionario de la lengua y que los significados de los términos son recogidos en los diccionarios enciclopédicos y enciclopedias, entonces podemos hacer patente las relaciones entre ambos ámbitos.³⁹ El diccionario define la palabra “tiger” de la siguiente manera:

tiger (ti·ger)

Pronunciation: /'tɪgər, 'taɪgər/

noun

a very large solitary cat with a yellow-brown coat striped with black, native to the forests of Asia but becoming increasingly rare.

- *Panthera tigris*, family *Felidae*

- used to refer to someone fierce, determined, or ambitious:

despite his wound, he still fought like a tiger

one of the sport's young tigers

- (also **tiger economy**) a dynamic economy of one of the smaller eastern Asian countries, especially that of Singapore, Taiwan, or South Korea.

Phrases

have a tiger by the tail

³⁸ Considérese, por ejemplo, la influencia que tuvieron los aspectos sociales, el consenso, para determinar la definición, el concepto y su significado, del término *planeta*. En ese sentido, no fueron importantes únicamente los conocimientos astronómicos para determinar el concepto de planeta, sino también los aspectos sociales.

³⁹ No discutiremos la naturaleza, ni los objetivos de los diccionarios y las enciclopedias, así como tampoco las relaciones establecidas entre ellas, a pesar de que tal discusión podría presentarnos más elementos para la crítica lingüística a los planteamientos filosóficos de Kripke. Para una discusión de este tema ver Lara, 1990.

have embarked on a course of action that proves unexpectedly difficult but that cannot easily or safely be abandoned.

Origin:

Middle English: from Old French *tigre*, from Latin *tigris*, from Greek.⁴⁰

La mayor parte de información presentada es información lingüística, sobre la categoría de la palabra, pronunciación, algunas características del objeto referido, origen y algunos de los usos del nombre en contextos oracionales. Sin embargo, la información de su clasificación zoológica nos remite a información contenida en el término y que depende de la investigación zoológica. Veamos ahora la definición enciclopédica del término “tigre” (Mcdade, 2003: 380-381):

Tiger

Panthera tigris

SUBFAMILY
Pantherinae

TAXONOMY

Felis tigris (Linnaeus, 1758), Asia. Five subspecies survive: the Bengal tiger (*Panthera t. tigris*) in India, Bangladesh, Bhutan, China, Myanmar and Nepal; the Amur tiger (*Panthera t. altaica*) in Russia, China, and North Korea; the south China tiger (*Panthera t. amoyensis*) in China; the Sumatran tiger (*Panthera t. sumatrae*) in Sumatra; and the Indo-Chinese tiger (*Panthera t. corbetti*) in China and Southeast Asia. Three other subspecies have become extinct since the 1950s.

OTHER COMMON NAMES

French: Tigre; German: Tiger; Spanish: Tigre.

PHYSICAL CHARACTERISTICS

Length 75–150 in (190–310 cm); tail 28–40 in (70–100 cm), weight 140–670 lb (65–306 kg). The largest cat, with an unmistakable reddish brown to yellow-ochre coat, with black stripes and white belly. Indian and Russian tigers are larger than island races. Males have a prominent ruff. White tigers are very rare in the wild, zoo specimens all descend from just two wild animals.

DISTRIBUTION

Scattered populations in India, from Bangladesh to Myanmar, and in Sumatra, China, and far eastern Russia.

HABITAT

Varied, including tropical evergreen and deciduous forests, mangrove swamps, tall grass jungles, and temperate coniferous and birch woodland. Dense vegetative cover, sufficient large prey species and water are all essential.

BEHAVIOR

Usually solitary but not anti-social, males sometimes associate with females when feeding or resting, as well as to breed. Territorial, both males and females defending territory against intruders of the same sex. Scent-mark to advertise territorial ownership.

Ranges vary with prey density, and are larger for males which need access to females to mate with. In prey-rich parks such as Kanha, India, a female's range may be only 4 mi² (10 km²) and a male's only 12 mi² (30 km²), whereas in far eastern Russia females may need 160 mi² (400 km²), and males up to 400 mi² (1,000 km²).

FEEDING ECOLOGY AND DIET

Hunts mainly between dusk and dawn, usually alone. Prey includes deer species, wild pigs, and gaur, occasionally young elephants and rhino, and small species such as monkeys, birds, reptiles, and fish. Also carrion. Large prey are stalked from the rear, then attacked in a rush and killed with a throat hold or bite to the back of the neck. Tigers are strong and willing swimmers and will chase deer into water. Prey is dragged to cover after being killed. Hunts are often unsuccessful but large prey is taken about once a week. A tiger may eat up to 90 lb (40 kg) of meat at a time, returning to the kill for up to six days.

REPRODUCTIVE BIOLOGY

Polygamous. Females reach sexual maturity at three to four years, males at four to five. An estrous female advertises by roaring and increased scent-marking. The territorial male retains exclusive breeding rights with females in his territory, so long as he can guard it. A male which takes over territory may kill cubs fathered by another male, bringing the mother into estrus.

Mating may happen 40 times over four days. Tigers are not seasonal breeders, but mating peaks in November–April. Gestation 103 days, litter one to seven, usually two or three. Cubs are born blind and helpless and are kept in hiding for at least a month. Mortality is high, around one third of cubs not surviving their first year, mainly due to infanticide. Cubs are taken to kills at six months but are not independent until at least 18 months.

CONSERVATION STATUS

Classified as Endangered by the IUCN. An estimated population of 100,000 a century ago has shrunk to perhaps fewer than 2,500, and the south China subspecies verges on extinction. Habitat loss, poaching for trophy skins and traditional medicines, and prey depletion due to unsustainable human hunting are the main threats. Conservation measures include preserving

⁴⁰ En http://oxforddictionaries.com/view/entry/m_en_us1298800#m_en_us1298800 Consultado el día 8 de diciembre.

habitat “corridors,” allowing tigers to move between increasingly fragmented populations, and habitat restoration schemes involving giving incentives to local people to protect land.

SIGNIFICANCE TO HUMANS

International legislation partially banning trade in tiger products has been only partly successful, and there is still huge demand for tiger parts for use in traditional medicine and for skins as trophies in countries such as Japan, Hong Kong, and South Korea. Greatly reduced tiger numbers mean human deaths from attacks are now rarer, but dozens of people are still killed in some areas, especially India's Sunderbans reserve, where fishermen and wood collectors are vulnerable to human-eaters. Tigers also kill livestock, earning retaliation in the form of poisoned carcasses. ♦

Las diferencias son patentes: en la enciclopedia no existe información gramatical, ni lingüística sobre el término, se centra en la descripción del conocimiento sobre el tigre: familia, características físicas, conducta, hábitats, reproducción, etc. En el caso del diccionario, se plasman algunos conocimientos, los menos, en torno al tigre. Según el punto de vista de Kripke, la enciclopedia estaría mucho más cercana a presentarnos una serie de características sobre el significado del nombre “tigre” —que no se refiere al nombre sino al tigre—, en el sentido de que dichas características son descubiertas por la investigación científica y, por tanto, son esenciales.

Así, nuestra afirmación es que Kripke analiza los nombres comunes desde la perspectiva de la investigación científica, a la que le atribuye la tarea de descubrir la esencia de las cosas; los criterios de formación del significado para los términos le son exigidos, de manera errónea, a los nombres comunes de la lengua natural.

Para finalizar el presente capítulo presentamos a continuación algunos pasajes de NN, a manera de ejemplos, donde se muestra la mezcla de criterios a la hora de determinar el estatus semántico de los nombres:

‘I say “The word ‘tiger’ has meaning in English” ... If I am then asked “What is a tiger?” ‘I might reply “A tiger is a large carnivorous quadrupedal feline, tawny yellow in color with blackish transverse stripes and white belly,” (derived from the entry under “tiger” in the Shorter Oxford English Dictionary.)’ And now suppose someone says ‘You have just said what the word “tiger” means in English.’ And Ziff asks, ‘is that so?’ and he says, correctly, ‘I think not.’ His example is, ‘Suppose in a jungle clearing one says “look, a three-legged tiger!”: must one be confused? The phrase “a three-legged tiger” is not a *contradictio in adjecto*. But if “tiger” in English meant, among other things, either quadruped or quadrupedal, the phrase “a three-legged tiger” could only be a *contradictio in adjecto*.’ So, his example shows that if it is part of the concept of tiger that a tiger has four legs, there couldn’t be a three-legged tiger (Kripke, 1972/1980: 119-120).

El ejemplo inicia con una cuestión lingüística, con una afirmación sobre el nombre común “tiger” (*the word “tiger”*). Enseguida lanza una pregunta que apela al

conocimiento sobre los tigres (*what is a tiger?*). Contesta, equivocando los ámbitos, la pregunta con información lingüística —la definición del *Shorter Oxford English Dictionary*—. Acto seguido, Kripke afirma, adecuadamente, que se ha dado el significado de la palabra “tiger”, pero agrega el adverbio *just*, es decir que “se ha dicho *exactamente*” el significado de la palabra “tiger”. Desde lo que postulamos, con Putnam, sobre el significado estereotípico, significado codificado en la lengua, es sumamente complicado, sino imposible dar “significados exactos”. Si por “exacto” se entiende que no hay sinonimia, ni homonimia, ni ambigüedad en los términos, aumenta la imposibilidad de dar significados exactos. Luego, partiendo de la definición del diccionario, el filósofo norteamericano saca conclusiones en torno a la naturaleza del tigre: de la característica resaltada en el diccionario de que los tigres tienen cuatro patas, Kripke infiere que es *necesario* que los tigres tengan cuatro patas. Sumado a ello, habla del concepto, que por el contexto implica que se refiere al concepto científico del término: la mezcla de criterios lingüísticos, ontológicos y científicos se hace patente.

Pasemos al siguiente párrafo, continuación de la discusión de la palabra “tigre”, o del concepto “tigre”, o del tigre, cualquiera que sea la opción de la que esté hablando Kripke: “Further, is it true that anything satisfying this description in the dictionary is necessarily a tiger? It seems to me that it is not” (Kripke, 1972/1980: 120).

Nuevamente se mezcla información lingüística (*this description in the dictionary*) con un criterio ontológico (*is necessarily a tiger?*). Esperar de un diccionario de la lengua, como lo es ese del que parte Kripke, que nos diga lo que *es necesariamente* un tigre es imposible; los diccionarios no tienen la tarea de informar sobre el ser de las cosas. Es dudoso de igual manera que tal información la encontremos en la enciclopedia. Veamos un último ejemplo con respecto a “luz” y “calor”

Let’s consider the statement ‘Light is a stream of photons’ or ‘Heat is the motion of molecules’. By referring to light, of course, I mean something which we have some of in this room. When I refer to heat, I refer not to an internal sensation that someone may have, but to an external phenomenon which we perceive through the sense of feeling; it produces a characteristic sensation which we call the sensation of heat (Kripke, 1972/1980: 129).

En este caso, los dos enunciados con los que inicia Kripke nos indican de manera clara que no es el nivel del lenguaje ordinario el que le interesa, sino el nivel de la transmisión de los conocimientos, el nivel del término técnico. Aunque enseguida, demostrando nuevamente la mezcla entre el nivel de la lengua ordinaria y del lenguaje especializado, presenta algunas características de la luz (*something which we have some of in this room*) que bien podrían estar incluidas en el concepto y el signi-

ficado estereotípico, siendo más dudosa la característica que presenta con respecto al calor, dada la aparición de términos técnicos como “phenomenon” y “perceive”.

A lo largo de NN, sobre todo en la tercera parte, encontramos análisis y múltiples referencias a un lenguaje técnico, a veces asociado con la ontología, a veces asociado con la investigación científica, sin localizar referencias al uso de los nombres comunes desde el lenguaje ordinario, lo cual era uno de los objetivos de Kripke para determinar el estatus semántico de los nombres. Asimismo, están ausentes las reflexiones lingüísticas sobre el tema, disciplina que debe figurar dado que es central para la discusión del significado.

Finalizamos el capítulo reiterando la confusión de criterios ontológicos, lingüísticos y científicos que está presente en el planteamiento de Kripke; al concentrarse en el aspecto de la referencia, traslada sus conclusiones para ese ámbito al asunto del significado. Si bien concedemos que el tema de la referencia es parte del estudio de la semántica, requerimos de manera necesaria acudir al análisis del significado para determinar el estatus semántico de los nombres. Dicho análisis se lleva a cabo desde la lingüística, misma que mantiene la diferencia entre el uso ordinario y/o común y el uso especializado de los nombres.

CONCLUSIONES

Es innegable reconocer la extrema complejidad de las relaciones existentes entre la lengua y los objetos del mundo, mucho más cuando sabemos que tal relación no es directa y que involucra un tercer elemento: el pensamiento. La complejidad se hace aún mayor cuando a esos tres elementos se suman, como parte fundamental del problema, factores sociales, culturales e históricos. Todos esos elementos convergen en mayor o menor medida en el asunto que ocupa el presente trabajo: el estatus semántico de los nombres. En lo que precede se intentó delinear con fines expositivos los límites entre el lenguaje y el mundo, y los conceptos que nos formamos de ese mundo, sin negar las relaciones existentes entre ellos. En ese sentido, se planteó que hay diferencias básicas entre un uso ordinario y un uso especializado de los nombres, sin embargo, dado que se partió de la idea de que no hay oposiciones absolutas entre las categorías, sino pasos graduales, lo que implica casos *borrosos*, se debe analizar cada uno de los casos que se nos presenten.

Considérese, por ejemplo, el caso de la palabra *planeta*. Ésta tiene un uso común a la que están asociadas determinadas características que conforman su significado, sin que requiramos una definición exacta del mismo. Pero también tiene un uso especializado que tiene que ver con la investigación científica, misma que tiene como uno de sus objetivos tener definiciones cada vez más exactas. En el primer caso tenemos una palabra a la que asociamos un estereotipo, quizá algo así como un objeto de gran tamaño ubicado en algún punto en el cielo y que en algunos de ellos puede haber vida, etc. —ello depende de la cultura y de la sociedad en la que nos situemos, así como de los niveles de educación de dicha sociedad—. El significado estereotípico que asociamos a la palabra nos basta para cumplir con nuestras metas comunicativas. Sin embargo, desde el punto de vista de la actividad científica tal significado sería insuficiente y tendríamos que determinarlo de manera más exacta. Al respecto, desde hace muchos años se venía enseñando que nuestro sistema solar

tiene nueve planetas y que todos giran alrededor de una estrella denominada *Sol*.⁴¹ Entre esos planetas se encontraba Plutón. Sin embargo, a partir de la redefinición del término *planeta*, llevada a cabo por la Unión Astronómica Internacional (IAU por sus siglas en inglés) en agosto de 2006, Plutón ha dejado de ser un planeta. La necesidad de redefinir el término surgió a partir del descubrimiento de muchos objetos celestes que requerían una clasificación. La definición del término *planeta*, según la resolución de la IAU es

A planet is a celestial body that (a) is in orbit around the Sun, (b) has sufficient mass for its self-gravity to overcome rigid body forces so that it assumes a hydrostatic equilibrium (nearly round) shape, and (c) has cleared the neighbourhood around its orbit (IAU).⁴²

Dicha definición deja fuera a Plutón dado que cumple parcialmente la característica b) y no cumple con la característica c), clasificándolo como “planeta enano” (IAU). Es un hecho que el concepto científico de planeta se modificó, a partir del conocimiento de nuevos cuerpos celestes y de su comparación, cristalizándose en una nueva definición del significado del término *planeta*. Ello nos conduce a plantear la pregunta: ¿dicho cambio en la concepción y el significado del término *planeta* se patentiza en el uso ordinario del lenguaje, en la lengua común? ¿Desde la lengua común, dejamos de concebir a Plutón como un planeta? Obviamente la respuesta implica un trabajo empírico sobre el uso del nombre *Plutón* y del término *planeta*. Sin embargo, se puede decir, intuitivamente, que no. En el caso de la definición de los términos desde la lengua especializada existen autoridades en la materia que, por medio del consenso, determinan su significado. En el caso de los nombres desde la lengua común, la dinámica de la determinación de su significado no responde a autoridades determinadas,⁴³ sino al propio uso de la lengua al interior de las comunidades lingüísticas, uso determinado social, cultural e históricamente, que se codifica en la lengua (cfr. Coseriu, 1962). En ese sentido, se puede afirmar que las relaciones entre la lengua común y la lengua especializada se deben determinar acudiendo a los casos particulares —considérese, por ejemplo,

⁴¹ La misma palabra *sol*, sería un ejemplo de lo que decimos; en la definición científica de la palabra está asociado el rasgo *estrella*, sin embargo, en el habla ordinaria tal rasgo no está presente; de hecho en el habla ordinaria existe una oposición entre *sol* y *estrella*. En ese sentido, el significado y el concepto científicos no han permeado el significado y el concepto del uso ordinario de la lengua.

⁴² Consultado el día 15 de diciembre de 2011 en la página de la IAU: <http://www.iau.org/public/pluto/>.

⁴³ A pesar de la existencia de academias de la lengua.

términos como *láser*, *bit*, asociados con la tecnología y que han tenido una más o menos rápida aceptación en la comunidad lingüística, por el contrario de *planeta*—, tomando siempre en cuenta los elementos sociales, culturales, históricos, así como las diferencias diastráticas, que constituyen y permean las comunidades lingüísticas.

Sin embargo, el reconocimiento de las relaciones existentes entre signos, conceptos, significados y cosas, implica distinguir al mismo tiempo que no se trata de las mismas cosas. Los criterios que aplican para el análisis de las cosas no deben ser extrapolados al ámbito de los significados. Cuando se extrapolan los criterios se llega a conclusiones como las de Kripke, que dan al traste con los resultados de la investigación científica del lenguaje.

En la presente obra la atención estuvo dirigida a la revisión de la tesis kripkeana de que los nombres comunes no tienen significado. La revisión y el cuestionamiento de la crítica a dicha tesis partieron de algunos elementos de la lingüística funcional, de los planteamientos de UNITYP, de la lexicología y de la terminología. A partir del análisis presentado en el presente trabajo, se concluye que los nombres comunes y una gran variedad de nombres propios tienen significado y que persisten las diferencias categoriales entre ambos tipos de nombres. Dicha conclusión se despliega en los siguientes puntos:

1. Una tesis tan categórica sobre los nombres comunes, con pretensiones de universalidad, como la planteada por el filósofo norteamericano, requiere un arduo trabajo comparativo entre las diferentes formas de nombrar, de formar nombres y de constituir lingüísticamente los objetos, que se hacen presentes en las lenguas. En caso contrario, llevamos a cabo una generalización falaz, al partir del análisis de algunos casos de nombres etiqueta en una lengua determinada y luego aplicando las conclusiones a las que se llegan de esa pequeña muestra al lenguaje en general. Tal es el caso de Kripke.
2. Se puede objetar, a favor de Kripke, que éste no tiene la intención de abordar el aspecto del significado, centrándose exclusivamente en el asunto de la designación. Sin embargo, a partir de ese análisis de la designación a través de los nombres, Kripke infiere que los nombres comunes no tienen significado. Si se parte de considerar que la semántica estudia tanto el asunto de la referencia como el significado, no se puede afirmar que el estatus semántico de los nombres está ya explicado si determinamos únicamente el aspecto de la referencia, como es el caso de Kripke; el principio de extensionalidad y el de intensionalidad son, pues, complementarios.
4. El enfoque *referencial* de los nombres en Kripke, lo lleva a clasificar distintos tipos de nombres comunes, nombres propios, adjetivos y deícticos al interior de una misma categoría, la de *designador rígido*, sin considerar las grandes di-

ferencias entre tales elementos, diferencias corroboradas por la investigación empírica. Llevando al extremo la tesis de Kripke, podríamos decir que una gran parte de las unidades lingüísticas (nombres, verbos y hasta enunciados) tendrían que ser catalogadas como *designadores rígidos*, dado que una de las funciones de la lengua es hablar del mundo, entre muchas otras. Sin embargo, del hecho de que la lengua pueda ser y sea usada para hablar del mundo no se sigue que la lengua en general deba ser categorizada bajo criterios referenciales ontológicos. Asimismo, hablar del mundo a través de la lengua no implica que la lengua carezca de significado. Podemos referirnos al mundo solamente señalándolo, indicándolo, o podemos referirnos al mundo diciendo algo acerca de él, significándolo. Tenemos pues una aplicación de criterios ontológicos a elementos primeramente lingüísticos.

5. A pesar de que el interés explícito de Kripke es analizar los nombres comunes desde el uso ordinario del lenguaje, su análisis está centrado no en los aspectos lingüísticos, como requiere una perspectiva del “uso ordinario del lenguaje”, sino en aspectos ontológicos y científicos relacionados con un uso especializado de los nombres. Tal situación se explica por la confusión entre el significado y el concepto; se revisó la íntima relación establecida entre el significado y el concepto, sin embargo, de esa relación no se sigue en automático que sean la misma cosa. Por ejemplo, podemos tener el concepto de lo que es un tío, pero ello no implica conocer el significado de la palabra *uncle*. Ahora bien, si conocemos el significado de la palabra *uncle*, conocemos también el concepto de tío.
6. Así pues, en el planteamiento de Kripke existe una confusión entre el significado y el concepto. Tal confusión se deriva del modelo triádico que subyace a la tesis kripkeana, el cual conjunta en un solo polo el significado y el concepto. Tal confusión se presenta también en la indistinción entre el uso especializado y el uso común de la lengua.

Tales puntos conducen a la idea general que subyace al presente, que el trabajo de la lingüística viene a enriquecer y a modificar, positivamente, el trabajo hecho en la filosofía. En ese sentido, creemos, intuitivamente, que el planteamiento de Kripke sobre la relación entre los nombres y los objetos que nombran tiene validez para el aspecto de la referencia; faltaría analizar la manera en que la tesis del filósofo norteamericano puede ser conjuntada con el hecho de que los nombres comunes tienen significado, así como la validez empírica del citado planteamiento. Tal empresa requiere un trabajo ulterior, respaldado por el trabajo empírico y el análisis de problemas relacionados con el tema tratado aquí, que son imposibles de abordar en el presente libro por cuestiones de espacio y del tiempo implicado para su desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola (1963/1998), *Diccionario de filosofía*. Tercera edición, México, Fondo de Cultura Económica.
- Aristóteles (1969/1993), *Tratados de lógica. El órganon*. Novena edición, México, Porrúa.
- Argente, Joan A. (1972/1980), *El círculo de Praga*. Segunda edición, Barcelona, Anagrama.
- Arntz, Reiner y Picht, Heribert (1989/1995), *Introducción a la terminología*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Ediciones Pirámide.
- Audi, Robert (1995/1999), *The Cambridge Dictionary of Philosophy*. Segunda edición, Cambridge, Cambridge University Press.
- Beaugrande, Robert-Alain de y Wolfgang U. Dressler (1972/1997), *Introducción a la lingüística del texto*. Madrid, Ariel.
- Benveniste, Émile (1971/2004), *Problemas de lingüística general I*. Vigésimotercera edición, México, Siglo XXI.
- Bernard, J. (2006), "Sign theories" en Keith R. Brown (ed.), 2006, vol. 12, pp. 365-374.
- Bloomfield, Leonard (1935), *Language*. Londres, George Allen & Unwin LTD.
- Bréal, Michel (1897), *Essai de sémantique, Science des significations*. París, Hachette et Cie.
- Brown, Keith R. (ed.) (2006), *Encyclopedia of Language and Linguistics*. Segunda edición, 14 vols., Amsterdam/Londres, Elsevier.
- Carpentier, Alejo, (1970), "Los fugitivos" en Conrad Zuluaga (1993), *Cuentos Latinoamericanos. Antología*. Bogotá, Alfaguara.
- Chomsky, Noam (1968), "Lingüística y filosofía", en Sidney Hook (comp.), 1982, pp. 79-138.
- Clark, B. (2006), "Linguistics as a science", en Keith R. Brown (ed.) (2006), vol. 7, pp. 227-234.

- Coseriu, Eugenio (1962), *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid, Gredos.
- (1978), *Gramática, semántica, universales. Estudios de lingüística funcional*. Madrid, Gredos.
- (1981), *Principios de semántica estructural*. Madrid, Gredos.
- Crystal, David (1987/1997), *The Cambridge encyclopedia of language*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Dubois, J., Inés Ortega, Antonio Domínguez, Alicia Yllera (1994), *Diccionario de lingüística*. Madrid, Alianza, p. 145.
- Eco, Umberto (2000), *Tratado de semiótica general*. Quinta edición, Barcelona, Lumen.
- (1988/1994), *Signo*. Segunda edición, Bogotá, Labor.
- Evans, Vyvyan y Melanie Green (2006), *Cognitive Linguistics. An Introduction*. Edinburgo, Edinburgh University Press Ltd.
- Frege, Gottlob (1892a), “Über Sinn und Bedeutung” en Mark Textor (2002), pp. 23-46.
- (1892b), “Über Begriff und Gegenstand”, en Mark Textor (2002), pp. 47-60.
- (1996a), “Sobre sentido y referencia”, en Jesús Mosterín (comp.) (1996), pp. 172-197.
- (1996b), “Sobre Concepto y Objeto”, en Jesús Mosterín (comp.) (1996), pp. 207-222.
- Goodman, Nelson (1968), “Las nuevas ideas del emperador”, en Sidney Hook (comp.) (1982), pp. 197-202.
- Harman, Gilbert (1968), “Competencia lingüística y empirismo”, en Sidney Hook (comp.) (1982), pp. 203-214.
- Haspelmath, Martin, Ekkehard König, Wulf Oesterreicher, Wolfgang Raible (eds.) (2001), *Language Typology and Language Universals. Sprachtypologie und sprachliche Universalsien. La typologie des langues et les universaux linguistiques*. Handbücher zur Sprach- und Kommunikationswissenschaft (HSK) 20.1, Berlín/Nueva York, de Gruyter.
- Hook, Sidney (comp.) (1982), *Lenguaje y filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (1968), “Empirismo, racionalismo e ideas innatas”, en Sidney Hook (comp.), 1982, pp. 226-235.
- Iturrioz, José Luis (1986a), “Algunas consecuencias filosóficas de UNITYP”, en José Luis Iturrioz y Fernando Leal (eds.) (1986): pp. 8-78.
- (1986b), “El Proyecto de Tipología y Universales de Colonia”, en *Función* núm. 1, vol. I, Universidad de Guadalajara, pp. 19-33.
- (1986c), “Structure, meaning, and function”, en *Función* núm. 1, vol. I, Universidad de Guadalajara, pp. 34-86.

- (1987), “Grammatical Number, Nominal Subcategorization, and Techniques for the Apprehension of Objects. II: The Operational Approach”, en *Función* núm. 1, vol. II, Universidad de Guadalajara, pp. 12-53.
- (2000-1), “Diversas aproximaciones a la nominalización. De las abstracciones a las macrooperaciones textuales”, en *Función* núms. 21-24, vol. XV y XVI, Universidad de Guadalajara, pp. 32-140.
- Iturrioz, José Luis, Paula Gómez López, Xitákame Ramírez de la Cruz y Silvia Leal Carretero (1986), “Individuación en Huichol I: Morfología y semántica de las clases nominales” en *Función* núm. 2, vol. I, Universidad de Guadalajara, pp. 309-354.
- Iturrioz, José Luis, Xitákame Julio Ramírez de la Cruz y Julio Wiyeme Carrillo de la Cruz (2008), “Toponimia del territorio wixárika”, en *Vinculación y Ciencia* núm. 24, Universidad de Guadalajara, pp. 5-14.
- Iturrioz, José Luis y Fernando Leal (1986), *Algunas consecuencias filosóficas de UNITYP. Lógica y ontología. Tipos lógicos, grados de generalización y niveles lingüísticos*. Memorias I, Universidad de Guadalajara.
- Josep Cuenca, María y Joseph Hilferty (1999), *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona, Ariel.
- Julien, M. (2006), “Word”, en Keith R. Brown (ed.) (2006), vol. 13, pp. 617-624.
- Kant, Manuel (1972/2000), *Crítica de la razón pura*. Décimoprimer edición, México, Porrúa.
- Koffka, Kurt (1973), *Principios de psicología de la forma*. Buenos Aires, Paidós.
- Kripke, Saul A. (1972/1980), *Naming and Necessity*. Edición corregida y aumentada, Oxford, Basil Blackwell Ltd.
- (1971/1978), *Identidad y necesidad*. Cuadernos de Crítica, núm. 7, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1985/1995), *El nombrar y la necesidad*. Segunda edición con prefacio del autor, México, UNAM.
- Kuhn, T.S. (1962/1996), *The structure of scientific revolutions*. Tercera edición, Chicago/Londres, The University of Chicago Press.
- Lara, Luis Fernando (1990), *Dimensiones de la lexicografía. A propósito del Diccionario del Español de México*. México, El Colegio de México.
- (1997), *Teoría del diccionario monolingüe*. México, El Colegio de México.
- (comp.) (2000), *Estructuras sintácticas 40 años después*. El Colegio de México, México.
- (2006), *Curso de lexicología*. México, El Colegio de México.
- Leal, Fernando (1986), “Number and species: a functional study of generic discourse”, en *Función* núm. 2, vol. I, Universidad de Guadalajara.
- (1987), “Wittgenstein, metaphysics, and the operational approach to the study

- of language”, en *Función* núm. 1, vol. II, Universidad de Guadalajara, pp. 164-193.
- (2000), “Los motivos de una teoría”, en Luis Fernando Lara (comp.) (2000), pp. 13-60.
- (2003), “Las clases de palabras en español”, en Fernando Leal y Esmeralda Matute (coord.) (2003), pp. 107-140.
- Leal, Fernando y Esmeralda Matute (coord.) (2003), *Introducción al estudio del español desde una perspectiva multidisciplinaria*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Lerat, Pierre (1997), *Las lenguas especializadas*. Barcelona, Ariel.
- Linke, Angelika y Helmuth Feilke (eds.) (2009), *Oberfläche und Performanz. Untersuchungen zur Sprache als dynamischer Gestalt*. Tübingen, Niemeyer.
- Luque Durán, Juan de Dios (2001), *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*. Granada, Granada Lingvistica.
- Lycan, William G. (1995), “Philosophy of language”, en Audi (1995), pp. 673-676.
- Lyons, John (1984), *Introducción al lenguaje y a la lingüística*. Barcelona, Teide.
- Malmkjaer, Kirsten (ed.) (1991), *The Linguistics Encyclopedia*. Londres, Routledge.
- McDade, Melissa, Michael Hutchins, Devra G. Kleiman, Valerius Geist (eds.) (2003), *Grzimek’s animal life encyclopedia*. Segunda edición, vol. II, Farmington Hills, Gale Group.
- McCarthy, Michael J. (1991), “Lexis and lexicology”, en Kristen Malmkjaer (ed.) (1991), pp. 339-346.
- Marconi, Diego (2000), *La competencia léxica*. Madrid, A. Machado Libros.
- Marga, Reimer (2007): “Reference”, en Edward N. Zalta (ed.), 2007: *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/win2007/entries/reference/>>. Consulta hecha el 24 de julio de 2008.
- Margolis, E. y S. Laurence (2006), “Concepts”, en Keith R. Brown (ed.) (2006), vol. 2, pp. 817-820.
- Mill, J. S. (1886), *System of logic. Ratiocinative and inductive. Being a connected view of the principles of evidence and the methods of scientific investigation*. People’s Edition. Londres, Longman’s, Green, and Co. En <www.elibron.com>. Consulta hecha el 20 de julio de 2008.
- Millar, A. (1997), “Concepts”, en Peter V. Lamarque (ed.) (1997), *Concise encyclopedia of philosophy of language*. Nueva York, Pergamon, pp. 107-109.
- Montenegro, Jaques y Anastasia Tryphon (comp.) (1994), *Lenguaje y cognición*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Gamma Editorial.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (1994), *Curso universitario de lingüística general*. Tomo II: *Semántica, pragmática y fonología*. Madrid, Síntesis.
- Moro Simpson, Thomas (comp.) (1973), *Semántica filosófica: problemas y discusiones*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Mosterín, Jesús (comp.) (1996), *Escritos filosóficos*. Barcelona, Crítica/Grijalbo/Mondadori.
- Nathan, Salmon (2003), "Naming, Necessity, and Beyond". *Mind*, núm. 447, vol. 112, pp. 475-492.
- Nubiola, Jaime (1984/1991), *El compromiso esencialista de la lógica modal. Estudio de Quine y Kripke*. Barañáin-Pamplona, Universidad de Navarra.
- Payne, J.R. (1994/2006), "Noun Phrases", en Keith R. Brown (ed.) (2006), vol. 8, pp. 712-720.
- Pérez Martínez, Herón (1995), *En pos del signo. Introducción a la semiótica*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Piaget, Jean (1964/1971), *Seis estudios de psicología*. Barcelona, Seix Barral.
- (1933/2001), *La representación del mundo en el niño*. Novena edición, Madrid, Morata.
- (1959/1961), *La formación del símbolo en el niño*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (1969), *La formación de la inteligencia en el niño*. Madrid, Aguilar.
- (1979), "Las relaciones entre el sujeto y el objeto en el conocimiento físico", en *Tratado de lógica y conocimiento científico*. Vol. 4, *Epistemología de la física*, pp. 153-173.
- Platón (1962/1996), *Diálogos. Cratilo o del lenguaje*. Vigésimo cuarta edición, México, Porrúa.
- Pollack, R. (1994), *Signs of Life. The Language and Meanings of DNA*. Londres, Penguin Books.
- Prinz, Jesse (2006), "Concepts", en Donald M. Borchert (ed.) (1967/2006), *Encyclopedia of Philosophy*, Segunda edición, vol. 2, Nueva York, Thompson Gale/Macmillan, pp. 414-420.
- Putnam, Hilary (1970/1983), *¿Es posible la semántica?* Cuadernos de Crítica, núm. 21, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1975/1979), "The meaning of 'meaning'", en Hilary Putnam (1975/1979), *Mind, Language and Reality*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 215-271.
- (1984), *El significado de "significado"*. Cuadernos de Crítica, núm. 28, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quine, W.V.O. (1953/1963), *From a Logical Point of View*. Segunda edición revisada, Nueva York/Hagerstown/San Francisco/Londres, Harper Torchbooks/Harper & Row Publishers.
- Raible, Wolfgang (2000), "Probleme der Prototypensemantik". Disponible en http://www.romanistik.uni-freiburg.de/raible/Lehre/2001_02/Raible_Prototypensemantik.pdf. Fecha de consulta: 6 de marzo de 2009.

- (2000-1), “¿Qué es un texto?”, en *Función* núm. 21-24, Universidad de Guadalajara, pp. 9-30.
- (2001), “Language Universals and Language Typology”, en Martin Haspelmath, Ekkehard König, Wulf Oesterreicher, Wolfgang Raible, (eds.) (2001), HSK 20.1, Article 1, pp. 1-24.
- (2009), “Zur Realität von Tiefenstrukturen”, en Angelika Linke y Helmuth Feilke (eds.) (2009), pp. 77-98.
- Richards, Jack C., John Platt y Heidi Platt (1997), *Diccionario de lingüística aplicada y enseñanza de lenguas*. Barcelona, Ariel.
- Russell, Bertrand (1905), “On Denoting”. *Mind*, núm. 14, pp. 479-493.
- (1973), “Sobre el Denotar”, en Thomas Moro Simpson (comp.) (1973), pp. 29-98.
- (1948/2002), *El conocimiento humano*. Barcelona, Folio.
- Sager, Juan C. (1990/1993), *Curso práctico sobre el procesamiento de la terminología*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Ediciones Pirámide.
- Saussure, Ferdinand de (1916/1986), *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Losada.
- Schaff, Adam (1964/1967), *Lenguaje y conocimiento*. México, Grijalbo.
- Schmitz, K.D. (2006), “Terminology and Terminological Databases”, en Keith R. Brown (ed.) (2006), vol. 12, pp. 578-587.
- Searle, John R. (1958), “Proper Names”. *Mind*, núm. 67, pp. 166-173.
- (1967), “Nombres propios y descripciones”, en Luís ML Valdés Villanueva (ed.) (1991), pp.83-93.
- Seiler, Hansjakob (1986), “The dimensional model of language universals”, en *Función* núm. 1, vol. I, Universidad de Guadalajara, pp. 1-15.
- (1994), “Dimensiones, categorías y prototipos lingüísticos universales”, en Jacques Montenegro y Anastasia Tryphon (comp.) (1994), pp.157-177.
- (2001), “The Cologne UNITYP project”, en Martin Haspelmath, Ekkehard König, Wulf Oesterreicher, Wolfgang Raible (eds.) (2001), HSK vol. 20.1, Article 27, pp. 323-344.
- Serra, Miguel, Elisabet Serrat, Rosa Solé, Aurora Bel y Melina Aparici (2000), *La adquisición del lenguaje*. Barcelona, Ariel.
- Simone, Raffaele (1993/2004), *Fundamentos de lingüística*. Segunda edición, Barcelona, Ariel.
- Textor, Mark (2002), *Funktion-Begriff-Bedeutung*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- Todd, Loreto (1987), *An introduction to linguistics*. Londres, Longman-York Press.
- Tomasini Bassols, Alejandro (1986/1994), *Los atomismos lógicos de Russell y Wittgenstein*. Segunda edición, México, UNAM.

- Trnka, B. (1932), “Las tesis de 1929”, en Joan A. Argente (1972/1980), pp. 30-63.
- Trubetzkoy, N., E. Sapir, O. Jespersen, CH. Bally y G. Guillaume (1972), *Fonología y morfología*. Buenos Aires, Paidós.
- Wittgenstein, Ludwig (1953/1999), *Investigaciones filosóficas*. Primera edición en Al-taza, Barcelona, Altaya.
- Valdés Villanueva, Luís ML (ed.) (1991), *La búsqueda del significado*. Madrid, Tecnos.
- Van Dijk, Teun (1996), *Estructuras y funciones del discurso*. Décima edición, México, Siglo XXI.
- (2006), “Discurso y manipulación: Discusión teórica y algunas aplicaciones”. *Signos*, vol. 39, núm. 60, p. 49-74. Disponible en la World Wide Web: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071809342006000100003&lng=es&nrm=iso. ISSN 0718-0934.

*Saul A. Kripke y UNITYP:
el significado de los nombres comunes*

Núm. 4

Se terminó de editar en diciembre de 2012
en Epígrafe, diseño editorial
Verónica Segovia González
Marsella Sur 510, interior M, Colonia Americana
Guadalajara, Jalisco, México
La edición consta de 1 ejemplar